

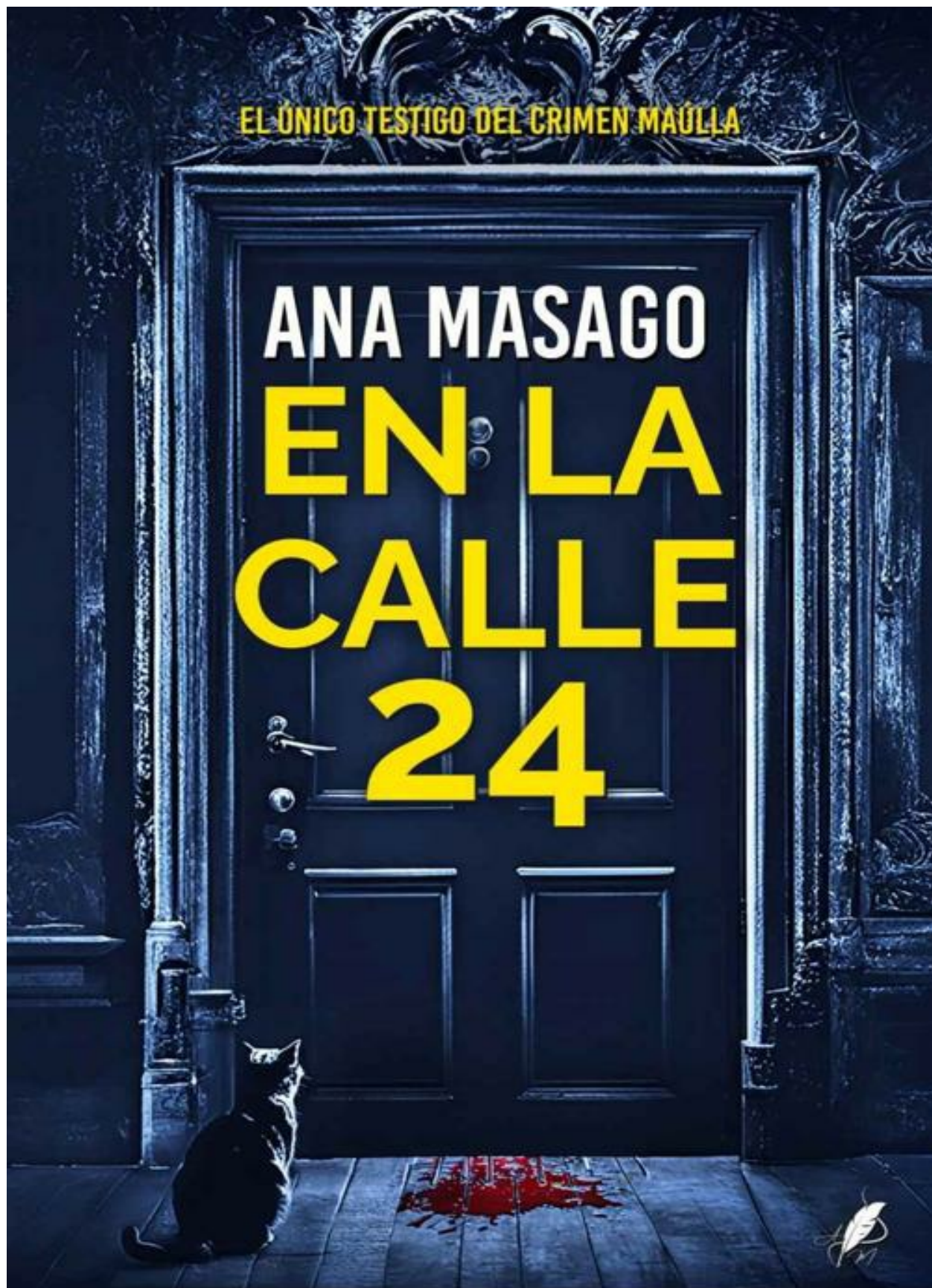
EL ÚNICO TESTIGO DEL CRIMEN MAÚLLA

ANA MASAGO
**EN LA
CALLE
24**



EL ÚNICO TESTIGO DEL CRIMEN MAULLA

ANA MASAGO
**EN LA
CALLE
24**



**EN LA
CALLE
24**

Título: En la calle 24

Primera edición: mayo 2024

© De la obra: Ana Masago 2024
Publicación independiente

Versión original en español
Diseño de cubierta: Rachel's Design.
Maquetación: Rachel's Design
Corrección: Anna Bissette

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

A papá, espero que estés orgulloso de mí,
desde allí donde la marea te lleve.
Te quiero más de lo que te pude expresar.

A mamá, espero que mi historia te saque más de una sonrisa.
Nos esperan días nublados, pero estoy segura de
que tras ellos vendrá un sol radiante.
Te quiero infinito.

CAPÍTULO 1

IGNACIO



Casa de Ignacio; 5 de agosto.

Ignacio permanece inmóvil en el suelo de la cocina, boca abajo. Su vida se escapa como el agua por una alcantarilla en un día de lluvia intensa. En un último esfuerzo agónico, moja los dedos en la sangre que mana de los labios y emborrona un mensaje en las baldosas de linóleo.

Con un estertor, expulsa el poco aire que sus pulmones retienen y tose salpicando los muebles inferiores de la cocina como cometas de muerte escarlata. Como un fuelle mal engrasado, sus órganos dejan de funcionar, apagando su vida.

La sangre le brota de la boca y desciende por los labios, formando un charco carmín debajo de la barbilla. Los iris, antes marrones, se tornan opacos y grises cuando la esclerótica comienza a secarse. Los ojos se cubren de una telilla de muerte salpicada por las motas de rojo de las hemorragias subconjuntivales. La nariz gotea sangre que pronto se coagulará.

Lo más aterrador es que Ignacio sabe que ha muerto. Su conciencia sigue funcionando aunque su cuerpo haya dejado de hacerlo. Su cerebro tardará unos diez minutos en apagarse por la falta de la sangre que ya no fluye desde su corazón, que ha dejado de bombear.

El trabajo de la muerte, lento y seguro, se abre paso implacable, apoderándose de su cuerpo, que se convertirá a partir de ahora en un banquete para bacterias y hongos. En unas horas, el hedor afrutado del cadáver se mezclará con los efluvios de la basura depositada de forma caótica por la cocina.

Es un triste final para Ignacio. Muere sin la compañía de ningún familiar que le sostenga de la mano en el último aliento, que le mese los cabellos alborotados, que le acaricie el rostro con amor y le bese la frente.

Muere como muchos de los ancianos que pasan sus últimos años en el desamparo más absoluto. Sin embargo, no está completamente solo. Su gata, Berta, baja de la encimera de un

salto y maúlla de un modo lastimero. Se acerca a él, curiosa, y le lame la mejilla con su lengua de lija. Maúlla de nuevo, intentando despertar a su amo, pero no consigue respuesta. Le empuja el costado con el cuerpo y se refugia en el calor que se va apagando de forma inevitable.

Tiene hambre, hace días que no come. Nota un olor raro en la comida, el mismo olor desagradable que percibe en el cuerpo de su amo.

Sube de nuevo a la encimera y abre el grifo con su pata, bebe el agua que corre y se quita de la lengua aquel sabor amargo. «Chica lista», le habría dicho el anciano con cariño al ver uno de sus trucos.

Tiene las orejas completamente verticales, está alerta, intuye que algo no va bien, mueve la cola de un lado a otro, molesta e inquieta, como un metrónomo.

Oye que alguien se acerca a la entrada. Salta de nuevo al suelo y pasa por encima de la sangre que se extiende y comienza a coagularse. Camina con elegancia, como solo un felino sabe hacer, y se dirige a la puerta. Deja la impronta de sus huellas carmines por el pasillo.

Al llegar al recibidor, reconoce el olor de la hembra humana que llama a la puerta y nombra a su amo.

Araña la madera con las garras y maúlla sin parar, pidiendo ayuda, en su lenguaje gatuno que solo ella conoce y su amo ha llegado a comprender.

La humana sigue aporreando la puerta con los nudillos, intuyendo que algo no va bien. Las voces se elevan de intensidad y, un rato después, escucha el tintineo de unas llaves que se acercan a la cerradura. Por fin recibirá consuelo a sus maullidos.

CAPÍTULO 2

ESPERANZA



Casa de Esperanza; 5 de agosto.

Esperanza se despierta enfadada. Ha dormido mal. No soporta los días de calor, pero aún menos las noches de bochorno insoportable. La verdad es que la irritabilidad se ha convertido en una carabina inoportuna de su día a día, aunque no es muy consciente de que la acompaña. No es la misma persona desde que sufrió el ictus, eso es lo que dirían las personas que la conocían de antes del día que todo cambió.

Está bañada en sudor y pegada a la sábana bajera como una mosca a un papel adhesivo. Las hélices del ventilador no tienen la fuerza suficiente para refrescar la habitación que recibe con inclemencia el sol durante todo el día. A pesar de que le asquea estar empapada, le cuesta salir de la cama. La apatía y la fatiga también se han añadido a las secuelas de su terrible enfermedad.

Se restriega los ojos y despega las legañas del lagrimal. Bosteza con hastío. Después, como en un ritual sagrado, mira la parte intacta de la cama que ocupaba Ramón, su difunto esposo, fallecido hace dos años. Se levanta con dificultad y se calza las zapatillas.

—¡Mierda de calor! ¡No sé por qué me molesto en ventilar la habitación! —dice, tirando con brusquedad de la maneta de la ventana para abrirla y asomarse por ella.

Se da cuenta de que las plantas de Ignacio, su vecino del Bajo A, están un poco mustias por el calor y la falta de agua. Le parece raro porque el anciano siente devoción por su pequeño jardín, su «pulmón verde en la gris ciudad», como lo llama él con una sonrisa de orgullo. Ahora que lo piensa con detenimiento, hace un par de días que no baja a su casa. Demasiado esfuerzo, y el mero hecho de pensarlo le resulta agotador.

Desde que sufrió el accidente y tuvo que dejar de trabajar de forma forzosa, a los sesenta y dos años, pasan más de una tarde juntos jugando a las damas. Es un buen compañero y no se enfada con sus arranques de mal humor, sus llantos y sus respuestas fuera de lugar. Esperanza no

puede controlar sus impulsos. A veces, su carácter es una mochila que pesa y le cuesta acostumbrarse a su carga. Ha perdido más de una amistad por culpa de su irritabilidad y falta de empatía. Por suerte, Ignacio es un amigo incondicional que le ha demostrado en reiteradas ocasiones que está en las duras y en las maduras.

«Ignacio, ¡viejo tacaño! Últimamente se comporta de una forma más rara de la habitual. ¿Y si le ha pasado algo?», se pregunta.

Se fuerza a sí misma a ponerse en marcha y dejarse de elucubraciones. «Bastantes problemas tengo yo, como para preocuparme de todo quisqui», piensa irritada. A veces le cuesta sintonizar con las emociones de los demás, ser más empática. Precisamente era una de sus virtudes, ahora mismo es como si su cerebro hubiese sido formateado y aún estuviera reiniciándose.

Bosteza y se frota la cara con las manos, nota el párpado derecho desvalido, siente una punzada de tristeza y reprime el llanto.

Va hacia la cocina a preparar el desayuno. Mete el café en el cacito de la cafetera y la enrosca, sujetándola con mucha dificultad entre las piernas, hasta cerrarla. Le gusta el café potente, y más con una noche tan mala como la que ha pasado. A veces, los dolores musculares la despiertan de madrugada, y esta ha sido una de las peores que recuerda.

Solo pensar en las horas de soledad que le quedan por delante la entristece. «¡Cómo echa de menos los ratos de charla con los clientes y los compañeros de trabajo! Sentirse útil y con un propósito». Ahora se pasa el día viendo en la tele programas de crímenes y alguna tertulia del corazón. «¡Qué pérdida de tiempo tantas horas con la caja tonta!». Pero, a pesar de ello, siente que le hace compañía.

La cafetera sisea, desprendiendo su característico aroma. Parte del contenido se esparce por el hornillo y apaga la llama azulada del gas. El agua chisporrotea hasta que se evapora en la superficie caliente de metal. Las manos ya no le permiten cerrarla con fuerza, cree que en algún momento tendrá que pasar a las cápsulas de ese sucedáneo de café que usa todo el mundo. Suspira con resignación.

Desayuna viendo las noticias de sucesos. ¡No puede creer la de gentuza que comete aquellas atrocidades! Aunque en su trabajo ha visto de todo, la humanidad no deja de sorprenderla, para mal, claro.

La muerte le asusta y le fascina al mismo tiempo. Y más, en la recta final de su vida. Y más, con su accidente. Se imagina a sí misma como una audaz investigadora de éxito resolviendo casos difíciles. Siempre ha tenido, según su propia opinión, una especial sensibilidad y agudeza para fijarse en los detalles nimios. También se jacta de conocer bien a las personas. Cree que habría sido una detective de renombre.

A las nueve y media coge el carro de la compra y se cuelga el bolso en bandolera. Se pinta los labios de un rojo vibrante, como le gustaba a Ramón, aunque con menos precisión que hace unos

años. Se da el visto bueno con un guiño y se calza los zapatos en el banquito de la entrada.

Cierra la puerta del 3º A y echa la llave.

Espera con impaciencia, canturreando, a que llegue el ascensor. Mientras desciende, deja salir una ventosidad. «Espe, mejor fuera que dentro», y se tira una sonora traca. Se ventila el faldón cuando se da cuenta de que ya ha llegado a la planta baja.

Descubre que hay alguien que abre la puerta del ascensor y el olor del pedo no se ha disuelto en el ambiente. Culpa al perro del vecino y se queda tan ancha, ya que tras sufrir el ictus no puede reprimir ni controlar sus propios impulsos y actúa sin importarle las consecuencias de sus propias acciones. Por ello, sale del ascensor sin ningún remordimiento y una sonrisa descarada se insinúa en los labios. El vecino contiene la indignación y la respiración al subir a su casa. El perro gime.

Esperanza mira la puerta del Bajo A, la de Ignacio, situada en el portal. No sabe si llamarle para ver si se encuentra bien, pero se le está haciendo tarde. Si no llega a primera hora al mercado, le quitarán el pescado más fresco. Cuando vuelva de la compra, lo más probable es que le llame para quedarse más tranquila.

En cuanto gira la esquina de su calle, se encuentra de bruces con Pilar, la psicóloga que la trató después de sufrir el ictus.

—¡Hombre, Esperanza! Dichosos los ojos. Hace unos seis meses que no te veía, desde que dejaste de acudir a terapia.

—Ya se lo dije, estaba mucho mejor, no me hacían falta más sesiones.

—Eso es lo que creíste en su momento, Esperanza. La anosognosia es una de las consecuencias del ictus. Tal vez lo que te pasa es que no eras del todo consciente de tu discapacidad ni de las consecuencias de la misma. Que pienses que no hay ningún problema no significa que no lo haya.

—¡Le he dicho que estoy estupendamente! —exclama de malas maneras—. Ya nos veremos, que tengo prisa.

Pilar mira con tristeza cómo se aleja. Sabe que está lejos de estar bien. La irritabilidad y la agresividad son unas de las manifestaciones más comunes del ictus. La última vez que estuvo en su consulta, casi la agrede de forma física porque no le dijo lo que quería oír. Esperanza solo necesitaba escuchar que todo estaba bien y que ya no necesitaba terapia. Como profesional, no podía darle la razón.

A Pilar le da mucha lástima, ya que tiene la certeza de que en más de una ocasión se debe de haber sentido sola, desamparada y depresiva. El problema principal es que con seguridad seguirá presentando un déficit en el sistema planificador de acciones que le impide ser consciente de su rigidez de pensamiento y modificar los planes una vez preconcebidos, a pesar de que las circunstancias varíen. No lo va a reconocer, por descontado, debido a que su egocentrismo la

obliga a priorizar e imponer sus propias necesidades. Además, sumado a su escasa tolerancia a la frustración la está llevando sin duda a habituales alteraciones de la conducta.

«Solo espero que no se encuentre ante un hecho altamente estresante o traumático, la verdad es que no tengo ni idea de cómo podría reaccionar ante él», piensa la psicóloga.

Esperanza se aleja de ella lo más rápido que su maltrecho cuerpo le permite. «¡Cochina pesetera! Solo quería seguir cobrando sus sesiones y no atendía a razones», cabila enfurruñada.

¡Pobre incauta! Es ajena a las graves consecuencias de sus lesiones y piensa que actuó del modo correcto, no tiene de idea de que dejar la terapia puede tener repercusiones, tanto para ella, como para los demás.

CAPÍTULO 3

EL HALLAZGO



Casa de Ignacio; 5 de agosto.

Esperanza llama al timbre y espera. Se irrita. Llama de nuevo. Es inútil, nadie acude a abrirla. Dentro se oye la televisión a un volumen alto; Ignacio se niega a utilizar audífonos a pesar de que le harían falta. Le cuesta asumir que se va haciendo mayor a pesar de sus ochenta y seis años.

Nerviosa, sigue insistiendo con el timbre hasta casi quemar la resistencia. Grita su nombre. No aparece nadie. Se impacienta cada vez más. Piensa que tal vez el anciano está en el baño y no puede oírla. Se alerta cuando oye a Berta maullar y arañar la puerta de entrada con persistencia. Ahora sí que se asusta de verdad. Entonces, aporrea con fuerza la puerta y lo llama a viva voz. La gata maúlla con más intensidad, con urgencia. Esperanza oye las pequeñas patas que golpean la madera.

Mete la mano en el bolso en busca del manojito de llaves donde guarda una copia de las de la casa de Ignacio. Se cabrea, pensando en el agujero negro que existe en todos los bolsos que impide que localices algo a la primera, y le dan ganas de lanzarlo al suelo y desparramar todo su contenido. Por fin, toca el frío metal en un recoveco casi imposible de encontrar y las agarra angustiada.

Localiza la llave e intenta acertar en la cerradura. La gata maúlla como una sirena de ambulancia en un accidente múltiple y Esperanza cree que va a perder el sentido. Le tiemblan las manos y se le cae el manojito al suelo.

—¡Joder, Espe, ahora no! —chilla contrariada, y se agacha con dificultad para recogerlas—. Lamenta su torpeza y maldice las secuelas del ictus que casi le segó la vida y que le provoca esa falta de coordinación y pérdida de fuerza. Tiene ganas de llorar, pero se contiene.

Toma aire y agarra de nuevo la llave haciendo la pinza con el pulgar e índice de la mano

derecha, mientras se la sujeta con la izquierda, como un andamio que refuerza una estructura tambaleante por el viento.

Logra abrir y la gata, agradecida, se le enrosca entre las piernas y ronronea de placer al sentir que le rasca entre las orejas. Casi tropieza con ella y cae de bruces al intentar avanzar por el oscuro pasillo.

—¿Qué pasa, chica? —pregunta angustiada mientras enciende la luz de la entrada—. ¿Dónde está Ignacio?

La gata maúlla como única y monótona respuesta.

Lo primero que le alerta es el hedor de la basura que se le mete en las fosas nasales como si fuera un KO en un *ring*. Lo segundo son las pequeñas pisadas de Berta por el suelo de terrazo, diminutas huellas carmines y circulares de sus patas almohadilladas. Se agacha y examina el pelaje del animal, mayoritariamente blanco, descubriendo que hay más manchas rojas en su costado. Se impregna los dedos y los examina de cerca, parece sangre y el olor a óxido lo confirma. Se alarma. Hay demasiada.

Avanza mareada, intentando sortear los rastros del pigmento, tal y como ha visto que hacen en las películas. Quiere respetar al máximo su entorno para no destruir posibles pruebas. Llama a Ignacio con una voz titilante, aguda, que casi no reconoce como propia. Por un momento, tiene miedo de que alguien haya entrado a robar y que haya atacado al anciano, podría encontrarse aún en el domicilio. Sigue adelante sin meditarlo. Una vez más, la imprudencia domina su nueva vida.

En el comedor no ve a Ignacio, y parece que la pestilencia se hace más fuerte al acercarse a la cocina. Se tapa la nariz y la boca con la mano. El reflujo agrio del vómito le sube por la garganta y lo hace bajar. Angustiada, traga saliva.

La gata maúlla alrededor de sus pies y se adelanta hacia la cocina. Tiene miedo de seguirla, pero aun así, lo hace.

Ve una de las zapatillas de estar por casa de Ignacio en el umbral de la puerta y teme lo peor. Una de las plantas de los pies descalzos del anciano es lo primero que ve al entrar en la estancia. Su amigo está tumbado boca abajo y hay sangre debajo de su rostro. Esperanza chilla y lo llama. Le asusta que haya sufrido un ataque al corazón o un ictus, como le pasó a ella, y que no haya sobrevivido. Se queda estupefacta ante la visión de un mensaje que Ignacio ha escrito con su propia sangre y que le tiñe los dedos índice y corazón de la mano derecha. Reza:

Asesin -

Esperanza se tambalea hacia el salón, lejos de la horrible escena. La escena del crimen, por lo

que le demuestran los hechos. Se recuesta en el sofá, al borde del desmayo.

Luego, recuerda que el anciano le habló hace unos días del temor a que le hicieran daño, temía que alguien quisiera lastimarlo. En ese momento no le echó cuenta al asunto, pensó que el pobre estaba un poco senil, pero ahora se siente culpable de no haber creído en su palabra.

—¡Pobre amigo mío! —solloza.

El remordimiento le indica qué debe hacer. Va a la entrada, mete el carro de la compra a la vivienda y cierra la puerta.

No medita ni por un momento las repercusiones de lo que le ronda por la cabeza. No piensa de forma racional que su deber es llamar a la policía. Para ella, la lógica y lo correcto hace tiempo que fueron intrascendentes. Una vez que toma una decisión, su rigidez la hace incapaz de modificar sus planes preconcebidos, aunque las circunstancias varíen. Su sistema planificador de acciones se ha vuelto del todo impermeable.

A veces sufre delirios que suelen traducirse en forma de ideas extrañas, alucinaciones o pensamientos incoherentes. Ya solo tiene una idea en mente: resolver el crimen, hacerle justicia a su amigo y vengar su muerte. Decidida, coge el teléfono móvil del bolso, que está en el suelo del recibidor, y se dirige a la cocina. Realiza múltiples fotografías de la escena que acaba de presenciar, tanto del plano general como planos en detalle.

Toma una bayeta de la encimera, no titubea, emborriona el mensaje del suelo de linóleo. Se levanta con dificultad y moja la bayeta bajo el grifo, que abre a presión. El agua baja al desagüe en un remolino rojo intenso, que se torna rosado y más tarde claro. Se agacha y limpia el suelo con ahínco y repite la operación una y otra vez hasta que no queda ni rastro de la sangre del mensaje. Casi se olvida de limpiar los dedos de Ignacio y se culpa de su descuido. Se atribuye el despiste al mal rato que está pasando y a la impresión de ver a su amigo en ese estado, pero los muertos no le dan ninguna aprensión. Ha visto muchos en su trabajo como agente de decesos.

Limpia la pica de la cocina y lo seca todo. Recoge la bayeta y la tira a la basura. Abre la ventana para que se disuelva la fetidez del ambiente.

Ahora se dedica a examinar el cadáver con determinación. Para hacerlo como se debe, se pone unos guantes de cocina de goma, a falta de otros mejores. Las encías, nariz y labios presentan hemorragias, así como moretones en las membranas mucosas. Tiene los ojos inyectados en sangre. Un vómito sanguinolento cubre el suelo y está reseco debajo de su tórax. Lleva los pantalones manchados de heces negruzcas y fétidas que le indican presencia de sangre. Estos indicios le dan una idea de cuál puede ser la causa de la muerte de su amigo. Ha visto más de un difunto con ese aspecto en la morgue, antes de limpiarlo.

También demasiadas series de sucesos criminales le indican qué ha podido ocurrir: VENENO, lo han asesinado con VENENO.

Debe recoger pruebas de la escena y, para ello, coge unas cuantas bolsas de congelados con

precinto que ha visto en uno de los cajones. Arranca unos cabellos y toma muestras de sangre y de vómito del cuerpo.

Por último, busca indicios del veneno que han utilizado para asesinarlo. Hay algo que le ha llamado la atención: en la mesa de la cocina hay un bol con leche coloreada y una cuchara dentro. Al lado hay una caja de cereales. Con los guantes aún puestos, la abre y algo le escama. Cree que, entremezclado con el alimento, el asesino puede haber colocado alguna clase de grageas o cereales que se usan como matarratas. Los reconoce debido a que hace unos años hubo una plaga en el edificio y ella misma utilizó unos similares. Toma una muestra para cerciorarse, y también lo hace de la leche del tazón.

Tira los guantes a la basura y la cierra para deshacerse de ella de inmediato. El pestazo es insoportable. Pone una bolsa limpia y sale a la calle para echarla en el contenedor. Berta se queda maullando sin descanso en el recibidor hasta que ella vuelve al piso a los cinco minutos.

Se intenta calmar un poco, tiene el corazón desbocado. Está nerviosa, pero increíblemente excitada. Se siente más viva de lo que ha estado en los últimos años. Se recuesta en el sillón de la sala y respira hondo. Marca el 112 y habla con emergencias:

—Sí, creo que está muerto, no he tocado nada, lo he encontrado tirado en el suelo. Vengan cuanto antes, por favor. Estoy muy asustada.

Sonríe. A pesar del miedo atroz a fracasar en su tarea, cree que lo ha hecho muy bien. Como si fuera una pobre damisela en apuros en un culebrón venezolano. Espera que todo salga como tiene planificado en su cabeza. Se permite llorar un instante; al segundo, ríe de forma histérica; y después gimotea de nuevo. No sabe que está actuando de forma ingenua e irresponsable. Y si recriminaran su conducta, se agarraría a ella de forma infantil y persistente. Para Esperanza todo está bien, pero nada lo está.

CAPÍTULO 4

LA PARTIDA DE DAMAS



Esperanza sube el carro de la compra a casa, mete las muestras en la nevera y baja de nuevo al piso de Ignacio. Su mente bulle. Solo tiene unos minutos hasta que lleguen los de emergencias y siente que le flaquean las piernas. ¿Y si no es capaz de localizar al culpable del asesinato de su amigo? ¿Y si ella no es la persona adecuada? La Esperanza de antes era arrolladora pero ¿la de ahora será capaz? Niega estos pensamientos intrusivos que le golpean el cerebro como si de una pelota de pimpón se tratase. «No. Soy capaz. Muy capaz», se repite a sí misma. Capaz de afrontar el reto, de desmadejar el misterio y de ponerle fin a esos días de hastío. Nada de creerse inútil y poca cosa. Debe ser capaz.

Por un momento, cavila en las repercusiones legales que podría tener una posible ocultación de las pruebas, pero no le da importancia. Se lo debe a Ignacio. Aún recuerda la conversación que tuvieron hace unos días, en la casa del anciano, mientras este movía una de las fichas sobre el tablero de damas:

—Esperanza, tengo miedo.

—Te estoy dando una paliza, chico, no me extraña que estés un poquito acojonado. Te tengo entre la espada y la pared, como en las duchas de la prisión. Eso me recuerda a un chiste muy bueno:

Una viejita va a la cárcel y le explica al vigilante de la puerta:

—Vengo a hacer una visita conyugal.

El guardia le contesta:

—¿Usted, abuela? ¿A una visita de esa clase? Pero ¿con quién?

—¡Ah, pues con el que sea, hijo, con el que sea!

—Siempre de cachondeo esta mujer... Te lo digo en serio. Estoy muy asustado.

—¿Asustado por qué?

—Alguien quiere hacerme daño. Creo que me están vigilando —lo comenta mientras mueve

una ficha blanca en diagonal y mata en su recorrido a una negra; luego la coloca fuera del tablero junto a las otras—. De soslayo, mira a Esperanza sin mucho convencimiento, titubeando, escogiendo las palabras como en el juego que están disputando. La luz del día se refleja en la telilla de las cataratas que le empañan el iris de los ojos.

—¿Has recibido alguna amenaza, Ignacio? —pregunta mientras sostiene la mirada un instante y enseguida la retira al ver que el anciano se siente incómodo y la rehúye.

—No, no —dice, y sacude la cabeza con efusividad—. ¡Olvídate de lo que te he dicho! A lo mejor son desvaríos de un pobre anciano, no me hagas mucho caso, ya chocheo.

—¿Seguro?

—¡Seguro! ¡Mueve ya ficha, que se me va a pasar el arroz! —Sonríe, quitándole importancia a sus preocupaciones.

—Sí, claro... El arroz. ¡Tendrás guasa! Bueno, si quieres hablar, sabes que aquí me tienes. Y ya me estoy cansando de los vocablos despectivos femeninos, que si chocheo, que si chocheo... ¿Cojonudo es bueno y chocheo es malo? A partir de hoy no quiero oírte más lo de chocheo, ¡cojoneo, cojoneo! Eso te quiero oír, ¿te queda claro?

—¡Pero será! ¡Ja, ja, ja! ¿A mi edad me vas a cambiar?

—Claro, hombre. Como dicen: nunca es tarde si la *picha* es buena.

—¡Vieja verde! —Se carcajea el anciano tan fuerte y de forma tan brusca que tiene que llevarse la mano a la boca para sujetar la dentadura postiza.

—Esta vieja verde te acaba de comer la última ficha, así como quien no quiere la cosa. Te has dejado engatusar y te he pegado una paliza.

—¡Cojones con la vieja verde!

—No subestimes a las viejas, las carga el diablo. ¿La última, o me tienes miedo?

—¡Venga, va! ¡Quién dijo miedo!

Esperanza sonríe con nostalgia, le pesa no haber escuchado con más atención a Ignacio. Pensó por aquel entonces que eran estragos de la vejez y que su cabeza ya no estaba en condiciones. Se siente un poco miserable, su amigo había intentado pedirle ayuda y ella no se la había brindado. Le había quitado hierro al asunto, enfrascada en su propio ombligo. A veces «cojonea» ella también. Se arrepiente de haber pasado por esa conversación de puntillas, Ignacio no se atrevió a sacar el tema de nuevo y ahora está rebozado en un charco de sangre y vómito sobre el linóleo de su cocina. Se enjuga las lágrimas en un pañuelo de papel arrugado. Luego, lo aprieta con furia dentro del puño. Mira de refilón hacia la cocina, pero no quiere entrar de nuevo. Está acostumbrada a la muerte, pero es muy diferente contemplar extraños con los que no estás implicado de forma emocional y cuya presencia no te noquea el estómago como una copa de orujo en ayunas, a observar el cadáver de un amigo. Estos sentimientos te arañan por dentro y te hacen mella. Recuerda a su marido. En lo poquita cosa que se veía en la ventana del ataúd. En lo

difícil que le resultó apartarse de su lado, no tumbarse junto a él y apoyar la cabeza sobre su pecho. Decirle un adiós para el que nunca se está preparado.

El timbre la despierta de sus pensamientos, quemándole los oídos. Da un respingo. Berta serpentea entre sus piernas mientras camina hacia la puerta. Ojea por la mirilla con temor: es el servicio de emergencias sanitarias, por lo que cree que la policía no tardará en llegar. Se seca los ojos antes de abrirles paso. Comienza la función.

CAPÍTULO 5

LA UNIDAD DE EMERGENCIAS MÉDICAS



—Buenos días, señora. ¿Ha sido usted quien ha llamado al 112? Soy el técnico de emergencias médicas.

—Sí, señor, me llamo Esperanza Prieto, vecina del 3º A. Hace días que no tenía noticias de Ignacio. He llamado al timbre, pero nadie me contestaba. —Retuerce el pañuelo con más agresividad—. He oído ruidos de su gata maullando sin parar y arañando la puerta. Me he asustado y he abierto con la copia de la llave que tengo. Está muerto en la cocina.

—¿Muerto dice? ¿Está segura?

—¡Pues claro que estoy segura! —responde irritada—. Y tan segura. Más muerto que Chanquete.

—¿Cómo dice?

—Disculpe, cuando estoy angustiada digo tonterías. —Sonríe nerviosa mientras se seca el sudor de las manos en los laterales de la falda.

—No se preocupe, ya nos ocupamos de todo. Salga de la vivienda, por favor, enseguida la atienden mis compañeros. Le tomarán sus datos por si tenemos que contactar con usted.

El sanitario le apoya la palma de la mano en la espalda y la acompaña hasta la entrada. Después, se dirige con su compañero a la cocina, caminando con cuidado para no alterar posibles pruebas.

Esperanza sale al rellano de la planta baja, con Berta en los brazos. Ya hay gente del edificio arremolinada en la portería; sin duda, les ha alertado la llegada de la ambulancia. La improvisada detective toma nota mental de los vecinos que se han congregado a curiosear, con toda probabilidad de que uno de ellos sea el culpable. Sabe a ciencia cierta, por los documentales de crímenes y asesinos en serie que ve, que el asesino de Ignacio querrá ver la escena en primera fila. Es probable que muestre un comportamiento más raro de lo habitual. Tiene que estar muy atenta.

—Esperanza, ¿qué ha ocurrido? —pregunta Pedro, el vecino del 1º A—. Iba a tirar la basura cuando he visto a los sanitarios llegando en ambulancia.

—Es Ignacio. Hace varios días que no sabía nada de él —dice, gesticulando de forma nerviosa con Berta entre los brazos—. No contestaba al timbre y he abierto con mi propia llave. Me lo he encontrado muerto en la cocina.

—¿Cómo que muerto?

Pedro muda el semblante y empalidece. A Esperanza le parece que se tambalea un poco y teme que el anciano sufra un desvanecimiento. Con lágrimas en los ojos, se recuesta en el andador que utiliza para caminar. Su reacción le parece bastante emocional, un tanto desproporcionada, y más cuando su capacidad de empatía está tan mermada. Sabe que han convivido muchos años en el edificio y eran grandes amigos. Sin embargo, en los últimos meses, Ignacio no le tenía gran estima, aunque desconoce lo que había ocurrido entre ellos.

En su cabeza, va recopilando detalles para luego apuntarlos en casa. No debe descartar a nadie, nunca se sabe. Por experiencia sabe que a veces las mosquitas muertas son las culpables. Ha asistido a muchos funerales en su vida laboral y particular, y a veces el que menos llora es el que más lo sufre y a la inversa. No es tan difícil fingir las emociones. Ahora a veces lo hace, finge sentir lo que los demás esperan que sienta.

Durante años ha tenido la oportunidad de comprobar que la codicia, la avaricia y el dinero revolotean alrededor del difunto, y que muchas herencias separan familias. Se pregunta si Pedro está fingiendo o si su reacción es auténtica. No lo sabe distinguir. Se siente indecisa. Si ella cometiera un crimen, intentaría disimular de lo lindo, sin exagerar, pero sin quedarse corta. Justo la dosis perfecta para no despertar suspicacias.

Se aparta un poco para dejar respirar al anciano y a sí misma. Ha llegado su esposa Torcuata y le atiende, a duras penas, debido a que ella también parece impresionada por la noticia. El espacio es reducido, hace calor y cada vez hay más personas congregadas intentando enterarse de qué sucede. Aún se siente muy aturdida por lo vivido y se muere de ganas de volver a casa para tumbarse un rato. Los músculos del cuerpo la están boicoteando de mala manera y no le conviene tener este tipo de emociones, la posibilidad de sufrir otro ictus la aterra. Se alegra de que por lo menos ya está el servicio médico allí y sonríe con desgana. No, no puede irse a su casa ahora, tiene una misión que cumplir.

Sea lo que sea que estén haciendo en el piso de Ignacio, la tiene muy intrigada. Seguramente deben de haber activado el código 3.8 Exitus al llamar al 112. Uno de los sanitarios debe ser médico y, si la muerte fuera por causas naturales, podría extender un Certificado Médico de Defunción. Sin embargo, tiene la certeza de que el facultativo considerará su muerte sospechosa, no natural, con ausencia de signos de violencia externa, pero en la que se atisba una etiología exógena accidental, suicida u homicida (por ejemplo, un accidente doméstico, autolisis con

fármacos, envenenamiento, homicidio con cualquier tóxico, etcétera). Entonces, tendrá el deber de avisar a las autoridades y, con toda seguridad, Ignacio será trasladado al Instituto Anatómico Forense, donde se le practicará la autopsia. Confía en que crean, por las pruebas físicas, que ha fallecido por accidente y que ha ingerido el veneno sin darse cuenta. Ella se ha encargado de que no sospechen de que alguien ha tenido algo que ver en su muerte. Se lo debe a su amigo.

CAPÍTULO 6

LA AGENTE LÓPEZ



Luis, el presidente de la comunidad, vecino del 4º B, aborda a Esperanza con sus preguntas hasta que la policía entra en escena. Entonces, se hace el silencio. Esperanza entiende que los técnicos del servicio médico ya han movido los hilos de la burocracia y que pronto se tendrá que poner en marcha el sistema judicial.

La agente López se mueve hacia ella, pizpireta y resuelta, alargando la mano para estrechársela. Es una joven pecosa con una coleta tan tirante que Esperanza duda que pueda parpadear. Se ofrece a acompañarla hasta su casa y le toma testimonio de lo ocurrido. Esperanza tiene que detener su relato en un par de ocasiones, le tiembla la voz y el aplomo. Debe tomar un poco de agua para recomponerse un momento. La agente muestra una empatía y un tacto encomiables. Siente envidia. La anciana reconoce que es muy buena en su profesión, le recuerda a ella misma acompañando a las familias en el proceso de duelo. Cercana, pero sin excederse. Lo fundamental es saber distanciarse del dolor, para que no te corroa por dentro la pena y no la hagas tuya. Si no, te hace mella y te va socavando como una perforadora de petróleo en la tierra dura.

Recuerda un caso que le tocó la fibra sensible cuando trabajaba en la funeraria y por el que estuvo a punto de dejar su empleo: el pequeño se llamaba Mateo, tenía seis añitos. Su hermano Sergio permanecía a su lado en un diminuto ataúd blanco, tenía tres años. Su propia madre los había ahogado en la bañera. Su pilar, su referente, la persona en la que más confiaban los sumergió hasta que sus labios se volvieron azulados. Esta clase de hechos te hacen perder la fe en el ser humano. Su propia madre, aquella destinada a dar la vida por sus hijos sin pestañear, creía tener el derecho de arrebatarla. ¡Menudo Dios despiadado! Su padre permanecía al lado de los ataúdes. Era un despojo humano de ojos vacíos, como el vientre de una tortuga tras el desove. Esperanza supo que nunca más podría afrontar un día sin estar dopado por los tranquilizantes. Las muertes de los niños eran, sin duda, las más atroces; en más de una ocasión

tuvo que salir un rato de la sala para coger aire. Muertes injustas y precoces que revertían la ley de vida.

—¿Se encuentra bien, señora Prieto? —pregunta la agente López.

—¿Cómo dice?

—Le preguntaba si se encuentra bien. Por un momento parecía que estaba muy lejos de aquí.

—Disculpe, a veces mi mente vuela por su cuenta. La verdad es que no estoy nada bien. La muerte es cruel y despiadada, y a veces te pilla con la guardia baja.

—Sé que es muy duro. La pérdida de un ser querido siempre le afecta a uno. ¿Tiene a alguien a quien podamos llamar para que no esté sola?

—No se preocupe, joven, usted es muy amable. Estaré bien. Ahora tengo a Berta, la gata de Ignacio, que me hará compañía —dice, señalando con la barbilla al animal, que aún tiene parte del pelaje impregnado con manchas de sangre de su amo.

—¿Berta? Curioso nombre. Es una gata preciosa —expone mientras se agacha y le rasca debajo de la barbilla hasta que ronronea. Luego se vuelve hacia Esperanza, la mira a los ojos y sonríe con franqueza—. Le dejo mi tarjeta, no dude en llamarme si recuerda algún dato más. Estamos para ayudarla. Ya sé que es fácil decirlo, pero difícil llevarlo a cabo: procure descansar.

—Lo intentaré. Muchas gracias. La acompaño a la puerta.

Esperanza cierra la puerta de su casa y permanece un rato con la espalda apoyada en ella. Le falta un poco de aire. Camina rengueando hasta el sofá y se recuesta con los ojos cerrados, controlando su respiración. Está destrozada, física y mentalmente. Pero su cabeza es un polvorín de ideas y elucubraciones. Berta maúlla entre sus piernas, supone que echa de menos a su amo. Como ella.

CAPÍTULO 7

LA INVESTIGACIÓN



Esperanza toma su agenda y apunta el nombre de las personas que han estado en el rellano, sus posibles móviles y si las ve capaces de cometer un asesinato. Luego amplía el listado a los vecinos del edificio e intenta hacer memoria de las muchas conversaciones mantenidas con Ignacio. ¿Quién ganaba algo con su muerte? ¿Tenía enemigos? ¿Alguien de fuera de su entorno próximo? ¿Del vecindario? ¿Antiguos conflictos? Se propone buscar una buena excusa para poder hablar con cada uno de ellos, indagar más en sus vidas y en su conexión con Ignacio. Decide que, en cuanto la policía forense levante el cadáver, se irá a registrar los papeles del anciano, esa madrugada, cuando todo el mundo duerma. Está segura de que encontrará pistas de un posible agresor, la pega es que Ignacio nunca se deshacía de nada y tendrá que rebuscar entre una montaña de basura inservible toda la noche.

Está exhausta, la cabeza le palpita y camina hasta la cocina a regañadientes para tomar un paracetamol. Al llegar, es consciente de que no ha probado bocado desde la mañana. Se prepara una ensalada de patata y atún y la picotea como un pajarillo a una fruta aún inmadura. Le pone dos cuencos a Berta en el suelo: uno con atún y el otro con leche. La gata los devora con rapidez.

Después de comer, se tumba un rato en el sofá para echar una cabezadita. Aquella tarde tendrá que pensar en sus siguientes pasos, es crucial establecer un plan. Lo más importante es que debe llamar a su contacto en el Instituto Anatómico Forense para analizar los resultados de las muestras y comprobar si, tal como cree, hay presencia de matarratas. Intentará pedirle una copia de la autopsia. No cree que el forense se niegue a entregársela. Le debe un gran favor. Recuerda que en una de las autopsias se había dejado un tórax sin cerrar y, si lo hubiera visto la familia, podría haberle denunciado. Tuvieron el tacto de tapar su descuido en la funeraria y recomponer el cadáver. Crispulo Bermúdez le había dicho que recordaría que lo habían protegido. Espera que aún siga en activo.

Eso será más tarde, ahora debe dormir un rato para recuperar fuerzas. Las va a necesitar. Berta

maúlla a su lado, parece que está de acuerdo y se duerme junto a ella.

CAPÍTULO 8

JUGANDO A ESPÍAS



Esperanza se viste de negro de los pies a la cabeza, con la única ropa que dispone de ese color, la que utilizó en el entierro de Ramón. Recuerda muy bien esa mañana en la que, con todo el dolor de su alma, se cubrió el cuerpo de luto, como una mortaja, sin serlo. Aunque nunca le había importado el qué dirán, aquel día decidió vestirse de ese modo por respeto hacia su esposo y a su familia. Para ella, el mundo se había vuelto oscuro y tenebroso. Y eso era precisamente su muerte: la ausencia de luz. De su luz.

Sonríe al recordar las muchas historias que contaba, como agente de decesos, ante las preguntas de los familiares acerca del uso del color negro en los protocolos del velatorio y del entierro. Les decía que existían numerosas leyendas sobre el origen de esta tradición. Les hablaba de una tribu ancestral que tenía miedo a que el alma de los fallecidos saliera de su cuerpo y se introdujera en los vivos. Para evitar que ocurriera, intentaban esconderse del alma de los difuntos pintándose de negro.

En esta ocasión se viste así por otro motivo, ahora quiere mimetizarse con la oscuridad, ser parte de ella para ocultarse de los ojos indiscretos. Son las tres de la mañana y baja con la luz de una linterna en la mano, alumbrando las escaleras de la comunidad. Con la otra, se agarra a la barandilla, no vaya a ser que se caiga en un traspies. Se siente como un ladrón desplazándose, de forma sigilosa, por los tejados de las casas para colarse a cometer algún hurto. Se nota poderosamente excitada y viva. Un hormigueo le corre por dentro del estómago. Tiene miedo, pero más emoción que otra cosa.

Por un momento se queda petrificada al oír un ruido en el interior del 1ª B. Se pega a la pared como un *ninja* para esquivar la luz que sale por la mirilla. El corazón le martillea en el pecho como los tambores de la caja de *Jumanji*. Inmóvil, espera a que en cualquier momento alguien la descubra y le pregunte qué demonios está haciendo con esas pintas, en calcetines, de madrugada. Al cabo de unos minutos, que le parecen horas, oye el inconfundible sonido de una cisterna

descargando el agua y unos pasos. Luego se apaga la luz del interior del piso. Esperanza está empapada en sudor a causa de los nervios y, sobre todo, por el pasamontañas y los guantes de lana en pleno agosto. Sí, quizás se ha excedido un pelín en su atuendo y se ha metido demasiado en su papel, pero mejor que sobre a que falte. Si ha de ser una espía, se ha de vestir como una. Una vez recuperado el aliento, desciende hasta la planta baja sin mayores percances.

Ahora viene la parte más difícil: está cerca de la puerta de entrada y, aunque duda de que a esas horas nadie entre al edificio, teme que tal eventualidad pueda suceder. Como dice Forrest Gump: *Shit Happens* (a veces la mierda te salpica), y es que a veces te pillan por mero azar. El principal escollo es Juan, el vecino del Bajo B, que vive enfrente de Ignacio, pero Esperanza escucha tras su puerta y parece que todo está en calma.

Introduce la llave en la cerradura, abre la puerta con el máximo sigilo y pasa por debajo de la cinta policial. Le parece que los sonidos en la noche se amplifican como si fueran distintos a los del día, más poderosos y vibrantes, como si reclamasen su lugar.

Cierra la puerta a sus espaldas y exhala el aire que ha estado conteniendo sin ser del todo consciente. Las pisadas de Berta, diminutas y circulares, siguen allí, recorriendo el pasillo como una hilera de hormigas afanosas. Ya no tienen ese color rojo de la mañana, son marrones debido a la oxidación.

Se le saltan las lágrimas al recordar a Ignacio en el suelo de la cocina. Está decidida a hacerle justicia, cavila nerviosa qué es lo más emocionante que le ha ocurrido en años.

Recorre la casa y recopila a destajo todos los papeles que ve en su recorrido, no puede entretenerse demasiado tiempo, se ocupará más adelante de analizar cada uno de ellos. Cajones, armarios, papeleras. Mete todo en una bolsa de basura, aprisa, sin remordimientos sobre su comportamiento. Si la pillan en la escalera o saliendo de la casa puede alegar que ha ido a recoger los desperdicios para evitar que la escalera oliese. Si le ocurre, tendrá que vender muy bien sus argumentos. Sin embargo, no ocurre nada y llega a su cama, exhausta, pero sin haber sido descubierta.

O eso cree ella.

CAPÍTULO 9

PEDRO



Pedro solloza en la cama. Su esposa, Torcuata, duerme a su lado, pero no teme que le oiga, sin sus audífonos no se despertaría ni aunque un Boeing 747 se estrellase junto a ella. La quiere mucho, pero es un cariño reposado fruto de los años. Hace tiempo que no la ama, o antes creía hacerlo. Se casaron hace sesenta años, tienen cuatro hijos, cinco nietos y un bisnieto. Era lo que tocaba hacer. Era otra época en la que no estaba permitido demostrar tus sentimientos, en la que te mataban por alguno de ellos. Piensa en Ignacio y que ahora está muerto.

Se levanta para ir al lavabo y le parece oír un ruido en la escalera. No enciende la luz, pese a que es una costumbre temeraria a su edad, la de caminar a oscuras, sabe que el reflejo luminoso de la mirilla se proyecta en la escalera y le gusta cotillear sin ser visto. «Defectos que tiene uno», razona. Pero es un hábito que le fascina. Espiar la vida de los demás y comentar los chismes con Torcuata. Le parece ver el haz de una linterna y una sombra por el rellano, pero solo es un instante. Ha habido muchos robos en el vecindario en las últimas semanas y tiene miedo de que se trate de algún ladrón. Se queda unos minutos a la espera, plantado ante la mirilla, pero no ve nada más y su vejiga le reclama con urgencia. Quizás su raciocinio se está enturbiando un poco y por ello enciende la luz a disgusto para dirigirse al servicio a orinar. Teme caerse y no poder acudir al entierro de Ignacio, a su último adiós. Y eso sí que no se lo perdonaría jamás.

Vuelve aturdido a la cama, abraza a Torcuata y se vuelve a dormir. Sus sueños son agitados esa noche, como días que acontecerán.

CAPÍTULO 10

LA CARTA



Esperanza apenas ha dormido cuatro horas, le pueden los nervios y la curiosidad. Llama a la funeraria en la que ha trabajado tantos años, fingiendo una voz que no le corresponde, y le informan de que aún no hay fecha para el sepelio de Ignacio. Su contacto en la forense le comunica que, efectivamente, deben realizar la autopsia al cadáver ante las pruebas de que la muerte se ha producido de forma no natural. Le adelanta que es más que probable que se trate de un envenenamiento accidental y que el anciano confundiese el matarratas con los cereales y los había ido ingiriendo. «¡Buf! Primera valla saltada», reflexiona, soltando el aire. Aún le faltan un par más por superar. No estará tranquila hasta que entierren su cuerpo. Se frustra de que todo sea tan tedioso, pero la burocracia no perdona.

Utilizando guantes de látex en todo momento, para preservar las huellas, vuelca el contenido de la bolsa sobre la mesa del comedor y empieza a clasificar los documentos. Ignacio acumulaba de todo, la mayoría de papeles no tienen nada de valor para el caso.

Hace tres montones: «Facturas, publicidad y los papeles succulentos, los que tienen verdadera importancia», cavila Esperanza. También hay un paquete sin abrir.

Lo que le llama más la atención es una especie de carta manuscrita que estaba rota en la papelera, le lleva un buen rato recomponerla. Se irrita y tiene ganas de destrozarla en más trozos. Después de un largo rato que hace que se frustre y se enfade mucho más, consigue pegarla con cinta adhesiva.

Querido Ignacio:

Ya que no quieres volver a dirigirme la palabra ni a mirarme a la cara después del beso, me veo obligado a enviarte esta carta.

¿Piensas que ha sido fácil demostrarte mis sentimientos, aun sabiendo que podría perder tu amistad?

La verdad es que no me ha quedado más remedio que hacerlo, ya no podía ocultar que te quiero.

Te he querido siempre.

No te pido que correspondas a mi amor, pero no merezco tu desprecio. Espero que esto quede entre tú y yo.
Te quiere,
Pedro

«¿Pedro? ¿Pedro Díaz del 1º B? ¡No me lo puedo creer! ¡Tiene que ser él! Por eso Ignacio de repente no lo soportaba, cuando habían sido tan amigos toda la vida. Por eso Pedro estaba tan afectado al comunicarle su muerte en el rellano. ¡Lo amaba! ¡Tiene que ser él! ¿Lo amaba lo suficiente para matarlo al sentirse rechazado? Yo lo vi bastante sincero, pero podría estar fingiendo ese dolor. ¿Es su asesino? Eso es lo que tengo que averiguar», elucubra Esperanza abatida y emocionada.

Deja el resto de papeles sobre la mesa y planea su próxima jugada, más tarde los revisará. Tiene que interrogar a Pedro y contarle que ha descubierto la carta y su secreto, a ver cómo reacciona. Pero debe elegir un momento en que Torcuata haya salido de casa, de manera que pueda hablar a solas con él. Le oyó decir a la anciana que su hija iba a acompañarla al médico esa mañana. Después de desayunar, bajará a llamar al anciano para averiguar qué descubre.

CAPÍTULO 11

EL BESO



Pedro ha pasado la noche en vela. No puede dejar de pensar en Ignacio y en cómo toda la rabia que tenía por sentirse rechazado se ha convertido en un dolor difícil de soportar. Ahora, en el precipicio de su vida hacia la muerte, en la última vuelta de la carrera, había decidido mostrar su verdadera cara, a hablar sin tapujos de ello. Por ello, había decidido declararle su amor. No sé qué esperaba, pero en absoluto que Ignacio le rechazara e insultara. Poco más y le había escupido a la cara. Bueno, a decir la verdad, en su mente él le declaraba su amor e Ignacio le confesaría que el sentimiento era mutuo, que siempre lo había amado.

Y ahora estaba muerto.

Con rabia, considera que a lo mejor se lo merecía. Que no tenía derecho a despreciar su amor de esa manera. Advirtió verdadero asco en sus ojos al robarle aquel beso, al rozar los labios con los suyos. Con decirle que no le correspondía hubiera sido suficiente, no hacía falta empujarlo y sacarlo de su casa. No era necesario despreciarlo e insultarlo de esa manera. No hacía falta amenazar con contárselo a su esposa, que era más buena que el pan recién horneado.

No se dio cuenta del valor que había tenido para intentar ese acto, de las veces que había soñado en cometer ese pecado, que no debía serlo. El amor no debería ser un defecto.

Ignacio desconocía las ocasiones en que lo soñaba en la oscuridad de sus noches y despierto en la claridad de sus días. Y es que nunca se habría atrevido a dar ese paso. Hasta ahora. Hasta que le comunicaron que tenía el mal de Alzheimer y que la vida se le escapaba como la arena entre los dedos.

Ya hacía un par de años que estaba detectando los signos tempranos de la enfermedad, como el olvido de eventos o de conversaciones recientes. Pero la última vez que estuvo en su casa no la olvidaba, aunque desearía hacerlo, al menos, de momento. Luego, su memoria se iría desvaneciendo y ya no quedaría nada de él ni de la recopilación de recuerdos que es la vida.

Se alegra de que, de momento, sus sentimientos continúen intactos, aunque le duela más que

tragarse una flor del cardo. No sabe qué es lo que tiene el amor, que amas sin contemplaciones, sin prejuicios y que el corazón no entiende de cosas racionales. Simplemente se ama. Intentó reprimir esa pasión durante décadas, repudiándose a sí mismo. A ese rubor que sentía en las mejillas cuando estaba a su lado, cuando se abrazaban o se estrechaban la mano en un gesto de saludo. De las tardes que pasaban juntos viendo el fútbol, que nunca le había gustado mucho, y en las que, de reojo, lo contemplaba divertido cuando Ignacio insultaba al árbitro, chillando a la pantalla como si le pudiese oír.

Se acuerda de los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas al reír, sutil recuerdo de una juventud ya pasada, y de las arrugas que se le formaban en las comisuras de los ojos por la vejez. Anhela su forma de mesarse el pelo hacia atrás con los dedos cuando estaba nervioso o de crujirse los nudillos. Evoca la forma de situarse el cigarrillo entre los labios y entrecerrar los ojos con el humo, a pesar de advertirle de que era una mala costumbre y que tendría consecuencias.

Pese a no quererlo, lo amaba. Y le costó muchos años reconocer esos sentimientos, aceptarlos y no sentir asco de ellos, de su condición.

Recuerda a la perfección esa mañana en la que, con el corazón desbocado, había decidido declararle su amor, como un adolescente que corre por las calles al llegar tarde a una cita. Sin aliento. Y es que quería dar el paso antes de que su enfermedad le privase de sentir, de pensar, de vivir, de recordar. De ser. De amar. Tenía miedo de olvidar a la persona que le removía por dentro. Y tal vez, no, más bien casi seguro, sería la última oportunidad que tenía de hacerlo, porque, a pesar de su rechazo, lo sigue amando con toda el alma.

CAPÍTULO 12

EL CARA A CARA



Esperanza planifica mentalmente un guion básico de preguntas que hacerle a Pedro, desde el accidente le cuesta improvisar sobre la marcha. Se seca las manos en la falda y llama al timbre. Está segura de que Torcuata ha salido de casa. Lleva un rato vigilando en el descansillo de la escalera y ha oído salir a alguien con ella, casi seguro que su hija. Está emocionada de poder realizar su primer interrogatorio. De fondo, se oye cómo alguien arrastra los pies por el pasillo y descorre el cerrojo. Es Pedro quien abre la puerta.

—Buenos días, Pedro, ¿cómo te encuentras? Ayer te vi muy afectado con la noticia de la muerte de Ignacio.

—¿Muy afectado? Por supuesto. La noticia me cogió de imprevisto. —El hombre aparta la mirada con los ojos llorosos—. Somos muy amigos desde hace años. Éramos, quiero decir. Nos compramos el piso en la construcción del edificio. De los antiguos ya solo quedamos nosotros: Torcuata y yo.

—Claro, y con los años se les coge mucho cariño a las personas. A algunas más que a otras, ¿verdad? Erais muy *íntimos* —asevera, remarcando la palabra.

—Bueno... íntimos, íntimos... lo normal entre amigos. Hemos compartido media vida.

—El roce hace el cariño. Es así el dicho, ¿no? Como en los besos, la gente se roza bastante con los besos —explica, apoyando la mano en el marco de la puerta y aproximándose más a Pedro.

—Sí, eso dicen. ¿Querías algo más? No entiendo los derroteros que está tomando esta conversación.

—Bueno, rebuscando en los papeles una descubre muchas cosas, entre ellas alguna carta, las hay muy sorprendentes.

—¿Me estás amenazando, tontaina? Más te convendría no husmear en las cosas de los demás. Yo también podría investigar tus trapos, a ver si están todos limpios —la intimida mientras la

agarra con fuerza por la solapa de la camisa, atrayéndola hacia él tan cerca que la saliva proyectada le salpica en la cara.

—Bueno, yo solo preguntaba. Quien se pica ajos come. Ya me voy. —Esperanza se suelta de las manos de Pedro, que parecen un cepo—. No me gustaría tener que remover la mierda con un palo, que luego huele mucho más.

—¡Ándate con cuidado y métete en tus asuntos, mujer! —estalla, dando un portazo y guillotinando la conversación.

Esperanza no quiere desmoronarse cerca de la mirilla de Pedro y camina muy altiva hacia la escalera. Una vez fuera de su vista, nota un ligero vahído que la obliga a agarrarse a la barandilla para no desfallecer. Ha sido una conversación violenta e intensa. La mirada de Pedro la ha asustado de veras. Aún conserva la altivez y el carisma que una vez le llevó tan arriba en su carrera militar. Debe andar con mucho ojo a la hora de enfrentarse con él de forma directa. Lo intentará con Torcuata cuando esté a solas. Debe indagar más en el asunto. Por cómo se ha comportado, lo ve muy capaz de matar a alguien que lo rechace. No hay duda de que del amor al odio solo hay un paso.

CAPÍTULO 13

EL FORENSE



Esperanza se prepara para salir de casa, cada vez le cuesta más realizar las tareas diarias, le exaspera sentirse una inútil, pero su cuerpo decide por ella. Recuerda a su madre y se percata de que va repitiendo los patrones que tanto odiaba de pequeña. Siempre le dolía algo, se quejaba una y otra vez como si fuera un mantra que la ayudase a aliviar sus males. También ella se ha vuelto una vieja achacosa, malhablada y malhumorada. Pero no tiene nada que ver con la genética; bueno, algo sí, tiene que ver con las secuelas de su enfermedad.

Ha quedado con Crispulo Bermúdez en el Instituto Anatómico Forense a las once de la mañana. Sale con tiempo porque cree que la puntualidad es una virtud. Sin embargo, como no hay mucho tráfico a esa hora de la mañana, llega casi una hora antes, sudorosa y estresada. Cada vez le da más miedo conducir debido a sus limitaciones de movilidad y al párpado caído. De momento, su incapacidad no se lo impide, pero ya no se siente tan segura. Al venir, casi atropella a un pobre abuelo que cruzaba un paso de peatones con un andador y se le ha puesto el corazón en la garganta. Se ha visto obligada a parar unos minutos en una zona de carga y descarga de una transitada calle hasta calmarse.

Hace tiempo en una cafetería cercana tomándose una tila para aplacar sus nervios. Se retoca con la barra de labios un momento, mirándose en el espejo del baño, y sale andando a paso lo más ligero que puede.

Recuerda que hace años solía notar las miradas de Crispulo con la certeza de que sentía cierta atracción física hacia ella. En más de una ocasión, se sirvió de sus encantos femeninos para conseguir algún que otro favor, una sonrisa y unas palabras amables, sin rebasar nunca los límites. Piensa con pesar que era una mujer bastante atractiva en su momento, aún conserva gran parte de su belleza, pero las secuelas del ictus le hacen sentirse muy insegura. Ya no camina tan erguida y sus taconeos no demuestran seguridad. Tiene miedo de que ese poder que ejercía sobre el forense ya no sea efectivo, no se siente tan especial. Solo poca cosa.

Titubea al llamar a su despacho, pero al cruzar la puerta respira aliviada. El tiempo no ha tratado con bondad a Crispulo: el poco pelo que tenía ha desaparecido y una barriga prominente sobresale por la bata, una talla más pequeña de la que debería utilizar.

—Me alegro de verte, Esperanza, veo que sigues tan guapa como siempre. Los años no han hecho mella en ti. —Le planta dos sonoros besos en las mejillas, sonriéndole con los ojos mientras la agarra con firmeza de los brazos.

—¡Zalamero mentiroso! —dice, con una sonrisa—. Van a tener que regularte las dioptrías de las gafas. Ya no soy lo que era.

—¡Venga ya! Seguro que sigues levantando pasiones. ¡Quien tuvo retuvo! —exclama mientras le guiña un ojo que a Esperanza le sabe a gloria.

Se sonroja. Hace mucho tiempo que no se sentía deseada. A cierta edad, que le tiren un piropo a una es un recuerdo tan lejano que le parece que fue en otra vida. Y realmente lo era. Ya no es aquella persona, agradece que su amigo la traiga de vuelta a la memoria y le haga sentir como antaño.

—Claro, los tengo en cola esperando caer rendidos a mis pies, ¿no has visto mi estela? —Sonríe con picardía.

—¡Ay! Si yo tuviera cincuenta años, te pediría una cita.

—¡Crispulo, Crispulo! ¡Que te vuelves más descarado con la edad! Vamos a centrarnos, que imagino que estás muy ocupado, por mucho que tus pacientes no vayan a ir a ninguna parte.

—¡Tan directa como siempre! Sin perder el tiempo y al grano. Recuerdo que te debía un pequeño gran favorcillo, me salvaste de una buena en aquella ocasión. Aquí tienes la copia de la autopsia que me pediste, confío en que quede en el más absoluto secreto. Ya sabes que podría perder mi trabajo.

—¡Palabrita del Niño Jesús! Yo, calladita como una tumba. —Se santigua y se besa la punta de los dedos.

—¡Qué graciosa! Chistes para forenses, ¿no?

—Ya conoces mi humor. ¿Me puedes explicar de qué ha muerto?

—Creo que has visto suficientes cadáveres en tu vida para saber bastante sobre los procesos de la muerte. Lo encontraste tú, ¿verdad?

—Sí, ya te lo expliqué. Estaba sobre un charco de sangre. ¿Era veneno lo que lo mató?

—Así es. He encontrado dosis letales de rodenticida o matarratas, como se le conoce de forma popular. Actúa inhibiendo las enzimas de la vitamina K, responsable del acto coagulante. Murió debido a fuertes hemorragias internas. He tenido que informar a las autoridades para que investiguen el caso. Ya te puedes imaginar.

—¡Pobre Ignacio! Fue horrible encontrarlo en ese estado. Entiendo que tengas que pasar parte ante una muerte inusual. No te preocupes. Tengo que pedirte otro favor.

—¿Sin una cita? Venga, pide por esa boquita antes de que me arrepienta.

—Necesito verlo, despedirme de él. ¿Te metería en un lío?

—No. Nadie tiene por qué saberlo y él no va a decir ni mu.

—¿Otro chistecito de forenses? Te recuerdo que es mi amigo. Era, quiero decir —se corrige, mirándose las manos y conteniendo las lágrimas.

—Lo siento, no quería incomodarte. Normalizo tanto la muerte que, a veces, peco de bocazas. Dame unos minutos para prepararlo y te acompaño a la sala. Discúlpame —dice, saliendo deprisa de la sala, un poco avergonzado, pensando que ha rebasado los límites con ella.

Siempre ha estado enamorado de Esperanza, pero nunca se ha atrevido a exponerle sus sentimientos de forma sincera, se limita a hacer chistes sin chispa que no hacen gracia a nadie. Se escuda tras ellos. «Críspulo, cobarde, vas a dejarla escapar de nuevo. Decídete de una vez y mueve ficha», suspira con tristeza mientras se dirige a la sala de refrigeración. Quisiera encontrar las palabras que le faltan que salgan por su boca y suspira pensando que jamás se atreverá a decirlas. Se desanima por ello. El miedo al rechazo le supera. «En otra vida será, miserable pusilánime. Hasta los muertos tienen más agallas que tú», rume, abriendo el cajón de Ignacio y preparándolo.

Esperanza espera en la oficina y siente un ligero vahído. Se sienta. Cree que será de la emoción del momento, pero por un instante teme que el estrés le provoque otro ictus. Cierra los ojos y se concentra en respirar y relajarse hasta mantener a raya los pensamientos intrusivos negativos que picotean su cabeza como un pájaro carpintero horadando su nido.

—Relájate, chica. Vas a cavar tu propia tumba. Respira. Del diez al cero, toma conciencia de tu propio cuerpo y vacía tu mente.

En unos minutos, recupera su compostura y el control de sí misma. Justo unos instantes después, entra Críspulo por la puerta y le hace un gesto con la barbilla para indicarle que le siga. Parece triste y rehuye su mirada.

A medida que se adentra por los pasillos del Instituto Anatómico Forense, va percibiendo el olor de los reactivos químicos que se usan en la ciencia forense. Se alegra de no haber desayunado. Algunos restos de la tila trepan por su garganta y prefiere no imaginar qué habría pasado si hubiera ingerido algo sólido.

Críspulo la acompaña hasta la sala de los refrigeradores. Va en silencio y es raro en él. Uno de los cajones está abierto, desde la puerta no puede distinguir qué contiene, pero lo intuye. El forense le aprieta con fuerza en el hombro y la deja sola.

CAPÍTULO 14

LA DESPEDIDA



Esperanza avanza y nota que la piel se le eriza por el descenso de la temperatura cerca del congelador. Ve el vaho que sale de su propio aliento. Sin duda, es Ignacio quien reposa en la cámara, aunque ya no es él.

No para ella.

El que era su amigo yace en la fría superficie metálica, desnudo, como una cáscara sin vida. Sin alma. Una sábana cubre la fea cicatriz en Y de su tórax hasta el cuello. Su piel tiene un color cerúleo, artificial, contrario a la vida.

Esperanza le acaricia la cara y no es una sensación agradable al tacto, está fría, desprovista de savia. Notar esa frialdad antinatural le provoca cierta repugnancia, pero se siente mal por sentir eso por él. Lo rechaza. Como si ya no reconociera cada arruga de su rostro, cada pliegue de su frente, cada mancha de edad en su cara.

Tiene que separarse de esa frialdad por unos instantes y retrocede unos pasos hasta controlar sus emociones.

Avanza de nuevo hacia el cubículo donde reposa, como una pieza de carne en la nevera. Eso es lo que es: un trozo de pulpa sin sustancia vital. La sien, la boca, los ojos hundidos. Como una uva que se ha vuelto pasa por falta de hidratación.

Le acaricia el pelo blanco, se lo peina con los dedos hacia atrás, como tantas veces veía este gesto en él. Sonríe. Crispulo ha hecho un gran trabajo acomodándole el cabello para tapar la sutura craneal.

—Es él. Pero no es él —susurra.

Tiene que cerciorarse de que sigue siendo Ignacio. Decirle adiós.

Le besa en los labios helados, en una boca abierta en un ángulo imposible de creer, como la de un pez atravesado por el anzuelo que le ha dado muerte. Se sorprende a sí misma al sentir por el anciano más de lo que debería, de la pérdida que ocasiona este vacío en su corazón. Por las

emociones que permanecían ocultas tras la capa de amistad, por aquellas tardes juntos buscando consuelo y afecto mutuo. El calor de la compañía frente a la despiadada soledad, la viudedad, la vejez, la enfermedad, el olvido de la sociedad.

Lo mira de nuevo con rechazo. No se acostumbra al aspecto de los muertos sin preparar. Y más, si acaba de descubrir, confundida, que lo ama.

En el tanatorio ya los veía «presentables» para el funeral, disimulando los estragos de la muerte bajo una capa de maquillaje. Su compañero tanatopractor se ocupaba de borrar los signos de la ausencia de vida para impedir a los demás que recordaran su propia mortalidad. Se encargaba de obviar que somos un trozo de carne que tarde o temprano deja de funcionar y se pudre. Por ello, camuflaba con productos químicos o cosméticos las manchas, los olores, el entumecimiento y la descomposición para que los muertos parecieran eternamente dormidos, irrealmente rosados y con una calidez ficticia; para convertir algo incómodo de ver en algo tolerable a la vista por la sociedad.

Cierra el arcón que lo conserva congelado, le recuerda a las barritas de merluza que tiene para cenar esa noche y siente arcadas. Cree que no va a poder comerlas nunca más después de esa asociación de ideas de chiflada. Cuerpos muertos y colocados en nichos temporales esperando a ser calcinados o enterrados. Algunos tal vez pasen meses allí, sin que nadie los reclame.

Siente pena por Ignacio. No tiene pareja ni familiares cercanos que lloren su muerte, quizás ella sea lo más próximo a una familia que tenga.

—Adiós, amigo mío. Que Dios te tenga en su gloria.

Sale de la sala hacia el despacho de Crispulo y llama con los nudillos a la puerta. Oye un «adelante» y entorna la puerta antes de entrar, por si molesta.

—¿Te has podido despedir, Esperanza?

—Sí, te agradezco de corazón tu ayuda, eres un gran amigo.

—¿Con derecho a roce?

—¿Pero es que no tienes ni un poco de decencia?

—No estoy acostumbrado a los vivos, me tendrás que perdonar, mi dulce Esperanza. Cada día tengo menos tacto.

—Bueno, tal vez lo mejor sea reírse siempre de todo y de todos, en especial de uno mismo. Es lo que nos llevamos a la tumba. Por cierto, me sé una adivinanza muy buena sobre muertos, ¿me acompañas hasta la puerta y te la cuento?

—¡Por supuesto! Aún recuerdo tus chistes verdes épicos. No los rechazaría ni por la autopsia de Madonna. —La rodea por la espalda con el brazo y aprieta la mano con firmeza en su cintura.

Esperanza nota un hormigueo que recorre su espalda, ya no está acostumbrada al contacto físico masculino.

—¿La muerte de un sujeto que juega a la ruleta rusa es un accidente o un suicidio? —explica

jocosa.

—Supongo que sería una muerte accidental, si me apuras.

—Tendríamos que preguntarle al difunto, pero no es posible. Por lo tanto, dicha consideración estaría en función del número de balas que quedan en el tambor del revólver.

—¡Ja, ja, ja! Bueno ese. ¿Dejarías que este carcamal te invitara a cenar algún día?

—Tal vez. Nunca digas nunca. Y más cuando la vida se pasa en un suspiro. Te llamaré. Gracias de nuevo. —Le planta dos sonoros besos en las mejillas que suenan como los de las abuelas, sin ningún atisbo de sensualidad, muy diferentes a los que recibe de él, húmedos y cálidos, similares a los del primer amor.

—Un placer, chica. Espero tu llamada.

Esperanza se aleja intentando disimular su cojera, pero sin mucho éxito. Sabe que Crispulo sigue mirándola mientras se va. Se contonea un poco más de lo decoroso. «¡Qué demonios! A una no le miran el culo todos los días», se dice, riendo.

Crispulo siente que ha perdido su oportunidad recurriendo a los manidos chistes de siempre, cree que no lo toma en serio y no se lo recrimina. Sabe que no lo va a llamar, cree haber visto una mirada confusa de amor en ella y, muy a su pesar, esa mirada no iba dirigida a él.

Ella sube al coche con una sensación que no experimentaba desde que era adolescente; cuando te gustaba alguien y tenías miedo de contarle porque cuando lo exponías, si desvelabas un secreto íntimo, se convertía en algo muy real. ¿Ignacio? Ni en sus mejores sueños habría pensado que sentiría algo por su vecino, pero, si lo analizaba con detenimiento, podría haber sido un gran compañero de vida. Era atento, amable, servicial y cariñoso. ¿Y si él también sentía algo por ella y no se lo contó? Tal vez por el respeto mutuo que ambos se profesaban.

Solo sabe que este sentimiento que se lleva con ella, tan nuevo y triste a la vez, no sabe cómo gestionarlo, pero se le da bien masticar los problemas durante días, hasta que sean tan pequeños que pueda digerirlos. Tiene tiempo de sobra para meditar sobre este afecto. La soledad es lo que tiene, te da tiempo de meditar sobre muchas cosas.

CAPÍTULO 15

TORCUATA



Esperanza llega a casa muy cansada anímicamente. No tiene nada de apetito, pero se fuerza a comer un poco de tortilla y gazpacho. Se sienta en el sillón y, entre cabezadas, pasan las horas de una calurosa tarde. Sabe que tiene el sobre con la autopsia en el bolso, pero se resiste a abrirlo. Cuando el sol baja lo suficiente, va al supermercado a comprar unos botellines, le gusta tener una jarra en el congelador y verter en ella la cerveza, con algo de espuma, lo justo, y beberla muy fría. Al volver de la calle se cruza con Torcuata, la esposa de Pedro, que la aborda al entrar en la portería.

—¿Se sabe algo de Ignacio? ¿Cuándo será el sepelio?

—Me llamaron anoche de la funeraria, Ignacio dispuso en su seguro de decesos que no quería velatorio. El entierro será mañana a las cinco y media en Las Alcinas —responde Esperanza—. Se ha demorado bastante debido a que debían practicarle la autopsia.

—¿Autopsia? ¿No fue una muerte natural? Pensaba que le había dado un infarto, tan mayor que era. A nuestra edad cada día es un regalo.

—No sé mucho más que tú. Me he enterado porque me lo ha dicho un excompañero de trabajo que conocía la buena relación que teníamos Ignacio y yo, y el cariño que nos teníamos.

—Será un día triste, todos los vecinos lo apreciaban.

—Sí, lo será, nunca es fácil la pérdida de un amigo. ¿Cómo está Pedro? Lo vi muy afectado por su muerte.

—Anda un poco delicado de salud, ya le he dicho que no debería ir a ningún entierro, que ya no está para estos trotes, pero se niega a escucharme. No quiere dejar a su amigo solo, creo que está perdiendo un poco el norte. Me tiene muy preocupada. Anda por casa como un muerto en vida, con la mirada ausente. Casi no prueba bocado desde hace días.

Esperanza reconoce los síntomas de Pedro ante la pérdida de un ser amado. Siente cierta pena por el anciano, por la tapadera que se niega a descubrir y por la infelicidad que cree que ha

surcado toda su vida. Por negarse a ser lo que la naturaleza le ha instado que fuera. Se pregunta por qué mucha gente se limita a vivir detrás de una máscara de mentiras, pero luego medita sobre su amor recién descubierto y sus planes de hacer justicia y ella misma porta otra máscara. Detrás de los tabiques hay una verdad que difiere mucho de la que se muestra de puertas para fuera.

—Cúidalo mucho, Torcuata. Estamos en una edad en que no hay que forzar la máquina. Nuestro reloj vital llega a su cuenta atrás.

—Lo sé, a veces estoy tan agotada de la vida que pienso que la muerte será un descanso. Mi cuerpo ya no tira, Esperanza, cada día supone un esfuerzo. Ya no puedo con Pedro y sus limitaciones, y tengo que tirar de él cuando no puedo conmigo misma.

—Al menos no estás sola.

—Perdona, a veces olvido que Ramón nos dejó hace años. Debe ser muy duro afrontar la vejez en soledad.

—A veces me giro en la cama para abrazarlo y noto su vacío, creo que ese momento es el peor. En fin, no quiero ponerme más triste por hoy. Me voy para arriba, tengo muchas cosas que hacer.

—¡Ay, y yo!, que iba a la farmacia y me van a cerrar. Nos vemos mañana en el cementerio. Que descanses.

—Igualmente. Hasta mañana si Dios quiere.

Esperanza sube al ascensor y no ve el momento de llegar a casa. Las emociones del día le arañan la conciencia.

Se desviste y se da una ducha lo más fría que puede soportar su piel. Cree que de manera inconsciente está demorando el momento de abrir el sobre que le ha dado Crispulo. No sabe cuántas vueltas ha dado ya por casa.

—Venga, Espe, huir es de cobardes y tú nunca lo has sido.

Toma el sobre entre las manos y lo rasga con cuidado de no dañar su contenido. Tiembla. Tiene que coger aire antes de empezar a leer lo que sabe que le va a tocar muy dentro. Lee y relee el certificado con la esperanza de que algo cambie en aquellas palabras que la hieren.

La conclusión era que Ignacio había ingerido una dosis letal de warfarina de entre catorce y veinte miligramos. Lo que la alarma es que no había sido una ingesta masiva de una sola vez, sino que las primeras manifestaciones hemorrágicas ocurrieron entre unos cuatro y siete días después de la primera ingesta. La tarde de su muerte le dieron una dosis superior que hizo que su cuerpo no aguantara, el forense cree que fueron entre tres y cinco miligramos en torno a las seis u ocho de la tarde. Sobre las diez y media u once de la noche murió. El fatal desenlace se produjo por la presencia de hemorragias masivas (gastrointestinales, pulmonares e intracraneales) incompatibles con la vida. Una muerte de lo más horrible.

Lo que se pregunta Esperanza en ese momento es quién ha sido el desalmado que ha ido

envenenando de forma progresiva a su amigo y si podrá encontrar las pruebas que lo incriminen.

Las lágrimas corren por sus mejillas, de rabia e impotencia. También de un amor recién encontrado, para qué negar la evidencia.

Debe descansar, mañana será un día muy duro: el último adiós, y ha de estar muy atenta a los asistentes y a los ausentes al funeral. Si hace caso a los documentales sobre crímenes, con toda probabilidad, allí encontrará al culpable.

CAPÍTULO 16

EL ÚLTIMO ADIÓS



Hoy es el día. El último adiós. El inicio del fin.

Esperanza cruza las verjas del camposanto con pesar. Viste de luto, por respeto a su amigo. Tiene un nudo en la garganta apretado como una madeja de lana en las garras de un gato enajenado. Teme no ser capaz de contemplar ese instante donde la tierra se lo trague y quede sepultado para siempre, formando parte de ella.

Solo.

Dejándolo solo ahí abajo para siempre, o hasta que las alimañas se alimenten de sus restos y no quede nada de él, salvo sus huesos, amarillos y enmohecidos. Contiene las lágrimas con un pañuelo arrugado y aprieta sus ojos con rabia, impidiendo que broten, reteniéndolas con animosidad para cuando ya no le sea posible hacerlo, sabe que llegará el momento. Pero aún no se lo permite.

Llega hasta el grupo de gente que se arremolina en torno al rectángulo que abrazará el ataúd, el sacerdote aguarda a que sea la hora para verter su homenaje. Mira el reloj, son las cinco y media. Asiente y abre una diminuta Biblia, con las tapas doradas y raída por el uso. Sus palabras suenan sin alma, repitiendo un discurso manido hasta la saciedad. Carente de emoción. Aunque lo intenta de veras.

Esperanza contempla cómo la gente llora y verbaliza su dolor diciendo lo buena persona que era el difunto. Sonríe pensando en que los muertos tienen la capacidad de volverse buenos de repente. Una vez muertos, la gente perdona sus errores y los idealiza. Como si fuera pecado criticar a un muerto, por si un dedo del cielo fuera a apuntar al siguiente y fueras TÚ. Como si fuera un Cupido malhechor y tirara una flecha envenenada que te mandara al hoyo.

Esperanza no teme a Dios, hace tiempo que dejó de creer en su misericordia. Desde que Ramón agonizaba día tras día y ella rezaba, lloraba y maldecía implorando que el ángel de la muerte llamara a su puerta. Pero no llamaba. Ramón gritaba de dolor entre sueños, a pesar de

estar sedado con una dosis de caballo, con la garganta seca y con una voz afilada como un bisturí de cirujano. Recuerda un domingo que estaba en vela, al lado de la cama del hospital, como tantas noches en los últimos meses, se despertó con uno de los pocos momentos de lucidez que le regalaba.

—Esperanza, me quiero morir.

—Mi amor, lo sé.

—Ayúdame. Yo no tengo valor ni fuerzas.

—¿Qué me estás pidiendo, amor mío?

—Creo que lo sabes.

—No me puedes pedir eso. No soy capaz.

—Por favor. Te lo suplico.

—No te puedo dar lo que me pides. No me hagas esto.

Esperanza le negó durante meses aquella petición aberrante, contraria a su naturaleza. Ella no concebía aquella atrocidad. Solo rezaba una y otra vez para que Dios lo arrancara de sus brazos, que fuera piadoso. Pero sus plegarias no llegaban a nada y Ramón cada vez sufría más. La piel de su cara era fina como un pergamino, sin elasticidad, como la máscara funeraria de un muerto. Los pómulos protuberantes, como picos elevados. Las mejillas infinitas abisales. Los labios finos formando una sola línea como el horizonte. La boca abierta como el cráter de un volcán inactivo hace tiempo. Los ojos desbocados como la mirada de un enfermo con un brote psicótico. Cerca de la muerte, pero sin alcanzarla.

Llegó una noche, especialmente horrorosa, en la que las pesadillas de Ramón la despertaron. Sus palabras carecían de sentido, pero la cara estaba impregnada de un horror inenarrable. Con las pocas fuerzas que le quedaban, atenazaba las sábanas con sus dedos de garfio. Después, intentaba agarrarse al mango para recolocar la postura y pulsar el timbre de llamada, ya no alcanzaba, parecía un oso que afilaba sus garras en un tronco inexistente. Pedía una dosis que no llegaba, adicto a los opiáceos inefectivos al dolor al que su cuerpo se había acostumbrado.

Fue una idea liberadora que ya no la horripiló.

Una almohada sobre su cara, unos instantes de presión.

El fin del dolor, el fin de la agonía. La suya y la de Ramón. No se lo pensó esta vez, desquiciada por los cientos de horas de guardavela, para controlar que siguiera respirando, por si la muerte acechaba. Pensando que la llamaba por su nombre, aunque no lo hacía. Mirando el gotero que caía hasta sus entrañas por si el aire podría dañarle.

Una almohada sobre su cara, unos segundos de presión.

Intentó forcejear, pero ya no le quedaban fuerzas para resistirse. Una leve sacudida y luego nada. Retiró la almohada de su cara y se fue a su butaca con ella. Se la acomodó debajo de la cabeza. Contó hasta trescientos, de forma pausada.

Se levantó y llamó al timbre de enfermería. La luz roja parpadeaba como un latido en la oscuridad de la habitación. El turno de noche del fin de semana: insuficiente, desbordado, inexperto.

Un auxiliar imberbe, con la cara volcánica, apareció a los cinco minutos asomando la cabeza por la puerta. La luz del pasillo iluminaba la cara de Ramón. Como un faro que indica el camino. La sombra del chico era una negrura deforme y desproporcionada sobre la cama, como un Nosferatu con mascarilla quirúrgica en vez de colmillos.

—Señora, ¿ha llamado al timbre?

—Sí, es mi marido. Creo que no respira.

—Lo compruebo ahora mismo, tranquila.

El chico, más pálido que la luna llena, salió de la habitación en busca de un superior, conteniendo el pavor y las lágrimas. Esperanza pensó que esa había sido su primera muerte en paliativos. Apenas llevaría unos días haciendo prácticas. No le veía con el suficiente estómago para estar allí; en el corredor de la muerte. Donde las esperanzas se esfuman como el humo de un botafumeiro.

Esperanza se sacude los recuerdos como un abanico remueve el aire cálido. No quiere pensar en eso. Tardó mucho tiempo en quitarse esa imagen de las retinas. Tuvo mucho miedo a las repercusiones de sus actos. Pero allí no había pasado nada. Paro cardíaco por insuficiencia respiratoria. Su corazón dejó de latir, al fin. Con un poco de ayuda, es cierto. Pero nadie pensó en eso. Ahora repetía el patrón de mentiras ocultando pruebas que podrían inculpar a un asesino. Ella no se consideraba como tal. Ángeles de la muerte los llamaban, contribuir a paliar el dolor de forma piadosa no lo consideraba un crimen. Si los verdaderos ángeles no fueron capaces de tomarlo en su seno, ella se había tomado la justicia por su mano.

Alrededor de la fosa, la gente blasfema del bochorno, el cielo permanece encapotado y las nubes amenazan tormenta. Pero esta no llega. Se le pega el traje chaqueta al cuerpo como el neopreno a un surfista. A la mayoría los conoce, pero le sorprende alguna que otra cara nueva, guarda sus facciones en la memoria para apuntarlos luego en la agenda de pesquisas.

La muerte no espera ni perdona a nadie. El sepulturero tiene rodajes de sudor bajo las axilas y en el cuello de la camisa. Tiene mucho que hacer. La gente le incomoda, tiene ganas de que todos ahuequen el ala y le dejen trabajar tranquilo. Está agotado con ese calor. Aunque podría ser peor, mucho peor. Sabe que en el Tíbet, por ejemplo, el suelo es demasiado duro para cavar una fosa y la leña escasea para quemar los cadáveres. Por ello, el sacerdote lleva al fallecido a unos altares denominados «torres del silencio» donde lo desnuda, le rasura el pelo y lo descuartiza con un cuchillo. Una vez separados los huesos de la carne, le machaca el cráneo con un martillo y deja sus restos sobre una piedra, donde son devorados por los buitres sagrados. Cuando solo quedan los huesos, el sacerdote procede a machacarlos y a mezclarlos con harina,

para que las aves terminen su trabajo. Solo cuando terminan de comer se considera que su alma ha ascendido a los cielos^[1]. No quiere ni imaginar qué sería realizar este ritual quince veces al día. Oír cómo los buitres estiran los tendones, se pelean por los trozos más succulentos, gruñen, mugen, cacarean y baten sus alas. Pensar en ello le repugna, pero también le fascina. Es lo que tiene la muerte, que nos atrae como moscas a la miel.

Esperanza se separa del resto de la comitiva funeraria para observar. No quiere presenciar el momento en que lo metan en las profundidades de la tierra, no se ve capaz de hacerlo sin perder el conocimiento y la razón. Recuerda cómo el ataúd de Ramón avanzaba hacia el crematorio, por los rieles metálicos. Fue lo más tortuoso que experimentó jamás. La compuerta de metal reforzado que se abría, engullendo el cuerpo de su esposo. Las llamas azuladas que bajaban del techo y rociaban el receptáculo como el napalm en las aldeas vietnamitas. La compuerta que se iba cerrando a cámara lenta... «¡Basta!», se ordena a sí misma con rabia. «Deja ya de pensar en esto, tienes una misión que cumplir».

Habla con los vecinos, también escucha conversaciones de forma disimulada. Oye los llantos e intenta discriminarlos como sinceros y forzados. Distingue una retahíla de elogios, anécdotas graciosas que hacen reír al público que las escucha. Lo habitual en un momento como ese es contemplar una dualidad entre la pena sincera de algunas personas y la desvergüenza e insensibilidad de otras, que vienen a quedar bien y pasar el rato. Se fija en los mayores del bloque, tan acostumbrados a asistir a tanatorios y entierros como a comprar la barra de pan de cada mañana. Se toman la muerte como algo natural y próximo, pensando que algún día serán ellos los que ocupen ese lugar. Aceptación y resignación. Culminar una vida, que ya les pesa demasiado en la mochila de recuerdos.

Se está impacientando un poco, no hay nada destacable, hasta que lo ve.

CAPÍTULO 17

¿SERÁ ÉL?



Le llama la atención un chico, le resulta familiar, pero no sabe ubicar de dónde. Nunca ha sido buena fisonomista, es bastante despistada. La gente siempre la saluda por la calle por su nombre y ella sonríe con cortesía, aunque al marcharse reconoce con resignación que no tiene ni idea de quién era. Esto suele provocar un rechazo en los demás, algunos le han confesado que parece una persona borde y antipática. Después del accidente ya no puede disimular su ira, mucha gente se ha apartado del camino de su vida o ella misma del de los demás. La consecuencia es que cada día está más sola.

Ramón era muy bueno en eso, en recordar a las personas; también era demasiado confiado, a su parecer. Ella, en cambio, se jacta de saber calar a la gente. No es fácil engañar a su instinto, o eso cree ella.

Y esta persona le escama.

No se comporta de forma natural. Lo analiza en la seguridad de sus gafas de sol oscuras. Es alto, un poco desgarbado, delgado. Lleva una gorra de los Yankees calada en la cabeza, tapando su mirada. Otea a cierta distancia, la suficiente para contemplar toda la escena sin ser molestado. Lo ve nervioso, cambia el peso del cuerpo una y otra vez sobre sus piernas apoyado en un árbol. Parece que se limpia las lágrimas de los ojos con rabia, como si le quemasen. En un determinado momento, se retira de manera brusca; parece que maldice. Esperanza decide seguirlo.

Camina muy deprisa. Esperanza va todo lo rápido que le permiten sus torpes piernas, teme que el desconocido oiga su jadeo. Ahora no hay duda de lo que escuchan sus oídos.

—¡Maldito cabrón! ¡Ojalá ardas en el infierno por todo lo que hiciste! —llora y chilla con rabia. Arruga un papel y lo lanza a los rosales que adornan el camposanto.

Esperanza debe acelerar para subir a su coche, sabe que por la noche su cuerpo le pasará factura por este comportamiento. Suspira aliviada al ver que el intruso ha aparcado muy cerca de su vehículo en el *parking*. Arranca. Lo sigue por las calles a una distancia prudencial, es

innegable que el desconocido conduce con furia, cometiendo infracciones y de forma bastante temeraria. Cree que las emociones rigen su conducta. Casi choca en un par de ocasiones con el coche de delante. Frena con agresividad, después acelera. Hace sonar el claxon como un energúmeno. Esperanza sigue sus pasos a duras penas.

De repente, pone el intermitente para aparcar. Ella se ve obligada a frenar de golpe y casi le golpean por detrás. Taquicárdica, decide aparcar en una zona de carga y descarga un poco detrás de él. Espera que no se haya percatado de su presencia. Debe mejorar el seguimiento a los sospechosos, aunque para ser su primera vez, cree que no lo ha hecho nada mal.

El chico sale del coche y se dirige al supermercado del barrio, ella no suele frecuentar mucho ese comercio. Le gusta más el que está un poco más alejado de su casa, allí tienen los productos de mayor calidad, aunque sean un poco más caros. A los diez minutos, el sospechoso sale del edificio con un chaleco con el distintivo de la cadena de alimentos. Ya decía ella que le era familiar.

—¡Dios mío! —Tiene que contener un grito.

¡Alguna vez lo ha visto descargar el pedido mensual en la casa de Ignacio!

Ahora no tiene duda de que hay algo muy raro en su forma de actuar. ¿Por qué tiene esta rabia contra Ignacio? ¿Qué se le escapa? ¿Qué es lo que oculta y qué relación había entre ellos?

Esperanza llega aturdida a su edificio. Lo que le faltaba para rematar el día era someter a su cuerpo a más presión, las piernas le tiemblan como un flan en las manos de un equilibrista. Recoge las cartas del buzón. Publicidad. Publicidad. Facturas. Hay un sobre que le llama poderosamente la atención. Parece mecanografiado y no tiene remitente. Tampoco tiene sello ni ninguna marca de envío.

Le da muy mala espina. Lo abre con miedo en el cuerpo. Saca una cartulina blanca mecanografiada, en ella se lee:

«Solo una persona que no tiene ningún trapo sucio se decide a escarbar en la basura ajena. Deja de husmear o lo pagarás muy caro. Los secretos deben quedar enterrados, ¿estás libre de culpa, Esperanza? Conozco tus secretos. Yo creo que tienes mucho que ocultar, cierra la puta boca o te la cerraré para siempre».

Se queda petrificada. Tiene la impresión de que todo a su alrededor da vueltas como en una centrifugadora. De que el autor de esa carta la observa y vigila todos sus pasos. El pánico la domina y tiene que sentarse en las escaleras para recuperarse. Su cabeza bulle como una olla a presión. «¿Quién es capaz de amenazarla de ese modo? ¿A qué se refiere con la culpa que siente y que conoce sus secretos? ¿Sabrá lo de Ignacio? ¿Es posible que alguien sepa lo de Ramón?». Niega con la cabeza de forma frenética. Siente náuseas y un retorcijón mueve sus tripas. Debe

llegar al ascensor para refugiarse en su casa. Entra en el cubículo y vomita todo el contenido de su estómago en la pared acristalada. El ácido impregna el reducido lugar. Se limpia los restos de regurgitación de la boca con la manga de la chaqueta.

«¡A la mierda! ¡Ya no quiero vestir más de luto!».

Llega a la puerta de su casa y tiene dificultades para atinar con la llave. Los nervios agravan su patología. Cierra por dentro y corre al baño a vomitar de nuevo. Ya no le queda nada más dentro que bilis y una sustancia viscosa. Se moja la cara y la nuca en el lavamanos. Se enjuaga la boca para quitarse ese sabor tan desagradable, pero no lo consigue. Lloro y despotrica, sentada en el inodoro. Después, se recompone como puede.

No.

Sea quien sea no va a poder con ella.

No señor.

Si tuviera algo, ya habría acudido a la policía para denunciarla y no lo ha hecho. Por lo tanto, tiene tanto o más que ocultar que ella. Se siente imbécil. Lee de nuevo la carta con más serenidad. A lo mejor se trata de un farol, no le ha dicho nada en concreto, ninguna prueba. Seguro que solo intenta ponerla nerviosa y que deje de inmiscuirse en los asuntos de Ignacio.

Esperanza cree con firmeza que solo el asesino sabe que ella ha ocultado las evidencias del crimen, ella fue quien descubrió el cadáver. Por tanto, SOLO el asesino ha podido escribir esa carta.

«No sabes cuánto la has cagado. No sabes con quién te estás metiendo... ¡Maldito cabrón! Voy a descubrir quién eres. ¡Aunque sea lo último que haga en esta vida, descubriré quién mató a mi amigo!», rumia alterada y pateo la papelera del baño con agresividad.

Sea quién sea tiene más miedo que ella, para atreverse a amenazarla de ese modo. Tiene la certeza de que va por buen camino. Ahora tiene más claro que no va a abandonar su cruzada, por mucho que quieran detenerla. A cabezota no le gana nadie, como buena Aries. No saben quién es Esperanza Prieto López. Si le pinchan, lo descubrirán.

A pesar de lo tarde que es, decide hacer un repaso de las notas de su agenda de pesquisas, está demasiado excitada para comer algo o descansar, rebusca en el bolso y se da cuenta de que no está dentro, puede que se la haya dejado en el coche. Va a tener que volver a por ella.

CAPÍTULO 18

EL ENCUENTRO CON JUAN



Esperanza entra de nuevo en el ascensor. Ve el desastre que ha causado y le sorprende que nadie haya intentado limpiarlo o hablado con el presidente de la comunidad. Supone que no les ha dado tiempo. Intenta quitar los restos de vómito del espejo con un pañuelo de papel, pero solo logra emborronarlo y esparcir el hedor. Nunca ha soportado arrojar. Le dan arcadas solo de pensarlo. Decide que tiene que limpiarlo mejor y quitar ese olor ácido del ambiente. Deja la puerta abierta, poniendo el bolso en el suelo haciendo tope. Entra en casa y coge los utensilios de limpieza. Lo desinfecta todo lo mejor y más rápido que puede, debido a que alguien está aporreando la puerta para que el ascensor baje. Friega el suelo del ascensor y deja el cubo en la cocina. Luego recogerá todos los utensilios que ha dejado esparcidos por su casa. Mete el trapo sucio en una bolsa de basura y baja al rellano.

Cuando baja a la planta baja, Cinthia la recibe en la puerta del ascensor, algo molesta.

—Ya iba siendo hora. A veces me paso más tiempo parada en el descansillo esperando el ascensor que subiendo a la buhardilla a pie.

—Pues podrías hacerlo, maja, que eres joven y te vas a poner como un tordo.

—¿Cómo dice?

—Pues eso de la calidad del tordo: de cara fina y el culo gordo.

—¡Pero será...! ¡Déjeme pasar, por favor! No hacía falta ser tan desagradable, señora.

—¡Quien se pica ajos come!

—Luego hablan de que la gente joven no tiene educación.

—¡Hala, arreando, que es gerundio! ¡Que tengo prisa!

—¡Será maleducada!

Esperanza sale, dejando a Cinthia con la boca abierta y disgustada. Pero es que cuando tiene un objetivo, no le importa ser borde con el primero que se cruza en su camino.

Tira la bolsa en el contenedor de basura y va al coche a buscar el diario de pesquisas. Lo ve en

el suelo del asiento del copiloto, con seguridad ha caído al frenar de golpe cuando perseguía al sospechoso.

Al entrar de nuevo al rellano, ve a Juan, el vecino del Bajo B, que vive enfrente de Ignacio. Sale de casa con las bolsas de basura. No ha ido al funeral. Esperanza no puede perder la ocasión de interrogarlo.

—Buenas noches, Juan. Supongo que sabes lo que ha pasado con Ignacio. No te he visto en su funeral.

—¡Ja! ¿En el funeral de ese viejo de mierda? A mí no se me ha perdido nada allí. Es más... me alegro de que la haya palmado.

—Pero, hombre, ¿cómo se te ocurre decir eso? ¡No te lo permito! Hablar así de él... Era un gran amigo mío.

—Ese cabrón me denunció. ¿O no lo recuerdas, vieja chocha?

—¡Y tanto que lo recuerdo! Tenías pinchada su luz por una plantación de marihuana, te pilló la policía y pasaste unos días en el calabozo.

—Por su culpa me quitaron la custodia de mi hijo, vieja zorra —le dice mientras la coge del brazo y se lo retuerce.

Esperanza siente un miedo atroz. Le cuesta respirar. Es un instante aterrador, no por el gesto, sino por lo que puede vislumbrar en la expresión del hombre, tiene los ojos inyectados en sangre, vacíos, carentes de toda emoción. Opacos. Lo que le transmite en ese momento es que sería capaz de quitar la vida a alguien, pero ¿usando veneno? Quizás es un método demasiado frío y calculador y cree que ese hombre carece de la inteligencia suficiente para planificar un acto así. Lo imagina asesinando a alguien, pero con sus propias manos, en un acto pasional. Juan la empuja a un lado. Esperanza por poco pierde el equilibrio y cae al suelo.

—¡Como se te ocurra denunciarme, vieja, con el cuento de que te he agredido, te reúnes con Ignacio en su tumba!

—No diré nada. Pero no me vuelvas a poner la mano encima. —Se acaricia el brazo con un gesto de dolor, controlando la voz que le tiembla.

Lo más seguro es que le quede marca. Cree que no debe forzar más la máquina en ese momento. Juan está fuera de sí y teme por su integridad física. Reza porque algún vecino entre en ese momento en la portería, pero no acude nadie.

Esperanza cree que si baja su mirada en ese momento, Juan pensará que la tendrá sometida para siempre y, a pesar del miedo que siente en esos instantes, no piensa retirarla. Se mantiene firme, como si sus ojos fueran las armas de un duelo a vida o muerte. Los segundos parecen detenerse, se paralizan, como las abejas que mueren al inocular su veneno en la piel con su aguijón punzante. Juan titubea, aparta la mirada, iracundo, saliendo de la batalla.

—No te metas en mis asuntos, vieja —recalca las palabras con agresividad mientras sale de la

portería.

Esperanza se tambalea. Como los bolos en un *strike* fallido, sin caer. Cree que ya ha tenido suficiente por un día desolador y se bate en retirada a su casa.

—Ya basta por hoy, Espe. Creo que ya has tenido suficiente.

Necesita tranquilizarse y se toma una infusión de valeriana, que es mano de santo, como decía su madre. No se ve con cuerpo para poder ingerir nada. Enseguida le hace efecto y la amodorra en la cama en una agradable sedación. Berta se acurruca a su lado, como cada noche desde que Ignacio ha dejado de ser su dueño. Esperanza agradece su compañía y la suave respiración que escucha a su lado, tal vez no sea Ramón, pero tenerla a su lado la reconforta, le hace sentirse menos sola.

A los treinta minutos se despierta angustiada, no ha apuntado nada en su diario de pesquisas, cree que si no lo hace, se le olvidará todo lo que ha pasado ese día y a todas las personas que han asistido al funeral de Ignacio. El repartidor es su principal sospechoso, tendrá que averiguar más indicios sobre él. Pero no puede descartar a nadie de momento. Quizás deba ir a casa de Ignacio y volver a rebuscar en sus objetos, pero aún tiene material del que tirar. Debe planear muy bien su próxima jugada, se le están complicando mucho las cosas.

DIARIO DE PESQUISAS.

- **Primera pista:** Ignacio dejó escrito ASESIN en la escena del crimen.
- **Segunda pista:** La autopsia forense indica que Ignacio ha sido envenenado con una dosis letal de warfarina (matarratas). No ha sido una ingesta masiva de una sola vez, sino que las primeras manifestaciones hemorrágicas ocurrieron entre unos cuatro y siete días después de la primera ingesta.
- **Tercera pista:** Carta de amor. Pedro (Primero B) declaró su amor a Ignacio y no era correspondido. No quiere que se conozca su homosexualidad. Me ha amenazado de muerte.

-SOSPECHOSO 1-

- **Cuarta pista:** Repartidor con comportamiento sospechoso en el entierro. Puede tener acceso al veneno y a casa de Ignacio. -SOSPECHOSO 2-
- **Quinta pista:** Carta de amenazas en mi buzón. Alguien sabe que me estoy acercando demasiado a la verdad y tiene miedo. Probablemente el autor de la carta sea el ASESINO.
- **Sexta pista:** Juan (Bajo B) ha reconocido que no tenía mucho aprecio a Ignacio. Tenía motivos para desearle la muerte. Ignacio lo denunció por pincharle la luz para su plantación de marihuana. Le quitaron la custodia de su hijo por este hecho. Nota: Me ha amenazado de muerte. Lo veo demasiado impulsivo para matar a sangre fría. Seguir investigando. -SOSPECHOSO 3-

CROQUIS DE LA COMUNIDAD:

PISO	ESCALERA A	ESCALERA B
BAJOS	Ignacio Quintana Segura (87 años). VÍCTIMA ASESINADO	Juan Vilchez Campos (32 años). Interrogado. SOSPECHOSO.
PRIMERO	Puri y Nuri Ordoñez Jiménez (68/72 años). Hermanas solteras.	Pedro Díaz Calvo / Torcuata Álvarez Gil (87/83 años). Estaba enamorado de Ignacio. Interrogado. SOSPECHOSO.
SEGUNDO	Miguel Pérez Pizarro (58 años).	María Font Gómez/ Hijos: Pol y Dúnia (42/12/5 años). Madre soltera con hijos.
TERCERO	Esperanza Prieto López (63 años)- DETECTIVE.	Ana González Cano/ Pedro García Benitez (31/35 años). Pareja recién casada, ella es alérgica a los gatos.
CUARTO	Andrés Sánchez Pinto/ Kevin de los Santos (28/23 años). Pareja recién llegados de alquiler.	Luis Quilez/ Carmen Ruiz (47/42) - Hijos: Rita/Lolo (18/15). Presidente de la comunidad desde hace diez años.
BUHARDILLA	Cinthia James (29 años). Chica vive sola.	

--	--

	SOSPECHOSOS EXTERNOS
REPARTIDOR DEL SUPERMERCADO	Comportamiento extraño en el entierro. Oportunidad y acceso al veneno y a casa de Ignacio.

PRÓXIMOS PASOS:

- Interrogar al resto de vecinos.
- Ir descartando sospechosos.
- Ir al supermercado para saber más cosas del repartidor.
- Seguir con las pruebas físicas que encontré en la casa de Ignacio.
- ¿Volver a casa de *Ignacio*? VALORAR

Ahora sí que le vence el sueño, pero tiene más claro los pasos a seguir. Mañana irá al supermercado a averiguar más cosas sobre el repartidor. Debe descansar.

Esperanza se despierta de madrugada con sensación de ahogo, le duele la garganta y cree que ha llorado. Ha soñado que Ignacio está encerrado en su ataúd y sigue vivo. Pide ayuda a gritos y nadie lo oye. Araña la caja hasta desollarse los dedos. ¡Pobre, mi pobre amigo! No deja de llorar hasta que cae rendida de agotamiento.

CAPÍTULO 19

CINTHIA



Cinthia se prepara para el siguiente *show* de la noche. Viste ropa interior de látex rojo y zapatos de tacón de vértigo. La luz de la habitación es tenue, hay música de fondo sugerente. Tiene a mano sus juguetes sexuales para satisfacer las más oscuras peticiones de sus clientes. Sus fantasías eróticas.

Cinthia no es su verdadero nombre, lo tiene oculto, como su verdadero cabello negro. Lleva una peluca rubia y, delante de la cámara donde practica cibersexo, cubre su cara con un antifaz. Le asquea su trabajo, pero se ha convertido en una autómatas capaz de fingir y alejarse emocionalmente de su rutina. Sexo por dinero. Ni siquiera la tienen que tocar, y es un alivio.

Sin duda, ser su propia jefa es lo mejor, hace nada estaba a merced de la Mafia de trata de blancas. Hasta que logró escapar hace un año y seis meses. Sabe que las consecuencias de sus actos le podrían costar la vida.

Por huir.

Por ser libre.

Cogió un autobús y se fue lo más lejos posible. Entonces conoció a Carla, la encargada de un albergue de beneficencia que le dejó quedarse gratis, de forma temporal, en el piso heredado de sus abuelos, hasta que tuviera dinero para pagarle un módico alquiler. Le ofreció una alternativa, una esperanza y una ayuda que nunca había tenido. De forma desinteresada. Aparte de eso, le ofreció un contrato como friegaplatos hasta que pudo conseguir el permiso de residencia. Parece que hace mil años de su otra vida, pero ha dejado secuelas en ella.

En su fuero interno nunca está tranquila, siempre se mantiene un poco alerta ya que tiene miedo de que la localicen. Suele dormir durante el día y trabaja por la noche. Así evita a los vecinos y a la gente en general. Realiza, en la medida de lo posible, todas sus compras por internet.

Hoy ha ido al entierro de Ignacio. Era uno de los pocos vecinos con quien mantenía

contacto. La saludaba cuando se la encontraba en el portal y era muy amable con ella. Le decía que, si hubiera tenido nietos, le hubiera gustado tener una tan guapa como ella. Le sacaba una sonrisa y le pellizcaba las mejillas a pesar de tener veintitrés años. Se reía con él. Le parecía un anciano entrañable. Quizá le recordaba a tiempos mejores de amor y de cariño. No lo sabe con exactitud.

En el cementerio, ha tenido un mal palpito. Ha visto un hombre a lo lejos haciendo fotos a los asistentes, observándolos, y ha tenido miedo de que la hubieran localizado. De que la Mafia estuviera detrás de esa acción o que fuera un informante de ellos. Pero sabe que es fruto de su imaginación. Sabe que si la hubieran localizado estaría muerta. Por primera vez en los últimos meses, tiene verdadero pavor.

Decide rechazar la conexión del próximo cliente y no trabajar esa noche. Necesita tranquilizarse un poco, no sabe si lo logrará. Reza a la virgen de Chiquinquirá para que la proteja. Aunque sabe que si de verdad la Mafia la ha localizado al fin, no habrá virgencita que la auxilie.

CAPÍTULO 20

EL ENCARGO



Esperanza se dirige a primera hora de la mañana al supermercado, antes de que el calor sea insoportable. Cuando gira la esquina de la calle 13 se da cuenta de que se va a encontrar de frente con Paco, ya no sabe cómo librarse de ese tipo, es un viudo sin muchos escrúpulos que va persiguiendo a todas las mujeres del vecindario. En el club de «las abuelas molonas», donde Esperanza va a pasar los ratos y hacer labores por el barrio, lo apodan el *pichabrava*, donde pone el ojo pone la bala.

—¡Qué bien te veo, Esperanza! Eres como el buen vino, mejoras con la edad. —Se la come con los ojos de arriba a abajo como si la escaneara.

—¡Anda, viejo verde! ¡Que se lo dices a todas! Más bien creo que me he avinagrado con el tiempo. Te dejo, que tengo mucha prisa, *pichabrava*. —Hace un requiebro con el carro de la compra y sortea a Paco. Casi le pilla el pie con los ruedines.

No puede notar la mirada de estupefacción de Paco cuando se aleja. Esperanza, en ocasiones, tiene verbalizaciones inapropiadas en lo que al sexo se refiere. Sus amigas, las abuelas molonas, aún recuerdan con estupor cómo Esperanza no tuvo ningún reparo en coger todos los aparatos sexuales en un *tuppersex* que organizaron en la asociación. Esperanza hacía bromas, simulaba tocamientos más o menos explícitos y soltaba comentarios lascivos. Le rieron las gracias del apuro, pero se sintieron bastante avergonzadas por ella. En más de una ocasión han comentado a sus espaldas que ya no es la misma. Sin embargo, ella no es consciente de la mayoría de cambios de su personalidad.

Esperanza llega a la puerta del supermercado y ve a un señor de mediana edad recolocando los carteles pegados en el escaparate. Esperanza supone que se despegan por el implacable sol de agosto, capaz de fundir hasta el acero.

—Buenos días, ¿es usted el gerente del establecimiento?

—Sí, señora. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, estoy un poco mal de la cadera y me han dicho que tienen servicio a domicilio. Por no llevar toda la compra con el carro, que luego me pasa factura, que ya tengo una edad. Creo que me ha parecido ver a su chico de reparto en más de una ocasión en nuestro edificio. Uno alto y rubito.

—¿Alto y rubio? Debe de ser Nicolás.

—Nicolás... No sé cómo se llama. ¿Podría ser que el lunes lo viera en mi bloque haciendo el reparto?

—¿El lunes? ¿Vive en el barrio, señora?

—Sí, claro. En la calle 24.

—Espere que mire los pedidos a domicilio en la agenda —dice mientras va a consultar entre sus papeles, en la caja. Permanece un momento mirando la agenda hasta que se dirige de nuevo a Esperanza—. Pues no, ahora recuerdo que Nicolás llamó para avisar de que no se encontraba bien ese día.

—¡Ah! Pues lo habré confundido con otro. ¿Entonces me lo podría traer él a casa?

—Por supuesto. El servicio a domicilio es gratuito y hoy trabaja Nicolás. La única condición es que gaste un mínimo de veinte euros.

—¿Veinte? Con lo cara que está la vida hoy en día, con un poco de fruta ya llego a eso.

—Pues compre sin problema y luego le abro ficha. Se lo llevará a casa en el tramo de entre las doce y la una.

—¡Pues no se hable más! ¡Qué beneficio más bueno! No volveré a casa cargada como una mula.

Esperanza compra lo que necesita y va de vuelta a casa con la intención de trazar un plan y esperar a que le traiga la compra el repartidor. Se para en la farmacia a recoger la medicación que le hace falta y tiene encargada. El problema es que, como se va encontrando a gente por el camino que saludar y que le preguntan por el entierro de Ignacio y le dan el pésame sabiendo que eran buenos amigos, casi no llega a tiempo a su casa para la hora del reparto; faltan diez minutos para las doce, entra sudando y exhausta.

«Así que se llama Nicolás. En cuanto venga, intentaré sonsacarle más información sobre Ignacio y su relación con él. Sobre todo, a ver si puedo indagar sobre qué motivos podría tener para matarlo. No sé cómo reaccionará a mis preguntas», medita nerviosa.

Se refresca un poco y se pone la ropa de estar por casa. Parece que el corazón se le va a salir del pecho cuando suena el timbre del interfono.

—¿Diga?

—¿Señora Prieto? Soy el repartidor del supermercado Confianza.

—Sí, suba, por favor, lo estaba esperando.

CAPÍTULO 21

NICOLÁS



Nicolás carga la compra de la furgoneta a la carretilla y la sube por la rampa del rellano. Mira con desprecio la puerta del Bajo A, la del piso que ocupaba Ignacio.

«Miserable bastardo. Te odio con todo mi ser. Te mereces estar muerto», cavila mientras escupe en su alfombra de entrada, teniendo cuidado de que no lo vea nadie. Tiene los ojos llorosos cuando entra la carga al ascensor, no puede con la rabia que siente en ese momento. Le duele la mandíbula de tenerla fuertemente encajada por la impotencia que siente. Impotencia. Rabia. Odio. Todo esto le está afectando más de lo que le gusta reconocer. Pero en el fondo de su ser, también siente otra cosa a la que no quiere o no sabe ponerle nombre. Desdicha. Pena. Tristeza. No está preparado aún para analizar estos sentimientos tan contradictorios. Ahora mismo se alegra de que Ignacio permanezca a dos metros bajo tierra. Se siente mal por dejarse arrastrar por esta rabia y odio, pero es algo que lo supera. Un sentimiento primitivo y visceral, más allá de lo que puede controlar. Se trata de una furia incontrolable, como los tornados que toman tierra.

Abre la puerta del ascensor y se sorprende, aunque intenta disimular. Cree haber visto a esa señora, en fotografías, en casa de Ignacio. Con seguridad, eran amigos. Se tensa.

—¡Espera, que te aguento la puerta del ascensor, chico! ¡Y yo comprando siempre a cuentagotas para el día a día! ¡No será la última vez que haga uso de este servicio!

—Gracias, señora. —Fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos y saca la carretilla del cubículo—. La verdad es que mucha gente utiliza el reparto a domicilio, sobre todo, la gente de más edad.

—¿Me estás llamando vieja?

—¡Nada más lejos de mi intención, señora! —dice, desorbitando los ojos.

—¡Qué estoy de guasa, chaval!

—¡Ja, ja, ja! ¿Dónde le dejo la compra? ¿En la cocina?

—Sí. Pasa, pasa, que te enseñó donde dejarlo.

Esperanza opina que ya está diciendo tonterías. En cuanto se pone tensa, le salen sin control de la boca.

—¿Quiere que le deje la compra aquí, señora Prieto?

—Sí, sí, por favor.

—¿Le cargo lo más pesado en algún sitio?

—Pues si no es mucha molestia, me pones la bebida en la despensa, aquí dejas la leche, los zumos y el agua. He aprovechado para cargar de lo lindo. Me sabe mal... ¡estás chorreando! ¿Quieres una Coca-Cola o agua fresquita?

—Pues tengo más repartos, señora, voy un poco justo, pero un poco de agua me iría fenomenal.

—Descansa un segundo, joven, que si no, te vas a desmayar con el sol de justicia que pega. — Le sirve un poco de agua en un vaso de vidrio que suda por la fría temperatura. Se fija en que coge el recipiente con la zurda y bebe con avidez—. Creo que te he visto por el edificio, ¿repartías a Ignacio del Bajo A?

A Esperanza le parece que la cara de Nicolás muta, como si sus ojos se entelasen por un sortilegio. Aunque tiene la sorprendente habilidad de saber recomponerse del primer impacto.

—¿Se refiere al señor Quintana? —contesta—. Sí, era habitual de este servicio. Nos hacía pedidos programados por quincenas. Me he enterado de su muerte. Lo lamento mucho —intenta ser lo más convincente posible.

—¡Ah! Sabía que le traían la compra, pero nunca había coincidido cuando estaba en su casa. Éramos buenos amigos. Era un buen hombre, ¿verdad?

—La acompaño en el sentimiento. —La mira a los ojos y parpadea cinco o seis veces en una rápida sucesión—. No le sé decir, no teníamos mucha relación, solo de hablar cuando le traía el pedido. Era amable, supongo. —Aparta la mirada y deja el vaso de agua en el mármol con tal ímpetu que el cristal suena y Esperanza sospecha que tal vez se ha astillado—. Disculpe, a veces no calculo mi fuerza, creo que no se ha roto. Debo irme.

Esperanza le escruta. Su convicción le parece de lo más ficticia. Está segura de que le está mintiendo, le delata su expresión corporal, sus ojos moviéndose de un lado a otro, la boca seca, el sudor de su frente que intenta secar para disimular. Se fija en que no es la única que no le quita ojo, Berta vigila cada movimiento que hace y la nota intranquila, alerta. Esperanza decide tantear una última jugada.

—Espera, que te dé algo por las molestias. —Se vuelve, hurgando en su monedero, y le da un euro—. Toma, por las molestias. Seguro que Ignacio, con lo generoso que era, te daba buenas propinas de aquel recipiente que tenía en la entrada.

—Sí, era muy generoso. —Mira arriba y hacia su izquierda—. Nos vemos otro día. Gracias

por la propina.

Esperanza cierra la puerta sonriendo. MIENTE. Ha visto demasiados documentales de crímenes, sabe que cuando le preguntas a una persona zurda acerca de algo que se supone que ha visto, si mira hacia arriba y hacia la derecha, está accediendo a un recuerdo de lo sucedido. Pero, si mira hacia arriba y hacia su izquierda, accede a su imaginación e inventa una respuesta. «No hay ningún recipiente en la entrada de la casa de Ignacio, además, dudo mucho que le diera propina, era más agarrado que un chotis», medita Esperanza, aguantando la carcajada. ¿Por qué mentiría en una cosa tan absurda? ¿Por qué estaba tan nervioso todo el rato? ¿Qué tiene que ocultar? ¿Por qué lo odia de esa manera?

Cree que va por buen camino, de momento cree que ha tenido la oportunidad de cometer el crimen, pero ¿y el móvil? Debe descubrir lo más importante. Recuerda la escena del entierro, ¿qué motivos tendría para querer matarlo?

Nicolás baja por el ascensor rojo como un tomate, de rabia y de vergüenza. «Maldita vieja entrometida, no sé qué quiere saber de mi relación con Ignacio. ¿Qué dinero de la entrada? No lo recuerdo, y le he dicho que sí por los nervios. Ese cabrón nunca me ha dado ni un euro. Aunque tampoco lo querría... ¿De qué le sirve ahora todo el dinero que tenía esa rata, si ha muerto como una de ellas? ¡Que se pudra en el infierno por todo el mal que ha hecho!», rabia, enjugándose las lágrimas con agresividad.

Sale del ascensor y se va a su próximo reparto, aunque no deja de darle vueltas a la conversación con Esperanza toda su jornada. «¿Y si sabe algo? ¿Y si me ha descubierto?», se pregunta con temor. Tendrá que volver a hablar con ella la próxima vez que la vea.

Esperanza da más vueltas que una peonza en la cama. Sabe que no va a poder dormir. Su encuentro con Nicolás no le deja pegar ojo. ¿Y si ha pasado por alto alguna cosa en casa de Ignacio? ¿Y si hay alguna prueba que lo incrimine?

Se vuelve a vestir como un *ninja*. Son las tres de la mañana. El edificio está tranquilo, salvo por el condenado mocososo de la pareja del 4º B, puntual en la toma de teta como un reloj suizo que rompe el silencio con sus berridos.

Abre la puerta de Ignacio. Alguien ya ha quitado el precinto policial. Usa la linterna para desplazarse por el piso y mirar en los recovecos que se le ocurren y que ha podido pasar por alto. Entra en el baño y oye un ruido en el cuarto de Ignacio. Se dirige hacia allí.

—¿Quién anda ahí? —susurra con la voz temblorosa por el miedo.

No ve venir el golpe que le dan en el cráneo. Se gira, ve un destello de luz y la silueta de un hombre. Siente un pánico atroz. Fundido en negro, como en una mala película de serie B. Pierde el conocimiento y cae de espaldas. Un charquito carmesí se acumula debajo de su cabeza, la brecha no es muy profunda, pero no deja de sangrar. Su pelo escaso queda apelmazado contra el fluido como un chicle que pisotean en el asfalto.

CAPÍTULO 22

LA AGRESIÓN



Esperanza se despierta confusa y aturdida. No sabe dónde está ni qué ha pasado. Sabe que le duele la cabeza como mil pares de demonios. Se toca y nota el pegajoso líquido coagulado. Se lleva la mano cerca de la cara, aunque ya sabe lo que van a ver sus ojos: sangre.

Le cuesta ubicarse en el espacio y el tiempo hasta que se da cuenta de que está en casa de Ignacio. Ya es de día. Recuerda el destello y una silueta en la penumbra. Recuerda el golpe. Se sienta en el suelo con mucho cuidado, se marea, apoya la espalda contra el sofá. Toma un pañuelo del bolso que aún tiene colgado al cuello. Los pañuelos de tela que usaba Ramón y que siempre trae alguno consigo. Se aprieta la herida con fuerza. Para sentir el dolor, para aferrarse a la vida. Tiene mucho miedo, no sabe en qué lío se está metiendo.

«Cálmate, Espe. Casi seguro que es una herida leve y ya no sangra. Sé metódica y bázate en lo empírico. Respira. Mira a tu alrededor y analiza la situación que te rodea», decide con determinación, a pesar del mareo que se lo dificulta.

Ve el comedor revuelto, alguien ha estado allí. Y no solo eso, un cuadro de Ignacio que tenía un valor considerable ha desaparecido. Solo quedan su marca parduzca rectangular en la pared desnuda. Le sorprende que el resto estén colgados en las paredes, como si el ladrón supiera el valor de cada obra.

Existen dos posibles premisas: la primera es que hayan entrado a robar, ella estaba en su camino y se hayan ocupado de que no molestase. La segunda es que el dueño de las amenazas del buzón haya decidido atacarla por ser una entrometida y seguir husmeando y que lo del robo sea mera distracción. No sabe qué pensar, y más con la cabeza palpitándole como una pelota antiestrés en manos de un enfermo de los nervios. Se cabrea por ser tan descuidada y vieja.

Sopesa sus opciones y decide que no tiene otro remedio que llamar a la policía, a la agente López, para explicar lo sucedido. Coge el móvil del bolso y marca el número de la tarjeta. La cabeza le estalla al escuchar los tonos de la llamada.

—¿Agente López?

—Sí, ¿quién me llama?

—Soy Esperanza Prieto, vecina del número 5 de la calle 24. La que llamó a emergencias hace unos días al encontrar el cuerpo sin vida de Ignacio Quintana. No sé si me recuerda.

—¡Y tanto que la recuerdo! ¿En qué puedo ayudarla, señora Prieto?

—Pues veré, no podía dormir esta noche, por el bochorno que hace, y me acordé de que hacía días que no regaba las plantas de casa de Ignacio, con lo bonito que tenía su jardín. Así que he bajado a ocuparme un poco de ellas —intenta poner convicción a su voz.

—Entiendo. Supongo que no me llama para hablarme del riego de unas plantas, señora Prieto. Por muy interesante que me pueda parecer.

—¡Uy, disculpe, entiendo que estará muy ocupada, agente! ¡Me han atacado!

—¿Cómo?

—Sí, que he bajado a regar las plantas y alguien me ha sacudido en la cabeza, me acabo de despertar hace un instante. Estoy muy mareada.

—¡Haber empezado por esa información, señora Prieto! Ahora mismo envío a una ambulancia y voy en persona con una patrulla. ¿Está sola? ¿Sabe si pueden estar aún ahí?

—Creo que ya no hay nadie, me parece que han entrado a robar. Falta un cuadro de valor y está todo revuelto.

—Ahora me ocupo de todo, no se preocupe, que en diez o quince minutos estaremos allí.

—De acuerdo, aquí les espero.

Esperanza respira aliviada. A pesar de los riesgos que está asumiendo, cree que ha tomado una buena decisión, hubiera sido un poco sospechoso que hubiera llamado a emergencias y no hubiera recurrido a la agente si la necesitaba, sobre todo después de ofrecerle su tarjeta y su ayuda en caso de un apuro. Eso sí, cuando venga en persona, va a omitir el tema de las amenazas que ha recibido en el buzón. No sabe qué más podría pasarle y no quiere averiguarlo.

Por su parte, la agente López hace las gestiones para que envíen una ambulancia sin más demora. Por el camino hacia el piso del señor Quintana, medita sobre la «mala suerte» de la señora Prieto, le sorprende que en cuestión de días se haya visto implicada en una muerte y un robo. Puede que esté pasando una mala racha, pero su experiencia como policía le ha enseñado que las casualidades no existen. «¿Y si está involucrada de alguna forma en todo el asunto?», medita. Aún no sabe qué podría estar pasando ni por qué, pero su instinto le dice que si algo no cuadra, lo averiguará.

CAPÍTULO 23

LA SOSPECHA



La sirena de la ambulancia no tarda en oírse fuera del edificio. Esperanza se desplaza como puede para abrir la puerta de entrada, se apoya en las paredes en busca de una estabilidad ausente; está tan mareada que siente náuseas y se tiene que estirar en el pasillo de la entrada. Cuando entran los sanitarios, siente un gran alivio, por casualidad, uno de ellos la atendió el día que murió Ignacio.

—Buenos días, señora, ¿la policía ha llamado al 112 por una agresión? Soy el técnico de emergencias médicas. Nos han comunicado que ha sido golpeada en la cabeza. ¿Ha perdido el conocimiento?

—Sí, me han sacudido con fuerza y he perdido el conocimiento. Aunque creo que la herida no es muy profunda y ya ha parado de sangrar.

—Le voy a hacer unas preguntas de control y la vamos a llevar hasta la ambulancia. ¿Puede caminar hasta la camilla?

—Sí, pero estoy muy mareada.

—No se preocupe. Yo la sujeto y la ayudamos a tumbarse. Con cuidado. No veo que la herida sea muy profunda y ya ha dejado de sangrar. Normalmente este tipo de heridas son muy escandalosas. Vamos a limpiarla y a cubrirla. Después la llevaremos al hospital Espíritu Santo para que le suturen la herida, le realicen un TAC craneal y permanezca en observación unas horas. Solo para asegurarnos de que todo está bajo control, ¿de acuerdo?

—Sí, lo que consideren más adecuado.

—¿Quiere que llamemos a alguien para que la acompañe?

—No... No tengo a nadie. —Cierra los ojos y contiene las lágrimas—. Podría llamar a alguna amiga, pero no las quiero preocupar. Creo que no será nada. Se lo agradezco.

—Tranquila, la cuidaremos bien.

Los técnicos conducen en camilla a Esperanza hasta la ambulancia. En ese momento, llega la

agente López, quien se dirige a ella mientras los enfermeros curan la herida y le vendan la cabeza.

—Señora Prieto, ¿cómo se encuentra?

—Pues he visto tiempos mejores, agente.

—¿Es muy grave? —dice la agente López, dirigiéndose hacia uno de los enfermeros que le está vendando el cráneo.

—No, no parece que sea nada grave, a pesar de que el vendaje es muy aparatoso. La llevaremos al hospital para asegurarnos que no haya lesiones internas mediante un TAC. —Acaba de poner el apósito.

—¿Puedo hablar con ella dos minutos, por favor?

—No hay problema, pero no se demore —dice el técnico de emergencias médicas mientras se retiran unos metros para que hablen con privacidad.

—Señora Prieto, ¿qué ha pasado?

—Como le he comentado por teléfono, había ido a regar las plantas a casa de Ignacio a las tres de la madrugada y alguien me ha atacado por la espalda, me he girado y he podido distinguir una silueta y una luz. Por el tamaño, creo que era un hombre. Luego he perdido el conocimiento.

—¿No le parece una hora muy intempestiva para regar las plantas? —pregunta con un tono un tanto acusatorio.

—¡Uy! ¡Qué va! Es la mejor hora de regar las plantas con el calor que pega. Además, no podía dormir del bochorno que hace. —Sonríe de forma nerviosa y desvía la mirada sin quererlo.

—¿Qué han robado?

—Oí un ruido en la habitación de Ignacio y cuando fui a ver, me atacaron por detrás. Creo que han robado el cuadro de más valor, por lo menos, según me contó Ignacio.

—Si que tiene mala suerte, señora Prieto —dice con un tono suspicaz.

—¿Insinúa algo, agente López? ¿No creerá que me he atacado a mí misma?

—No, nada más lejos de mi intención, señora Prieto. Si pasara algo inusual, no dudaría en confiar en mí, ¿verdad?

—Por supuesto, agente. —Mantiene la mirada fija y evita pestañear.

—¿Sabe quién puede estar detrás de este robo?

—No tengo ni idea. ¿Ha visto cómo han dejado el piso? ¡Pobre Ignacio! Se revolvería en su tumba al verlo. Seguro que se han enterado de que estaba el piso vacío y han entrado a robar. ¡Qué sabandijas!

—¿Sabe si tenía inventariadas y aseguradas todas sus posesiones valiosas?

—Sí, creo que tenía un seguro de hogar con el contenido de todo, pero no sé qué compañía era.

—No se preocupe, ya lo averiguaremos. De momento, vaya al hospital para que la atiendan.

Nosotros vamos a ocuparnos de la investigación del robo. Si recuerda algún detalle más del atacante, no dude en llamarme. Cuidese mucho, señora Prieto.

—Gracias por su preocupación, agente López. Creo que me pondré bien, ha sido más el susto que otra cosa.

—Ya se la pueden llevar. Muchas gracias —les dice a los técnicos de emergencias, quienes acuden y cierran las puertas de la ambulancia.

La conducen a urgencias del hospital con las luces puestas. Esperanza se queda preocupada por lo que puede pensar de ella la agente López y si su declaración le ha resultado convincente. Nunca le ha gustado mentir, pero sabe hacerlo, o por lo menos eso es lo que cree.

La agente López ve como la ambulancia se marcha, hay algo en todo esto que le resulta de lo más sospechoso, por ahora no sabe qué puede ser, pero su instinto le advierte de que algo no cuadra. Ha visto a la señora Prieto muy nerviosa y cree que miente. Lo que no entiende es en qué puede estar implicada ni cómo. Tal vez solo está asustada por todo lo ocurrido, no se lo reprocharía en absoluto.

El departamento va detrás de una serie de robos en el vecindario con el mismo *modus operandi*: desvalijan pisos que saben que están vacíos, normalmente porque sus propietarios han salido de vacaciones. Se incrementan en esa época del año. También tiene conocimiento de que existen Mafias que pasan información para robar u ocupar las viviendas sin propietario. Lo primero que tienen que hacer es clausurar el piso del difunto señor Quintana para preservar las evidencias y seguir el protocolo de robo con fuerza en sitios no habitados. Ya ha tomado declaración de la víctima y deberá hacerlo con los demás vecinos para ver si han visto u oído algo esa madrugada. Después deben hacer fijación fotográfica de las vías de acceso, de la fuerza utilizada y todos los elementos que sean de interés. También deben realizar una fijación general desde el exterior al interior del lugar, fijar en detalle el lugar por el cual el intruso hizo ingreso al lugar y los daños u otras señales que den cuenta del ingreso y fijar las huellas dactiloscópicas o plantares que se encontrasen en el lugar antes de que estas sean levantadas. Además, deben fijar otros lugares de interés probatorio, como cercas escaladas, lugar donde fueron encontradas las especies y el eventual desorden del sitio, conexiones entre dependencias, entre otros.

Si la señora Prieto ha sido golpeada con algún objeto, deberán realizar un levantamiento de armas o instrumentos empleados para la comisión del delito y especies sustraídas, cuidando la integridad de la cadena de custodia.

Deben, a su vez, verificar la existencia en el lugar o en sus alrededores de cámaras de seguridad, sean estas públicas o privadas y, en su caso, requerir la entrega voluntaria de los vídeos en que haya podido constar el hecho. En caso de no acceder a la entrega por parte del encargado de las cámaras, tendrán que dar cuenta de inmediato a la Fiscalía para que determine el curso a seguir.

En fin, le queda mucho trabajo, y más, con los pocos efectivos que ahora mismo tiene en su departamento. Se dirige al piso del señor Quintana para empezar con la investigación antes de que a alguien se le ocurra entrar allí sin las suficientes precauciones, que no sería la primera vez que alguien la caga.

CAPÍTULO 24

LUIS



Esperanza regresa a casa en ambulancia bien entrada la tarde. Ha permanecido unas horas en observación, pero el TAC ha salido perfecto y solo ha requerido tres puntos de sutura. Ha tenido mucha suerte, la podrían haber matado. Está muy muy asustada. ¿Quién estará detrás de este robo? ¿Será la misma persona que ha matado a Ignacio para apoderarse de la acuarela? Sabe de sobra que era un gran coleccionista de arte y que tenía alguna obra de mucho valor. Hasta que no levanten el testamento, no tiene ni idea de qué será de sus bienes, tiene curiosidad, ya que no tenía descendientes. Seguramente lo heredará su exmujer como único familiar vivo, pero no lo tiene claro después de la relación tan tormentosa que tuvo. Ella lo abandonó por su mejor amigo e Ignacio siempre le hablaba de ella aún con rencor, pero por lo que sabe Esperanza, nunca se divorciaron, cree que su amigo albergaba el ficticio deseo de que algún día se arrepintiera de su decisión y regresara a su lado. De eso ya hacía treinta años y su supuesto amigo y ella seguían juntos.

Esperanza echa de menos un cigarro en ese momento, sabe que no debe y que tuvo que dejarlo, pero en los momentos de más ansiedad, lo necesita como respirar. En sustitución del «mono», se mete un caramelo de menta en la boca e intenta pensar en otra cosa.

Está demasiado excitada para estar encerrada en casa. Decide ir a ver a Luis, el presidente de la comunidad, para informarle de su agresión y el robo y de que debe convocar una reunión de vecinos urgente. «¡Esto no se puede quedar así! ¡Deben hacer algo!», cavila alterada. Ella vive sola y siempre ha tenido miedo de ser atacada en su propia casa. La gente de la tercera edad suelen ser víctimas fáciles de los desaprensivos.

A veces, lamenta la decisión que tomaron Ramón y ella de no tener hijos, pero le parece que pensar eso en estos momentos es muy egoísta. Decidió no tenerlos porque la maternidad le parecía demasiada responsabilidad y tenía un miedo patológico a no ser capaz de educar a alguien, de que esta personita dependiera de ella de forma incondicional. Ramón por su parte era

muy niño, pero respetó su decisión y nunca se lo echó en cara.

La razón de no querer tenerlos era que recordaba su infancia con pesar y las carencias afectivas de sus progenitores: su padre era muy dominante y agresivo y su madre muy complaciente y sumisa. No entendía cómo su madre no había sabido protegerla a ella y a sus hermanos. Quizás por miedo, adoptando un papel pasivo y servicial. Ella ha sido siempre una mujer autosuficiente, y en su fuero interno menosprecia a ese tipo de mujeres y las considera inferiores.

—Luis, tenemos que hablar —le dice cuando abre la puerta de su piso.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —pregunta alarmado.

—Me han atacado cuando estaba en el piso de Ignacio esta madrugada y han robado. ¡Hay que convocar una reunión urgente!

Luis perdió el color de la cara y negó con la cabeza.

—¿Qué me estás contando? ¡No puedo creer hasta dónde hemos llegado! No te preocupes, mañana a las seis de la tarde convocaré una reunión. Voy a imprimir los carteles y los voy a pegar en el ascensor y en cada planta.

—Te lo agradezco, Luis. Voy a descansar, que ha sido un día muy largo.

—Descansa. Hasta mañana. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedir ayuda.

Esperanza baja en el ascensor a la tercera planta y se va temprano a dormir. La medicación le hace efecto y no tarda en caer rendida.

El que no pega ojo en toda la noche es Luis, le preocupa esa reunión y que lo descubran, si se enteran de su secreto tendrá muchas repercusiones. Tiene miedo de que llegue la tarde, pero no puede hacer nada al respecto.

CAPÍTULO 25

LA REUNIÓN



Esperanza se hidrata la boca bebiendo un poco de agua de un botellín situado encima de la mesa del local que utilizan para las reuniones de la comunidad. Tose para despejar la garganta. Pide silencio en voz alta. Está nerviosa, quiere intentar que todo el mundo entienda la gravedad de la situación y que actúen de inmediato. Muchos de los vecinos ya son conocedores de las malas nuevas, pero otros miran ojipláticos su vendaje, que parece un turbante de un *fakir* después de una borrachera.

La sala está muy concurrida a pesar de la fecha que es. Sabe que están muy intranquilos después de la oleada de robos del vecindario y que algunos han cancelado sus planes de vacaciones ante el temor de que asalten sus domicilios.

—Como creo que algunos sabéis, y ahora veis, anoche fui atacada en la vivienda de Ignacio cuando iba a regar las plantas del patio. Se que me podrían haber matado del golpe, he sido muy afortunada. Han robado y creo que me han agredido porque era un obstáculo para sus planes. Estaba en el lugar inadecuado en el momento inapropiado. Como sabéis, en el vecindario se están cometiendo una serie de hurtos en viviendas, la mayoría, cerradas. Solo es cuestión de tiempo que ocurra una desgracia aún mayor. Lo que quiero proponeros es estar más seguros en nuestras casas.

Esperanza hace una pausa en su discurso a propósito. Se oye un rumor en la sala de aprobación.

»Yo ya no me siento segura. Vivo sola hace años y ahora tengo miedo a que alguien entre en mi casa y vulnere mi intimidad. Temo que me robe las pocas cosas de valor que tengo, pero, sobre todo, que me vuelvan a hacer daño. Con toda probabilidad, la próxima vez no seré tan afortunada.

—¿Qué es lo que propones, Esperanza? Yo soy madre soltera y también temo por mis hijos
—pregunta María Font del 2º B.

—He pensado que una buena medida disuasoria sería instalar un sistema de cámaras de vigilancia. Al menos, en el portal y en las zonas comunes de la comunidad como el *parking* y el patio. Sé por otras comunidades que conozco que no podemos instalar ninguna que vigile la vía pública porque incumple la normativa de la protección de datos regida por la Ley de la Propiedad Horizontal. Como mucho, podríamos instalar alguna que captase una franja mínima de los accesos del inmueble. Lo malo, o bueno, según se mire, es que debemos informar mediante carteles en lugares visibles, en la fachada y portería, que se está accediendo a una zona videovigilada. Conozco gente que utiliza estas pegatinas y no tiene cámaras realmente en sus domicilios. También creo que un caco, ante la duda, siempre se decidirá por una comunidad o vivienda que no esté vigilada, aunque crea que el cartel sea una patraña. Quizás si lo hubiéramos tenido, no se habrían atrevido a entrar; quizás sí, pero creo que cuantas más dificultades les pongamos, más seguros estaremos —argumenta Esperanza.

—¿No sería mejor que cada uno contratase un sistema de alarma para su domicilio? —pregunta Luis, el presidente de la comunidad—. Un servicio como el de las cámaras debe ser muy costoso.

—Eso ya es decisión de cada uno, pero somos una comunidad y creo que es un problema que se debe abordar desde la globalidad. Debemos velar por la seguridad vecinal. También estoy dispuesta a proponer realizar más patrullas vecinales, ya sabéis algunos que tenemos un grupo de voluntarias llamadas «abuelas molonas» y hacemos labores sociales en el barrio. Desde hace tiempo nos ocupamos de informar de las incidencias cívicas y de seguridad, desde denunciar a los propietarios que no son consecuentes con las cacas de sus mascotas, a las baldosas levantadas por las raíces de los árboles, ruidos excesivos y un largo etcétera. Lo de los robos es un asunto de máxima prioridad. Debemos sentirnos seguros en nuestros hogares, me da igual el precio que cueste. ¿Cuánto dinero hay en las arcas de la comunidad, Luis?

—Pues no estoy seguro, tendría que mirar el libro de cuentas.

—¿No lo has traído? —pregunta extrañada.

—No, la verdad es que con tanto revuelo ni lo he pensado. Y más, convocando una reunión tan urgente.

—Pero bueno, no sé lo que costará la instalación de unas cámaras y del servicio de vigilancia, pero debe haber dinero de sobra en la cuenta de la comunidad. ¿No sabes lo que hay en los fondos?

—Pues es que desde que arreglamos las filtraciones de la buhardilla hace un año, solamente hay gastos menores de desgaste y de la limpieza. No lo sé a ciencia cierta.

—¿No podrías subir en un momento a casa y lo traes?

—Tengo un poco de lío en el despacho y tengo que ordenar los papeles. Ya lo miro luego.

—Vale, pero no lo dejes. Mañana nos dices algo. Lo primero de todo es saber si todo el

mundo está de acuerdo. La gente que no haya asistido a la reunión suma su voto a la mayoría. Quien esté de acuerdo en instalar cámaras de seguridad, que levante la mano. Solo es lícito un voto por vivienda.

La mayoría de vecinos levantan la mano, se acepta por mayoría absoluta. Esperanza se da cuenta de que Luis no ha levantado la mano y se ha abstenido de la votación, no entiende muy bien la postura del presidente de la comunidad. Le da la impresión de que le está dando largas con el tema de las cuentas.

—Muy bien, pues se ha aprobado por mayoría, que conste en el acta de la reunión, Luis. Si os parece bien, como ya tengo algún contacto en empresas de seguridad por el voluntariado, voy a pedir varios presupuestos y los presentaré a finales de semana. Así elegiremos el que más nos convenga. Decidiremos entonces el número de cámaras a instalar y las áreas a captar.

Los murmullos de asentimiento de los vecinos le indican que están de acuerdo y que se pospondrán las decisiones a dentro de tres días.

—Pues creo que ya está todo. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

—¿Está al tanto la policía? ¿Sabes si están haciendo algo? —preguntó Ana, del 3º B, angustiada.

—Sí, estoy en contacto con la agente López de la policía y me ha comentado que ya están en ello. Sé por varios vecinos que han estado sacando fotografías de los lugares de acceso y parece que han tomado muestras del piso de Ignacio. Esperemos que los atrapen, la verdad es que no me sentiré segura hasta que lo hagan.

—Deberíamos confiar más en la labor policial, la verdad es que creo que nos estamos precipitando en la toma de decisiones. No sé para qué es necesario gastar tanto dinero en dispositivos de seguridad si más pronto o más tarde los van a atrapar —expone Luis un poco molesto.

—Me sorprende que digas eso, Luis. Cómo se nota que no has sido tú o tu mujer o tus hijos los que han sido atacados, si no, otro gallo cantaría.

—No pretendía ofenderte. Me sabe mal que lo hayas interpretado de esa manera. Lo que sea necesario se hará, faltaría más. —Levanta las manos en un gesto apaciguador.

—De acuerdo, no se hable más —dice molesta—. Si nadie tiene que aportar nada más, quedamos el viernes a la misma hora. Gracias por vuestra asistencia.

CAPÍTULO 26

MARIA



Los vecinos van saliendo de la sala charlando y con caras de preocupación. Ve que María Font, la vecina del 2º B, la está esperando en la puerta para hablar con ella.

—Hay que hacer algo, esto no se puede quedar así. Yo tengo miedo por mis hijos. Por cierto, lamento mucho la muerte de Ignacio, sé que erais buenos amigos. —Compungida, toma sus manos entre las suyas.

—Muchas gracias, María, no habíamos coincidido todavía para hablar. Ignacio era un buen hombre y un magnífico amigo. —Se suelta con suavidad de las manos de su vecina y la aprieta en el hombro.

—La verdad es que sí lo era. Solo se llevan a los buenos. La vida es muy injusta, Esperanza. Ya puedes hacerte una idea de cómo está el patio, da miedo mirar el telediario. Solo hay muertes de mujeres a manos de sus maridos, ya van veinte en lo que lleva de año. No podría llevarse a uno de esos cabrones, no.

—Es una absoluta vergüenza, hay algunos hombres que aún siguen pensando que o eres mía o no eres de nadie. Lo peor es cuando matan a sus propios hijos para dañar a sus parejas. Aunque por desgracia también hay mujeres filicidas, las infanticidas altruistas, que los asesinan creyendo que los liberan de un sufrimiento real o imaginado.

—¡Buf! Vamos a cambiar de tema, Esperanza. Yo no puedo ni imaginar hacer daño a mis hijos, antes, me quito la vida, mira lo que te digo. Ya hablamos el viernes y decidimos algo rápido.

Esperanza asiente y se despide de los vecinos que quedan rezagados. Mañana hará las llamadas oportunas para pedir presupuestos para las cámaras de seguridad. Está preocupada y algo escamada por la actitud de Luis, parece que tenga algún motivo oculto para mostrar las cuentas. Ahora que recuerda, en las últimas reuniones tampoco informó a la comunidad de los ingresos y gastos.

«Aquí hay gato encerrado, Espe, te lo digo yo».

Llega a casa, pica un poco de fruta y unos calmantes, sabe que esa noche será dura y no tiene fuerzas para afrontarla sin medicina moderna.

Se dirige al comedor para revisar el resto de papeles que recogió de casa de Ignacio, hace días que lo lleva posponiendo, pero necesita saber quién puede estar detrás de su agresión, el robo y, sobre todo, el asesinato de su amigo. Lo más evidente es un paquete de Cinthia James (Buhardilla), está ligeramente abierto y vuelto a cerrar. Sabe que la curiosidad mató al gato, pero no puede evitar despegar el adhesivo que lo une.

—¡Ay, Dios mío! Pero si es una polla más grande que la de Nacho Vidal. ¡Y parecía una mosquita muerta! —se escandaliza y ríe con picardía.

No es que ella sea una mojigata, nunca lo ha sido. Ha disfrutado de su vida sexual como nadie, pero cuando abre la caja, dentro hay una serie de juguetes sexuales tan extraños que no sabe ni cómo cogerlos. Un poco avergonzada de hurgar en la intimidad de la muchacha, cierra el precinto lo mejor que puede. Mañana irá a llevarle el paquete a su casa, seguro que el repartidor se equivocó de piso y se lo dejó a Ignacio.

Rebusca en la bolsa de posibles evidencias y le parece que no hay nada destacable, hasta que descubre una sentencia desestimatoria sobre una denuncia interpuesta por María Font. Lo que expone la deja estupefacta. Se trata de una reclamación por daños y perjuicios por la cantidad de 80.000 euros. Explica que uno de los gatos que tenía Ignacio había arañado a su hija, dejándole una fea cicatriz en la nariz. Este hecho había impedido cumplir varios contratos publicitarios que tenía firmados. Obligándole a pagar dichos incumplimientos.

La sentencia narra cómo su hija Dunia mintió debido a que estuvo hostigando al felino de forma reiterada cada vez que lo veía hasta que este se defendió. El anciano lo había presenciado, pero no dijo nada para no perjudicarla ante su madre. Finalmente, en el juicio y presionada ante la situación, la niña lo confesó, exculpando al pobre animal y por consiguiente a su dueño. Esperanza recuerda con vaguedad que Ignacio le comentó algo al respecto, pero no le dio mucha importancia en su momento. Esta sentencia es muy reciente, de hace un mes, y condena a María a pagar 3.000 euros a Ignacio por injurias y calumnias. No se puede creer que minutos antes hubiese estado hablando con ella y que le dijese que estaba apenada por su muerte y que lo apreciaba mucho. Incluso le había parecido ver alguna que otra lagrimilla retenida en sus ojos. Ahora cree que puede tener un motivo de peso para hacer daño a Ignacio, la venganza se sirve en plato frío. Y si algo caracteriza a María es su carácter frío y altivo. Le ha sorprendido que se mostrara inusualmente cercana. Ahora ya entiende una de las razones de su comportamiento, descartarse como sospechosa.

«Te he pillado, bruja, a mí no me la pegas», medita si con esa prueba será suficiente. Cree que no, por lo que tendrá que buscar alguna confesión por su parte.

Se va a la cama exhausta, rumiando mil posibles hipótesis y planes. No solo no cierra puertas, sino que le crecen los enanos. Sabe que no va a poder dormir si no recurre a un somnífero. Se lo toma con un poco de remordimiento. No quiere abusar de ellos, no quiere ser esclava de su facilidad. Pero esta noche los necesita. Es consciente de que el batiburrillo de pensamientos no la dejaría dormir.

Luis llega a casa inquieto, Esperanza le está apretando las tuercas con el tema del dinero de la comunidad y no sabe qué más excusas poner. Tiene un problema muy gordo y no sabe cómo salir de él. Tal vez tenga que recurrir a medidas aún más extremas de las que ha recurrido hasta la fecha, si es capaz, no sabe si tendrá agallas suficientes para hacerlo. Pero nunca ha estado en una situación tan límite como en la que se encuentra atrapado.

CAPÍTULO 27

ANDRÉS



Esperanza se desespera en el rellano del ascensor, cree que alguien está descargando la compra y no hay forma de que llegue hasta el tercer piso. Aporrea la puerta del mismo para indicar que se apresuren, pero no hay forma. Una de sus cualidades no es la paciencia, por lo que resopla y decide subir a pie. Ascende un tramo de escaleras hasta la cuarta planta y ya resuella, pero no se detiene, hasta que oye unas voces en el relleno de la buhardilla. Sin duda, una de ellas es la de Cinthia; la otra es de un hombre. Por su tono parece que están peleándose.

—No pienso colaborar otra vez en cosas como esta, Andrés. No quiero involucrarme más en tus juegos. Es la última vez que me utilizas para una cosa así.

—Tú sabrás, tienes mucho más que perder que yo si te encuentran. Acuérdate de aquella compañera que apareció en un contenedor del puerto. Eso es lo que pasa cuando te ríes de ellos, tienen ojos en todas partes. Me harás caso a lo que te diga o te entregaré sin pestañear.

—Por favor, no lo hagas. Te lo ruego, no me vendas. Te pagaré si es necesario, pero no me obligues a hacer nada más. Apreciaba al anciano. No me chantajees de esa forma. Ya has conseguido una buena tajada de este golpe, no estires más de la cuerda.

—Haré lo que tenga que hacer, niñata. Tú no eres quién para darme órdenes. ¡Y ahora dame el paquete!

Esperanza oye como arrastran un bulto pesado y cierran la puerta del ascensor. «¿Así que eran ellos quienes estaban ocupando el montacargas?», se pregunta alarmada. En un rápido movimiento, pulsa el botón del cuarto piso y el ascensor se detiene delante de ella. Abre la puerta y ve la sorpresa del ocupante. Se trata de un hombre de mediana edad, unos sesenta bien puestos, con los ojos fríos y oscuros, tiene un bigotillo que le recuerda a los actores de los años cincuenta de Hollywood, lleva un sombrero Panamá y un traje de lino de color crudo. Transporta una caja de madera, que ocupa casi todo el espacio interior. Le viene a la nariz un olor entre loción de afeitar y tabaco que le resulta familiar, pero que no sabe ubicar.

—Lo siento, señora, no hay sitio para nadie más. Tendrá que esperar a que baje, discúlpeme.
—Se coge el ala del sombrero e inclina la cabeza hacia ella.

—¡Ah! —exclama Esperanza, incapaz de articular palabra, balbuceando, muy a su pesar.

El extraño es muy atractivo. Cierra la puerta y el desconocido le guiña el ojo de forma descarada. Va a ser difícil de olvidar su rostro y la conversación que ha mantenido con Cinthia. Se queda unos segundos aturdida y perpleja, analizando lo que ha ocurrido.

«¿Estarían hablando de Ignacio?», reflexiona. «¿Qué llevaría en esa caja y qué le ha obligado a hacer a esa muchacha? Había temor en su voz. Tengo que averiguar qué pasa».

Sube el tramo de escalera y llama al timbre de la buhardilla.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —pregunta Cinthia, abriendo la puerta de malas maneras—. Lo siento, Esperanza, pensaba que eras otra persona —alega, dulcificando su expresión.

—¡Hola! Perdona la molestia. Te he venido a traer este paquete, estaba en casa de Ignacio. —Le entrega el bulto que la vecina deposita en el suelo del recibidor.

—¡Oh! Pobre Ignacio, a veces dejaba su dirección por si no iba a estar en casa y él me recogía los envíos. Era una persona muy amable, le tenía mucho aprecio. —Baja la mirada con los ojos brillantes.

—Cinthia, te veo muy alterada, ¿todo en orden?

—Sí, sí, no se preocupe. —Mueve la cabeza.

A Esperanza le da la impresión de que su cabeza asiente, pero su mirada lo niega. Le cuesta tragarse ese mensaje contradictorio. No sabe por qué, quizás porque esa chiquilla podría ser una hija que nunca tuvo, siente ternura y un instinto de protección muy impropio en ella.

Recuerda que cuando tenía unos siete años, recogió un polluelo que había caído del nido de un árbol de su patio, su especie lo había repudiado. Tomó aquella cosita rosada y sin desarrollar, lo alimentó con una jeringuilla y le hizo un pequeño nido con ropa vieja. Lo cuidó con la ayuda de su madre hasta que salió adelante. Cuando ya era adulto, una tarde abrió las ventanas de su habitación y voló libre. Recuerda ese sentimiento de abandono, de dar su corazón a alguien de forma incondicional y que aquel pajarito no mirara atrás y saliera de su vida como si nada. Lloró unos cuantos días ante ese sentimiento de pérdida. *Pio-pio*, que era su posesión más preciada, la había dejado atrás para investigar el mundo que lo rodeaba y vivir según su naturaleza salvaje. Había traicionado su confianza. Cuando se fue, se prometió que no iba a querer a nadie de esa forma. El amor es volcar tu corazón y abrirlo en canal, exponerte y volverte vulnerable. Por eso siempre ha sido una persona un poco distante y fría. De las que se dejan abrazar a regañadientes y manteniendo los brazos pegados al cuerpo. Amar te hace débil. Cuando conoció a Ramón, tuvo que bajar un poco sus defensas, no del todo; lo amaba con toda su alma, pero no se lo iba a demostrar a corazón abierto y volver a sufrir. Siempre, muy a su pesar, mantenía su corazón blindado en cierta manera. Ramón le decía en broma que tenía un cinturón de castidad

sentimental y que solo él tenía la llave para abrirlo. ¡Cómo quería a ese bobalicón! Con sus payasadas y cariño sabía qué teclas tocar para desarmarla.

Y ahí está Cinthia, con los ojos de cordero degollado, mirándola con esa cara tristona. Siente esa ternura tan inusual en ella que la hace querer sacarla de su nido y darle calidez para sanarla.

—No sé en qué lío estás metida, pero si necesitas ayuda, recurre a mí, por favor. Tengo una cualidad que pocos tienen y que está infravalorada: sé escuchar. No dudes en llamar a mi puerta si quieres hablar.

—No se preocupe, Esperanza —responde con la voz quebrada y carraspea—. Estoy bien.

—Y perdona mi salida de tono del otro día, a veces me pierde la boca. No son fáciles para mí estos días.

—No pasa nada, yo también tengo malos días —dice, sonriendo con sinceridad—. ¿Sabe? Me recuerda un poco a mi abuelita, pero ella no era tan gruñona... ¡bueno, a veces sí!

Ambas ríen abiertamente y, sin querer, se establece un vínculo de proximidad.

—A veces soy un caso perdido. Por cierto, me ha parecido oír a alguien en el rellano cuando subía, ¿estabas acompañada?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Qué ha oído? —dice, poniéndose claramente a la defensiva.

—No, nada nada. Habrán sido imaginaciones de esta vieja gruñona.

—Disculpe, Esperanza, pero tengo muchas cosas que hacer. Gracias por traer el paquete. La acompaño a la puerta.

La anciana ve con tristeza cómo la joven se despide y cierra la puerta de su casa. Como aquel gorrión que salió volando por su ventana, en este caso tiene la sensación de que es para huir. Sea lo que sea lo que está pasando, le dice que la chica está muerta de miedo. Cuando pasen unos días, volverá a visitarla para asegurarse de que está bien.

Baja en ascensor hasta su descansillo, meditando cada coma de la conversación que ha mantenido Cinthia y ese tal Andrés. Le recorre un escalofrío al pensar en el atractivo desconocido y se da cuenta de la razón. Sus ojos. Fríos y oscuros, como las cuencas vacías de una calavera. Sonreía con la boca, pero sus ojos la escudriñaban evaluando si era una amenaza. Cree que una parte del miedo que siente Cinthia es a causa de aquella mirada carente de vida. Tiene la piel de gallina. Presiente que hay algo malo en él. Sigue con esa desagradable sensación al entrar en su casa.

Con sorpresa, ve que hay un sobre que alguien ha pasado por debajo de la puerta. Tiembla al verlo a pesar de que están a treinta y ocho grados. El sudor de su espalda se vuelve gélido, como si le hubieran pasado un cubito de hielo por ella. Se le ponen duros los pezones, aquel diminuto recibidor le parece una cámara refrigeradora industrial. No quiere tocarla sin guantes, no será tan poco precavida como la vez anterior. Va al armario de la cocina y vuelve con un par de guantes de vinilo en sus manos. Se agacha y recoge la nota, jadeando sin quererlo.

Saca una cartulina blanca mecanografiada.

«Parece que eres más estúpida de lo que creí. No haces caso y no me gustan las mujeres desobedientes. A veces hay que recurrir a la mano dura y dar escarmientos. ¿Te sientes segura en tu propia casa, pobre tullida? Ya no tienes un hombre que te proteja. Es fácil caer por alguna escalera dada tu limitación. Deja de escarbar en la mierda ajena, si la remueves, te salpicará».

Esperanza tiene que sentarse, pero antes cierra la puerta con llave y echa el pestillo de seguridad. Está temblando y llora con desespero. Permanece un rato con las manos en su cara, hasta que se arranca las lágrimas con una rabia irrefrenable.

—No, Espe. No vas a ser una víctima. Nadie va a acobardarte, nadie va a obligarte a estar recluida en tu casa. Y menos, un asesino despreciable.

«¿Quién ha tenido tiempo de espiarme y saber que no estaba en casa? Tiene que ser algún vecino», afirma alarmada.

Le viene un nombre a la cabeza: Pedro. La amenazó que tendría repercusiones si sacaba a la luz su sexualidad y la carta de amor a Ignacio. Además, si reflexiona con detenimiento, no lo ha visto desde el entierro.

En un arrebato de furia, abre la puerta y sale iracunda hacia su casa. Golpea la puerta y grita su nombre hasta que abre Torcuata con cara de pasmo.

—Pero ¿qué haces, Esperanza? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre aporrear así la puerta? ¡Vas a despertar a Pedro!

—¿Despertar? ¿Seguro?

—¿Es que no me crees? ¿Tengo que llevarte a su cama para que lo compruebes? Está muy afectado por la muerte de Ignacio, incluso deprimido, diría yo. Le he tenido que dar un somnífero para que se durmiera. Lleva días decaído y sin pegar ojo. ¿Qué te ha pasado para estar hecha una furia con él?

—He recibido una carta de amenazas por debajo de mi puerta hace un momento. Nadie me va a meter miedo en el cuerpo.

—¿Amenazas? Pues te aseguro que Pedro está rendido en su cama desde hace unas horas. Él no ha podido ser. Además, Pedro es perro ladrador y poco mordedor. Habla mucho, pero sería incapaz de matar a una mosca. Ya me dijo que tuvisteis una enganchada. No sé el motivo. Ya te digo yo que no es un hombre con mal fondo ni rencoroso. Le duran menos los enfados que un caramelo en la puerta de un colegio. En eso es diferente a mí.

—¿Me aseguras que él no ha sido?

—Te prometo que él está durmiendo como un bebé, no me hagas tener que enseñártelo, Esperanza.

—No, no es necesario. Disculpa, Torcuata. Me he pasado de la raya, pero es que estoy muy

nerviosa.

—A lo mejor lo que tendrías que hacer es ir a la policía. ¡Chica, vaya racha! Primero te agreden y luego esto.

—Sí, creo que al final será lo mejor. Me voy a casa a intentar dormir un poco, tal vez recurra también a algún calmante. Lo siento —dice abochornada y sintiéndose pequeña.

Torcuata asiente con la cabeza con el ceño fruncido. Sin duda, tardará en olvidar esa afrenta.

Esperanza vuelve a su casa desorientada y confusa.

«Si no ha sido Pedro, ¿quién ha sido? ¿Tengo más enemigos que yo sepa? También se puso agresivo conmigo Juan del Bajo B, pero ese es más de pegarme un mamporro que de mandarme una cartita. Tengo que volver a analizar el diario de pesquisas», piensa con temor y angustia.

Va hacia la cama y se toma un somnífero suave. Antes de que la venza en sueño, hace un repaso al diario de pesquisas:

DIARIO DE PESQUISAS.

- **Primera pista:** Ignacio dejó escrito ASESIN en la escena del crimen.
 - **Segunda pista:** La autopsia forense indica que Ignacio ha sido envenenado con una dosis letal de warfarina (matarratas). No ha sido una ingesta masiva de una sola vez, sino que las primeras manifestaciones hemorrágicas ocurrieron entre unos cuatro y siete días después de la primera ingesta.
 - **Tercera pista:** Carta de amor. Pedro (Primero B) declaró su amor a Ignacio y no era correspondido. No quiere que se conozca su homosexualidad. Me ha amenazado de muerte.
- SOSPECHOSO 1-

OJO!! Estaba durmiendo en la segunda carta de amenazas, a no ser que Torcuata lo esté encubriendo, pero me ha parecido muy sincera.

- **Cuarta pista:** Repartidor con comportamiento sospechoso en el entierro. Puede tener acceso al veneno y a casa de Ignacio. Sé que miente, tengo que averiguar qué oculta.
- SOSPECHOSO 2-

● **Quinta pista:** Carta de amenazas en mi buzón. Alguien sabe que me estoy acercando demasiado a la verdad y tiene miedo. Probablemente el autor de la carta sea el ASESINO. ¡¡¡OJO!!! **Me han atacado en casa de Ignacio y han robado ¿estará relacionado con las amenazas?**

- **Sexta pista:** Juan (Bajo B) ha reconocido que no tenía mucho aprecio a Ignacio. Tenía motivos para desearle la muerte. Ignacio lo denunció por pincharle la luz para su plantación de marihuana. Le quitaron la custodia de su hijo por este hecho. Nota: Me ha amenazado de muerte. Lo veo demasiado impulsivo para matar a sangre fría. Seguir investigando. -SOSPECHOSO 3- ¿Podría ser él el autor de las amenazas? No lo creo.

- **Séptima pista:** Luis, presidente de la comunidad (Cuarto B), se está comportando de un modo muy sospechoso. Seguir investigando. -SOSPECHOSO 4-
- **Octava pista:** María Font (Segundo B) sentencia que la condena a pagar una multa a Ignacio por injurias y calumnias por valor de 3.000 euros. La venganza es un motivo más que plausible. -SOSPECHOSA 5-
- **Novena pista:** Cinthia y su conversación con Andrés. Me da miedo su mirada. Creo que ella está metida en algún lío y sabe más de lo que dice. Tiene miedo. ¿La caja del ascensor tendrá que ver con el robo? Por el tamaño podría ser el cuadro robado. ¿Podrían haber matado a Ignacio por dinero?
-SOSPECHOSA 6 y -SOSPECHOSO 7-

CROQUIS DE LA COMUNIDAD:

PISO	ESCALERA A	ESCALERA B
BAJOS	Ignacio Quintana Segura (87 años) - VÍCTIMA ASESINADO	Juan Vilchez Campos (32 años) - Interrogado. SOSPECHOSO.
PRIMERO	Puri y Nuri Ordoñez Jimenez (68/72 años) Hermanas solteronas.	Pedro Díaz Calvo / Torcuata Alvarez Gil (87/83 años) Estaba enamorado de Ignacio. Interrogado. SOSPECHOSO.
SEGUNDO	Miguel Perez Pizarro (58 años)	María Font Gómez/ Hijos: Pol y Dúnia (42/12/5 años) Madre soltera con hijos. Interrogada. SOSPECHOSO.
TERCERO	Esperanza Prieto López (63 años)-	Ana González Cano/ Pedro García Benitez

	DETECTIVE.	(31/35 años) Pareja recién casada, ella es alérgica a los gatos.
CUARTO	Andrés Sánchez Pinto/Kevin de los Santos (28/23 años) - Pareja recién llegados de alquiler.	Luis Quilez/ Carmen Ruiz (47/42) - Hijos: Rita/Lolo (18/15) Presidente de la comunidad hace diez años. Interrogado. SOSPECHOSO.
BUHARDILLA	Cinthia James (29 años) Chica vive sola. Interrogada. SOSPECHOSO.	

	SOSPECHOSOS EXTERNOS
REPARTIDOR DEL SUPERMERCADO	Comportamiento extraño en el entierro. Oportunidad y acceso al veneno y a casa de Ignacio.
ANDRÉS	Conversación con Cinthia muy extraña. ¿Qué era la caja en el ascensor? ¿Es el autor del robo? ¿Podría ser el asesino?

PRÓXIMOS PASOS:

- Interrogar al resto de vecinos.
- Ir descartando sospechosos.
- Ir al supermercado para saber más cosas del repartidor.
- Seguir con las pruebas físicas que encontré en la casa de Ignacio.
- ¿Volver a casa de Ignacio? **No, si no es estrictamente necesario.**

Sin poderlo evitar, se queda dormida con el diario entre sus manos.

CAPÍTULO 28

LAS ABUELAS MOLONAS



La mañana se presenta fresca y nublada; la llovizna y el calor han dado tregua. Esperanza se dirige decidida al club de los jubilados donde ha quedado con sus chicas, «las abuelas molonas». Está muy preocupada y, a pesar de que no era ya necesario llevar la venda de la cabeza, se la ha puesto para dar más dramatismo y urgencia a su misión.

La esperan en la mesa de siempre, jugando al parchís, cotorreando y soltando tacos. No puede evitar que una sonrisa aflore en sus labios. ¡Cómo quiere a esas petardas!

—Pero bueno, Espe. ¿Qué te ha *pasao*? *Pareses* un *fakir* de tantas vendas que llevas en la *cabesa* —dice Remedios, una sevillana muy guasona de setenta años.

Está viuda desde hace cinco años. Siempre va muy arreglada y luce una permanente rubia con tanta laca que ella sola podría haber abierto la capa de ozono. Es un poco oronda y sus pechos rebosan por una camiseta de tirantes de una talla menor de la que debería llevar.

—Me atacaron en casa de Ignacio y robaron sus cosas. Por eso he convocado esta reunión urgente, tenemos que reforzar la seguridad en el barrio. La próxima vez, matarán a alguien.

—¡Ay, Dios mío! Siéntate, chocho, no te vayas a marear y te caigas redonda al suelo. ¡Y yo con el cachondeo! Disculpa —dice Remedios.

—¿Y cómo no nos has dicho nada en el grupo de WhatsApp, niña? Hubiéramos ido al hospital o a echarte una mano en casa. Siempre tan independiente, Espe. Las amigas estamos para ayudarnos —expone Olga un poco enfadada.

Es una divorciada de sesenta y ocho años. Tiene una mirada felina, lleva el pelo recogido en un moño tirante, es delgada, un poco seca, pero si rascas la superficie, esa aparente frialdad encubre un corazón de oro.

—¿Cómo que te atacaron, Espe? —dice Marga preocupada.

Es la más joven del grupo, tiene cincuenta y seis años y es soltera por convicción. Suele decir que todos los hombres son unos cerdos y que no quiere saber nada de ellos. Tiene una melena

pelirroja estilo *bob* y unos ojos marrones muy expresivos. Es menuda y bajita. Suele ser la más prudente e introvertida del grupo.

—Pues eso, estaba en casa de Ignacio, había ido a regar las plantas de madrugada porque no podía dormir. Oí un ruido y me giré. Me pareció ver una sombra y a un hombre en la penumbra. Después, alguien me atizó en la cabeza con un objeto y perdí el conocimiento. Cuando me desperté, ví que habían revuelto el piso y que habían robado el cuadro de más valor. Sin duda, venían a por él. Era una acuarela pintada por Picasso en su juventud. Estaba muy orgulloso de ella, era su posesión más preciada. Yo le advertí miles de veces que no era seguro tenerlo en casa, pero él me decía que el arte era para disfrutarlo, para verlo y no para tenerlo escondido en una caja fuerte. ¡Pobre Ignacio! Si supiera que se lo han robado, se revolvería en su tumba. Lo de mi cabeza es más aparatoso que otra cosa, podría haber sido muy grave. He tenido mucha suerte, chicas.

—Ni que lo digas, Espe. Te podrían haber matado. —Olga la coge de la mano con cariño. Tiene los ojos llorosos.

—Estoy bien, Olga. No te angusties. Solo son unos pocos puntos y en pocos días ya estaré otra vez dando la lata en nuestras caminatas mañaneras.

—¿Una acuarela original de Picasso? ¿Qué valor podría tener ese cuadro? —pregunta Marga asombrada.

—Pues lo mejor es que la compró hace unos años en un mercadillo pensando que era una reproducción, pero más tarde tuvo un pálpito y la llevó a un tasador. Resulta que ¡era original! Estaba valorada en unos 100.000 euros. Tenía una joyita en casa sin saberlo. Luego se aficionó al arte, pero no tenía obras tan valiosas. No se las podía permitir con su sueldo. Es curioso que los ladrones vinieron a por ella. Alguien muy cercano tenía que saber que era original, él tampoco lo gritaba a los cuatro vientos, pero la tenía asegurada.

—Está claro, chocho. Alguien ha *dao* un *chivataso* y se ha *llevao* un buen fajo de billetes —resopla Remedios—. ¡Quién los pillara! Me iba a poner buenorra como las Kardashian esas, con un pandero que no cabía ni por la puerta te digo yo.

—¡Mira que eres bruta, Reme! —ríe Esperanza—. ¿Os apuntáis entonces a hacer una ronda de vigilancia nocturna?

—Pues claro, cochete. Como cantaba el Fary: «*Apatrullando la ciudad, apatrullando la ciudad, por las noches con su coche apatrulla la ciudad*». «*Apatrullando, van las abuelas molonas, delincuentes, id temblando, que venimos apatrullando*», canta Remedios, tocando las palmas, y todas le siguen en coro y riendo.

Unos abuelos ochentones que juegan al dominó en otra mesa más retirada mueven las cabezas en señal de reprobación.

—¡Ay que ver cómo está la juventud de hoy en día! Pierden la cabeza con facilidad. ¿Dónde

estarán las jovencitas remilgadas de nuestra época? —dice Remigio, un navarro que lleva una boina calada hasta la frente aunque sea pleno agosto y rondan los cuarenta grados.

Los demás ancianos mueven la cabeza en señal de aprobación y siguen la partida. «¿Dónde se habrá quedado la energía que tenía hace veinte años? Mejor pensar en las fichas que tienes en la mano y no darle más vueltas al asunto, Remigio», medita con resignación y algo de envidia. A decir verdad, aquellas abuelas son la alegría del club de jubilados.

—Bueno, chicas, os tengo que dejar, que tengo que ir a comprar aprovechando el fresco de la mañana. Os veo esta noche, a las diez en mi casa. Yo me encargo de la bebida fría, que alguien lleve un termo de café si quiere. Yo no tengo ánimo para tomar nada caliente. —Se levanta y coge el carro de la compra que había llevado.

—Yo llevo el café y unos sandwiches, chicas —dice Olga.

—¡Pues ea! Yo llevo unos dulces para que se nos haga más placentera la noche y un poco de Moscatel para acompañar. —Sonríe Remedios.

—¡Serás bruta! Solo falta que nos pille la policía a cuatro abuelas haciendo botellón en un coche. ¡Eres lo que no hay! —se indigna Marga.

—¡Bueno, *miarma*, no seas *siesa*, tú no bebas si no quieres, pero no impidas a las demás aclararnos un poco el gaznate! —dice Remedios con retintín en la voz.

—Dejadlo ya, chicas, que siempre empezáis con la risa y luego se os va de las manos. ¡Nada de Moscatel, Reme, que estamos en una patrulla secreta! Luego nos tomamos un carajillo de Baileys al acabar la ronda en Casa Julián si te parece —Esperanza pone orden, un poco seria. A veces hay que atar en corto a Remedios y sus locuras.

—No pasa *ná*, Espe. Esto ha *sio* una *chuminá*. ¿A que sí, monjita, que tú y yo nos queremos una *jartá*? —dice Remedios, guiñándole un ojo a Marga.

—¿Monjita yo? Si mi chocho hablara... —Marga la empuja en el hombro con la mano—. ¡Que sí, tontorrón! ¡Que te tengo que querer! A pesar de que me saques de quicio muchas veces. —Suspira, queriendo parecer indignada, pero sin poder evitar que los ojos le centelleen de la emoción.

—¡Su chocho dice! ¡*Japuta*! ¡Y luego decís que yo soy una bruta! La santurrón de vez en cuando tiene cada *salía*, la *cacho* perra —se carcajea.

—Venga, seguid con el cachondeo. Esta noche a las nueve en mi puerta como un clavo, lo digo por las tardonas de siempre, que muevan el culamen. A poder ser, vestidas de un color discreto. Que tengo que ir a comprar —ríe y mira a Remedios, quien se da por aludida.

Se marcha, despidiéndose y lanzando besos con la mano. Las chicas hacen lo propio.

Esperanza se marcha y hablan de ella. Coinciden en que están preocupadas, ya no es la misma persona que una vez conocieron y cada vez les cuesta más sacarla de casa. Cada vez se encierra más en sí misma y es más difícil acceder a ella. Están animadas con la misión de esa noche y la

nueva actitud de Esperanza. Hacía mucho tiempo que no la veían tan animada en un proyecto. Y eso les da confianza en que las cosas pueden mejorar.

CAPÍTULO 29

NURI Y PURI



El día se ha despejado un poco y ha comenzado a picar con fuerza el Lorenzo de agosto. Esperanza va de camino al supermercado, buscando la sombra, cuando ve a las vecinas del Primero A, Puri y Nuri Ordoñez, hermanas que parecen siamesas, porque andan todo el día pegadas la una a la otra.

—¡Buenos días, vecinas! —saluda Esperanza antes de alcanzarlas.

Pero ninguna de las dos se gira. Luego recuerda que están un poco sordas y grita con más fuerza cuando está más cerca de ellas. No quiere desaprovechar la oportunidad de interrogarlas para averiguar si saben algo de la muerte de Ignacio o pueden estar implicadas de alguna forma. Aunque no tiene ese palpito, nunca se sabe.

—¡Ay! Buenos días, vecina. ¿Cómo tienes la cabeza? —Puri señala con la barbilla el vendaje de la cabeza que Esperanza ya no recordaba que llevaba.

—¡Pues mejor! —chilla—. Con calmantes cada ocho horas. Pero todo en orden. Lo que me preocupa es la seguridad en el barrio, después llamaré a mis contactos para que me pasen presupuestos de las cámaras de seguridad. Lo que no entiendo es la postura de Luis, parece que se está haciendo el loco con las cuentas.

—¡Yo estoy cagadita de miedo! Dos mujeres solas en casa ¡cualquier día nos entran y nos violan o algo! —dice Nuri a voz en grito, no calculando su tono de voz por la sordera.

Una pareja de transeúntes que pasa por la acera no pueden evitar que se le escape la risa.

—¡Qué violar ni violar, Nuri! —dice Puri—. ¡Qué rooooban, Nuri, no violan! ¡Roban!

—¡Bueno, bueno, esa es tu opinión! ¡Que hay mucho degenerado por ahí! Que a más de una abuela indefensa la han mancillado, ya no les importan a quién se la meten esos depravados —se ofende Nuri.

—¡Ay, madre! ¡De momento no hay violaciones, Nuri! ¡No llames al mal tiempo y al ardor juvenil! Me ha recordado un chiste muy bueno, de una pareja de ancianos que están celebrando

sus bodas de oro en un restaurante y la abuela le dice al abuelo:

—*Cándido, estoy sintiendo un calorcito en el pecho como cuando tenía veinte años.*

—*Rosí, es que estás metiendo las tetas en la sopa.*

Las tres ríen mientras caminan por la acera, no hay nada como un chiste verde contado con gracia y Esperanza es una maestra en explicarlos. Una vez aligerado el ambiente, encuentra el momento propicio para meterse en faena:

—Os tengo que preguntar una cosa: recuerdo que hace años, cuando a Ignacio se le fue de las manos su afición por los animales, tenía un montón de gatos pululando por su casa y el patio. Aún vivía Ramón, no teníamos tanta relación y no me enteré bien del tema. Alguna vez le quise preguntar, pero no se podía ni mencionar a sus animales. Fuisteis vosotras las que lo denunciasteis a la protectora, ¿verdad?

—Sí, lo hicimos de forma anónima, pero al final descubrió que habíamos sido nosotras, nos insultaba e increpaba por la escalera y casi le ponemos otra denuncia. Tenías que ver y oler su patio, justo vivimos encima y el hedor era insoportable. Había diez gatos paseándose a sus anchas por ahí —explica Puri, la más sensata de ambas hermanas.

—¡No me digas! —exclama Esperanza asombrada de ese nuevo Ignacio que le resulta desconocido.

—Te digo, chica. Conseguimos que viniera la protectora y que los llevara a todos por cuestión de salubridad. En época de celo eran insoportables los maullidos y sus idas y venidas. Creo que en esa época Ignacio no estaba en su sano juicio, para mí que desde que le dejó su mujer con su mejor amigo no levantó cabeza. No tuvo intención de rehacer su vida, y mira que siempre fue un hombre de muy buen ver.

—¡Y tanto que estaba de buen ver, un tío bueno, como dice la juventud! ¡Yo no hubiera tenido reparo en echarle un buen polvete! —confiesa Nuri con una carcajada pícara.

—¡Contrólate, Nuri, que te comportas como una vieja verde! —reprende su hermana mayor.

—Siempre igual, una no puede ni divertirse, ahí siempre estás tú cortándome el rollo —se enfurruña Nuri, cruzando los brazos con un mohín como si fuera una niña pequeña.

—¡Siempre estáis a la gresca! ¡Vaya dos, parecéis Zipi y Zape! —carcajea Esperanza—. ¡Recuerdo aquellos años! A mí también me llegaba el hedor al tercer piso. Tenía que tener las ventanas cerradas siempre. Nunca supe quién había denunciado, pero tarde o temprano alguien lo hubiera hecho. Ya estaba en la junta de la comunidad como tema urgente, en verano era vomitivo. ¿Después de aquel incidente tuvisteis más problemas con él?

—No, jamás. Al contrario, un día nos pidió perdón, diciéndonos que estaba en tratamiento psicológico y que había tenido algo llamado «síndrome de Noé» —dice Puri con emoción.

—¿Síndrome de Noé? No había oído nunca este trastorno mental. ¿A qué se refiere, al arca de Noé? ¿Por lo de acumular animales? —dice Esperanza intrigada, poniéndose la mano en la cara.

—Sí, exactamente. Me pareció tan curioso que lo busqué en la biblioteca. Se trata de una variante del acaparamiento compulsivo que sufren los enfermos de síndrome de Diógenes; en vez de acumular objetos o basura, lo hacen con animales de compañía, aunque no puedan cuidarlos de forma adecuada —confirma Puri.

—Sentimos mucha lástima por él, tenía una enfermedad y nosotras lo denunciábamos en vez de ayudarlo. No lo sabíamos y nos sentimos muy culpables. Por eso le regalamos a Berta, le dijimos que confiábamos en él y que lo haría muy bien en su cuidado. Nunca más vimos dejadez ni malos olores en el patio. Estaba mucho más contento y se le veía centrado. ¡Pobre Ignacio, y ahora se ha muerto! —llora Nuri.

—¿Vosotras le regalasteis a Berta? —Se sorprende Esperanza—. No lo sabía. Ahora la tengo yo en casa, la estoy cuidando, y la verdad es que me hace mucha compañía. Si la queréis, os la devuelvo.

—No, no —dicen las dos al unísono y ríen al darse cuenta.

—No, Esperanza, quédatela tú. Ignacio hubiera querido que cuidaras de ella, te quería mucho. —Puri la agarra de la mano y le da un apretón.

—Gracias, chicas, me alegro mucho de haber hablado con vosotras, pero se me hace tarde. Tengo que ir al super antes de que me desintegre —dice Esperanza, intentando irse y ventilándose con la mano.

—Un momento, Esperanza. Que no se me olvide. Si quieres saber por qué Luis se está haciendo el loco para presentar las cuentas de la comunidad, mi hermana y yo tenemos sospechas de lo que puede estar pasando —dice Puri, bajando la voz como si Luis pudiera estar escuchándola en algún rincón remoto—. Lo hemos visto más de una vez en los bares más alejados del barrio jugando a las tragaperras. Nuestro difunto padre era ludópata y sé de qué te hablo. Se ciegan y no saben el dinero que gastan ni de dónde sacarlo para el vicio. Incluso cuando llegaba a casa, sabíamos que había estado jugando por su olor. Era una mezcla de sudor y excitación. Se quedaba impregnado en su ropa. Odiaba cuando volvía con ese hedor. Incluso llegó a robarle joyas a madre para jugar. No lo pasamos bien. Cuando ganaba, venía eufórico; pero cuando perdía, cualquier excusa era buena para zurrarnos. Me temo que sea algo parecido. Pero como no tengo la certeza, no puedo acusarlo de forma injusta. ¡Mira lo que pasó con el pobre Ignacio! ¡Válgame Dios de meternos de nuevo en camisa de once varas! —Se santigua Puri.

—Me dejas parada, Puri. No tenía ni idea —se alarma Esperanza.

—Pues mira en el bar del Toro. Muchas mañanas lo hemos visto jugando allí al pasar para ir a Correos —dice Nuri bastante afectada. Se nota en ellas que el tema ha abierto la caja de Pandora de un tema que las afecta en lo más profundo de su ser.

—¡Voy volando a ver si lo pillo! Gracias, chicas —dice Esperanza con la mosca detrás de la

oreja al conocer esa nueva información.

Esperanza entra en el bar con el corazón desbocado como si estuviera en una misión de espías. Se sienta en la parte más alejada de la barra, le cuesta subir un poco al taburete con la pierna, pero al final lo consigue. Tiene los pies colgando y no le llegan al suelo, como si fuera una niña pequeña subida a un andamio. A lo lejos ha visto a Luis, de espaldas, jugando a las tragaperras. Se le acerca el camarero y le pregunta qué desea tomar.

—Quiero un carajillo de Baileys, mezclado, no agitado, por favor —pide, sintiéndose la agente 007 Prieto, Esperanza Prieto.

—Enseguida, señora. —El empleado la mira como si estuviera como un cencerro, aunque se repone enseguida, acostumbrado a una clientela de lo más pintoresca y desequilibrada.

Se pone el periódico del día sobre la cara, dejando que solo sobresalgan sus ojos por encima de las páginas. Se siente por un momento como la vieja del visillo, escudriñando por detrás de las cortinas.

Treinta minutos después, sale Luis del bar. Derrotado, maldiciendo y enfadado. No la ve. Ella paga la cuenta y lo sigue a cierta distancia. Percibe que tiene un olor diferente al sudor físico por ejercicio o por el calor, tal como explicaba Puri. Hace tiempo leyó que la ansiedad y el estrés hace que el cuerpo emane una combinación más fuerte y pestilente. Como si fuera una presa que detecta que la van a sacrificar y su carne se vuelve más fibrosa y dura.

Siente náuseas y se aleja un poco. El calor, el golpe en la cabeza y ese hedor han sido demasiado para ella. Se sienta en la sombra de una terraza a tomarse una tónica fresquita. El condenado carajillo no ha sido buena idea, le ha dado un subidón de calor, como si tuviera otra vez la condenada menopausia. Ya pillará a Luis en su casa, o mejor, mañana en la reunión de la comunidad. Ahora debe reponer fuerzas e ir atando cabos, que tiene más frentes abiertos que kilómetros de túneles subterráneos excavados por el Vietcong.

Se siente ansiosa. Parece que todo es un puzzle y no sabe encontrar las piezas correctas. Se irrita, esperando con impaciencia el momento en que todas encajen. Tiene ganas de llorar, pero reprimiéndose, vuelve a casa cavilando sus próximos movimientos.

CAPÍTULO 30

MIGUEL



Esperanza lanza unas prendas de ropa al tendedero de Miguel, su vecino de abajo, Cree que será una excusa perfecta para bajar a su casa e interrogarlo. Sabe que tuvo problemas en el pasado con Ignacio, quiere saber si fue un motivo suficiente para querer matarlo. Con pavor, ve que una superbraga-faja, de las más horribles que tiene, se le ha escapado junto a una camiseta, va a ser bastante embarazoso ir a rescatarla, pero cavila «que le vamos a hacer, Dios me ha dado un buen pandero que hay que sujetar, no hay que avergonzarse, Espe». Recuerda a Ramón que no podía dejar de buscar ocasiones para darle un pellizco en el trasero. Decía que era como una diana y que no podía resistirse a lanzar una flecha. Esperanza lo reprendía y le decía que era un cachondo, pero en el fondo le encantaba seguir despertando en él su fogosidad.

Llama al timbre de Miguel, espera un buen rato hasta que oye unas zapatillas que se resbalan por el parquet. Ve como alguien inspecciona por la mirilla, ya que la luz circular se tapa.

Se oye el ruido de las llaves y la puerta se abre, un despeinado Miguel bosteza y se tapa la boca con la mano para, sin duda, disimular su mal aliento mañanero. A pesar de tener casi sesenta años, tiene un buen cuerpo bronceado y no muy peludo. Lleva el pecho descubierto y un bóxer demasiado ajustado, tanto, que se le está saliendo la colita por la raja de la entrepierna. Él está demasiado dormido para darse cuenta. Esperanza no aparta la vista, sino que se recrea en la contemplación de su miembro^[2]. «¡Y parecía tonto Miguelito. Sí que calza bien, sí», ríe un tanto excitada.

—Buenos días, Esperanza, ¿en qué te puedo ayudar?

«Si yo te contara lo que pasa por mi cabeza después de dos años de abstinencia...»

—Buenos días, Miguel, se me han caído las bragas.

—¿Cómo dices? —Se despierta de golpe y la mira con ojos como platos.

—¡Uy, seré tonta! ¡Espera, que me explico mejor! Estaba tendiendo la ropa y se me ha caído en tu cuerda, ¿podrías dármele, por favor?

—Sí, sí. Claro, espera un momento y ahora vuelvo.

Esperanza aprovecha para mirar cómo se ondula su calzoncillo al caminar. Piensa que esto se lo tiene que contar sin falta a sus «abuelas molonas» en la patrulla de esta noche. Se van a morir de risa.

Miguel vuelve al poco rato con la ropa de Esperanza y parece que se ha recolocado el pajarito dentro del nido para decepción de su vecina. Se la entrega.

—Muchas gracias, Miguel. Por cierto, te vi en el entierro de Ignacio, pero no tuve tiempo de agradecerte que vinieras. Sé que tuviste problemas con él en el pasado.

—Afirmativo, su maldita antena parabólica. No hubo forma de que entrase en razón y que la desinstalase. ¿Sabes que las ondas electromagnéticas que emite provocan cáncer? Hablé con él en muchas ocasiones, incluso con Luis, el presidente de la comunidad, para que no permitiera su uso particular, pero me dijo que no había ninguna normativa que lo prohibiera. Me cabreó mucho, pero encontré una solución muy fácil.

—¿Qué tipo de solución? —pregunta Esperanza intrigada.

—Un bloqueador de ondas. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Me puedes enseñar de nuevo lo que quieras, chato —susurra.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Enséñamelo, por favor.

Miguel la hace pasar a su dormitorio con una sonrisa de oreja a oreja. Su casa está desordenada y la habitación huele a sábanas sudadas y a pies. Nada erógeno.

—¡Aquí está! —Toma una especie de casco de motorista recubierto con papel de aluminio que estaba sobre la cabeza de una maniquí de peluquería en su mesilla de noche.

—¿Qué es eso? —dice, desorbitando los ojos.

—Lo he fabricado yo. También estoy intentando patentarlo —dice con notado orgullo por su parte y con los ojos brillantes de emoción—. Es un casco protector antirradiación.

—¡Ah, claro, claro! Es muy... bonito. —Se queda estupefacta sin saber qué decirle.

«Todo lo que tiene de buenorro, lo tiene de *chalo*. Pobre hombre, se le ha ido la chaveta».

—Ahora duermo mucho más tranquilo. Además, de esa forma no interfiere en mis ondas lentas y REM. También he inventado una gorra de día para que no puedan captar mis pensamientos tampoco. Espera que me la ponga.

Miguel va hacia el perchero y se cala una gorra que ha revestido por dentro con lo que parece una capa de aluminio.

—Y ahora concéntrate y adivina lo que pienso.

Esperanza pone cara de concentración mirando al suelo e intentando contener la risa. Cuando se repone, alza la mirada e intenta mostrarse serena:

—De verdad, Miguel, no tengo ni idea de qué es lo que pasa por tu cabeza.

«Pero por la mía está pasando que estás como una chota».

—¿Ves como funciona? Estaba pensando en un conejo.

«Lástima que no sea en el mío. ¡Madre mía, Espe! Este tío está como un cencerro, coge tus bragas y huye de aquí».

—¡Sin duda! Me parece apasionante, ya hablamos otro día. Voy a poner mis bragas a tender, están... chorreando.

—De acuerdo, Esperanza. Si necesitas uno, te lo puedo fabricar sin problema.

—No hace falta, de verdad, creo que me puedo apañar sin él. Hago muchos cursos de meditación para bloquear los malos pensamientos externos e internos.

—¿De verdad? ¡Me interesa el tema! Otro día me lo explicas.

—Sí, sí, Miguel. Hablamos en otra ocasión.

Esperanza se alegra de salir de allí como alma que carga el diablo, sobre todo de llevar una compresa de retención de orina, ya que se desternilla tanto en el ascensor que se le escapa un poquito.

«Espe, ya lo puedes descartar como sospechoso, este hombre es incapaz de lastimar a nadie, a no ser que se piense que es un microrobot espía que se le quiere meter por la oreja. ¡Uno menos!», sonríe con el ánimo bien arriba.

CAPÍTULO 31

CONFESIONES



Da un golpe en la mesa para llamar al orden. El calor que hace en la sala es sofocante y el ánimo de la gente está caldeado.

—No sé si lo sabéis, pero ayer hubo otro robo en la calle 22. Agredieron a una anciana que vivía sola y ahora está en la UCI. Su pronóstico es reservado, pero temen por su vida —dice Esperanza alterada y alzando la voz—. Ya os dije que era cuestión de tiempo que matase a alguien. ¡Es vital sentirse protegido en casa! Hay gente que vive sola, que tiene hijos. ¿A qué estamos esperando? ¿A que muera alguien?

»Aquí tengo dos presupuestos de empresas de cámaras de seguridad, los conozco y son de confianza. —Alza los papeles por encima de su cabeza—. Nos podrían hacer la instalación la semana que viene como un favor personal. Mirad la fecha que es. Uno de ellos incluso estaba de vacaciones y volverá solo ese día si le decimos que sí. El presupuesto uno cuesta 1.500 euros y el dos 2.100 euros. La diferencia está en que el segundo incluye el grabador de imágenes por si algo ocurre. Instalarían dos cámaras en el exterior, una en la portería y otra en el patio trasero. Supongo que el dinero está en orden, ¿no, Luis? Entiendo que has traído el libro de cuentas esta vez.

—¡Ay, seré despistado! Con tanto ajetreo y los niños sin colegio me he olvidado de nuevo. Luego te lo doy.

—No entiendo tu mala gestión, Luis. Después de la reunión, subo a tu casa, es inaceptable —contesta Esperanza de una forma muy seca y mira de reojo a Puri y Nuri, que asienten con la mirada.

Este se pone rojo como un tomate, baja la mirada y se retira al fondo de la sala, cruzando los brazos como un niño pequeño al que hubieran reprendido por una trastada.

La reunión sigue sin incidentes, se deciden por mayoría por el segundo presupuesto y Esperanza se compromete a contactar con ellos para decirles que deben empezar cuanto antes. Ve como

Luis se desliza entre la gente para salir y que nadie le pida explicaciones, luego irá a quemarle el timbre si hace falta, pero primero debe enfrentarse a María y la sentencia que la condenaba al pago de una multa a Ignacio. Aprovecha para alcanzarla antes de que salga por la puerta.

—María, espera, quería hablar un momento contigo, ¿cómo estás?

—¡Uf! Mucho más tranquila desde que hemos aprobado el presupuesto. Sola con dos niños en casa te da miedo que les pase algo malo, ya no sufro por mí.

—Pues la verdad es que sí, por un hijo se hace cualquier cosa. Yo no he tenido esa suerte, pero todas las madres lo decís como la Estebán: Por mi hija, *maaaato*.

—¡Ja, ja, ja! Sí, la verdad es que haría cualquier cosa por ellos.

—¿Como denunciar a un amigo injustamente?

—¿A qué te refieres, Esperanza? —Arruga la frente en un gesto de desconcierto.

—Pues ya sabes a lo que me refiero, a la sentencia de Ignacio al respecto de las lesiones de Dunia por la gata. Y parecías tan afectada por su muerte el otro día... —Aplaude con tanta efusividad que se hace daño en las palmas—. No sabía que eras tan falsa.

—No te equivoques. Me jugaba mucho dinero y perdí varios contratos. La niña mintió para evitar que la riñese. Ya la he reprendido y castigado por su actuación y por molestar al pobre animal. Está muy agobiada por mi machaque y por presionarla con la publicidad. Pero es que estoy sola a su cargo y su padre no me paga la pensión. Quizás les exigí demasiado para ser niños. —Contiene las lágrimas y se retuerce las manos.

»Pensé que ya no la contratarían teniendo esa cicatriz en la nariz y va y resulta que a las agencias les parece muy *chic* y le han salido el triple de contratos. Ahora hemos podido subir su caché y ser más selectivos en los castings. Imagínate. Si te dije que sentía su muerte es porque de verdad lo hacía. Sé que le dolió mucho que la niña mintiese, pero él no la delató. Más tarde ella se desmoronó en el juicio al declarar. Él era una persona de gran corazón, ¿sabes? Me devolvió los 3.000 euros que le pagué de multa. Me dijo que lo guardase para la educación de mis hijos. ¿Te lo puedes creer?

—Claro que me lo puedo creer, tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Estoy segura de que le hizo mucho daño la acusación y que tu hija mintiese. Pero no era nada rencoroso. Mira, no sé por qué, pero te creo. Me había hecho una imagen de ti que no era, siempre pareces un poco altiva y por encima de los demás. Como si fueras superior a los mortales.

—Es un escudo, Esperanza. Me han hecho demasiado daño y antes de que me hieran doy un golpe a quien se acerca. A veces creo que me paso de precavida y desconfiada, pero no lo puedo evitar. —María coge un pañuelo de su bolso y se suena la nariz que le gotea. Luego, se seca los ojos con el mismo papel.

A Esperanza siempre le ha parecido un gesto de lo más asqueroso que suele ser habitual, restregarse los mocos por el lagrimal.

—Por mí no hay nada más que hablar ni reprocharte, creo que eres sincera. Venga, chica, ¡ya no llores más! —dice Esperanza, a quien le incomodan los gestos y expresiones emotivas y cada vez carece más de empatía.

María se lanza a sus brazos y llora sobre su hombro de manera desconsolada, mientras Esperanza, asqueada, cree que le estará dejando la blusa perdida de mocos y de rímel.

—Vamos, vamos. No pasa nada, María. Todo tiene solución menos la muerte. —Le palmea la espalda como si golpeará el polvo de los colchones en el balcón con un sacudidor de mimbre.

La palabra muerte intensifica el llanto de María, agarrada a su cuello. Esperanza la aparta, cogiéndola de los hombros.

—Venga, chica, reponte. Te acompaño al ascensor. Sécate esas lágrimas, que vas a preocupar a tus hijos.

María va recortando la intensidad de sus sollozos que se convierten en hipo mientras llegan a su piso. Esperanza le dice que debe subir un momento a hablar con Luis y se despide de ella.

Llama a la puerta de la casa del presidente, pero no acude nadie. Ve la sombra de una persona que mira por la mirilla.

—Sé que estás en casa, Luis. No pienso irme hasta que me abras la puerta. Soy como el lobo feroz, o la abres o la derribo —alza la voz muy sulfurada.

Se oye como giran la llave y se abre la puerta.

—Venga, pasa y hablamos de forma civilizada. Estoy solo. Mi familia se ha ido al cine a ver una película. —La acompaña hasta el comedor y le ofrece sentarse en el sofá.

»Estoy molesto contigo y digo burradas cuando me cabreo, por eso no te quería abrir. ¿Por qué has sido tan borde conmigo en la reunión? Todo el mundo me miraba con gestos de desconfianza. Llevo diez años de presidente y a todo el mundo le parece mal, pero cuando hay que presentarse para el cambio de cargo, nadie se ofrece como voluntario. Es muy injusto. Hay que tramitar muchas cosas: los recibos, los morosos, los libros de cuentas, etcétera. ¡Unos desagradecidos es lo que son! Y encima tú me dejas en evidencia.

—Te dejo en evidencia porque te estás haciendo el loco con las cuentas. ¿Estás robando, Luis?

Luis se pone rojo como la sangre recién vertida.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar en eso?

—Te he visto, ¿sabes? En el bar del Toro, jugando a las condenadas maquinitas.

Luis se pone tan pálido que su cara se confunde con la pared de gotelé de detrás de su cabeza, como un camaleón mimetizado con su entorno.

—Por favor —suplica—, no se lo cuentes a nadie. Es verdad que he estado sacando dinero de forma continua de la cuenta de la comunidad para que mi mujer no se enterase de que jugaba, pero lo repondré. Pediré un préstamo personal para pagar lo de las cámaras, pero no me vendas. No lo volveré a hacer, te lo juro.

—Hace mucho tiempo que aprendí a no confiar en la palabra de un adicto. Sé que podrías vender a tu propia madre. Si eres capaz de robar y engañar a tu familia, la pregunta clave es: ¿de qué más eres capaz? ¿Serías capaz de matar?

—¿Te has vuelto loca, Esperanza? Me avergüenzo de haber sisado dinero de la cuenta y te lo juro por lo más sagrado, que son mis hijos, que lo voy a reponer. Pero de ahí a matar... Yo no sería capaz de lastimar a nadie. —Mira sin pestañear a Esperanza con una convicción que le parece muy real.

—¿Dónde estabas la noche que murió Ignacio? La noche del cuatro al cinco de agosto.

—Estaba en el casino del Sol, me acuerdo perfectamente. Le dije a mi mujer que tenía una cena de verano con los compañeros de trabajo y tiré de la tarjeta de crédito. Por suerte, estaba en racha y la noche me fue de perlas —dice con un orgullo en la voz y un brillo en los ojos que Esperanza no entiende—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Puedes justificar que estuviste en el casino? —interroga Esperanza con mirada acusadora y perspicaz.

—Pues claro que te lo puedo justificar, pero ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Qué tiene que ver Ignacio con todo esto?

—Tú haz lo que te digo y guardaré tu secreto, es más, repondré el dinero de la comunidad y por esta vez te salvaré el culo. Si no me lo devuelves en dos meses, cantaré *La Traviata* a tu mujer y a todo bicho viviente que me quiera escuchar, incluida la agente López, con quien tengo una estrecha relación de confianza. ¿*Capisci*? —se jactó Esperanza, sintiéndose como Vito Corleone en *El Padrino*.

—Sí, lo entiendo. Lo entiendo a la perfección.

Esperanza sostiene el combate de miradas con frialdad, hasta que Luis se ve obligado a desviar sus ojos impregnados de odio. Siente que en ese momento ha ganado un enemigo.

Luis va a su habitación y regresa con una caja de zapatos. En ella, Esperanza intuye que guarda sus tesoros o sus pecados. Entonces, le muestra los resguardos del casino de cobro y pago. Había estado desde las cinco y veinte de la tarde hasta las dos y cinco de la madrugada en la que murió Ignacio. No podía ser él el que le administrase la última dosis, pero sí las anteriores. Sin embargo, no tenía ningún sentido que si lo hubiera estado envenenando de forma progresiva, no hubiera rematado su trabajo.

—De acuerdo. Me conformo con esto por ahora —dice, haciendo fotos de los resguardos—, pero si no cierras el pico sobre este asunto, yo lo abriré.

—No sé en qué lío estás metida, pero por ahora voy a mantener la boca cerrada. Un secreto por otro.

—Palabrita del niño Jesús —dice Esperanza mientras se besa los dedos índice y corazón de la mano derecha y sitúa la palma encima de su corazón—. Te doy mi palabra.

—Conforme. Y ahora, lárgate de mi casa.

—Antes dame la cartilla de la comunidad, no vas a tocar más este dinero. Haré el ingreso mañana. Intenta buscar ayuda, Luis, la ludopatía es un problema muy gordo.

—Yo no soy ningún enfermo, puedo dejarlo cuando quiera.

—Claro, claro. Ni siquiera lo dejarás cuando te abandonen tu mujer y tus hijos. Ten cabeza, Luis, busca ayuda.

El presidente cierra la puerta y casi la arrolla en la retirada.

Esperanza mira la hora y se alarma. Se le ha ido el santo al cielo. Son las nueve menos veinte y ha quedado con las «abuelas molonas» a las nueve en la entrada de su portería. Aprieta como puede el paso.

Odia llegar tarde.

CAPÍTULO 32

APATRULLANDO LA CIUDAD



—¡Ay, madre mía! Voy a llegar tarde y ¡vaya nohecita que me espera! —suspira Esperanza sofocada.

Para colmo, el ascensor no llega y se ve obligada a bajar un tramo de escaleras hasta su casa. Hace tanto bochorno, que las gotas de sudor se resbalan por la espalda, mojándole la blusa y haciendo que se peguen más a su cuerpo pringoso.

Cuando sale por la rampa del *parking* y estaciona, sus amigas ya están en la calle: Remedios se golpea el reloj con los dedos para decirle que llevan esperándola diez minutos.

—Lo siento, chicas. No he podido llegar antes. —Baja la ventanilla para saludarlas, casi está sin resuello.

—Y eso que vives aquí. Menos mal que nunca sueles llegar tarde, *miarma*. No te sulfures, que se te va a salir el corazón por la boca, *chocho*.

Las mira y se siente muy orgullosa. Parecen *ninjas* en versión *Las chicas de oro*. De negro riguroso, pero cada una con un toque que las hace únicas: Remedios lleva unas gafas de sol rojas a juego con su carmín; Esperanza medita en la utilidad de llevar ese complemento de noche, pero lo deja correr; Olga lleva un pañuelo de AC/DC anudado en su estirado moño, muy propio de ella y de sus gustos musicales. Lleva las uñas negras a juego con su vestimenta. Marga ha cubierto su pelo pelirrojo con un gorro de lana y está sudando lo más grande, siempre intenta cubrirse por timidez, pero esto ya es rizar el rizo. Esperanza no lo puede remediar.

—Lo de las gafas de sol a lo Martirio tiene un pase, Reme. ¿Pero ese gorro de lana en pleno agosto, Marga? Si estás sudando como un esquimal en el desierto. ¡Quítatelo, mujer! —explota Esperanza, riendo.

—¡Ya se lo he *disho* yo a la *jodía*, pero no me *hase* caso! Está tan metida en su papel, la *chocho loco* —dice Remedios, agarrándose la barriga de tanto reír.

—¡Dejadme tranquila, jopetas! ¡Que yo no me meto con las cosas de las demás! Como si

quieres llevar una polla de diadema, Esperanza —se ofusca Marga.

—¡Haya paz, chicas! ¡Que al final me voy a mear de risa! —Olga se seca las lágrimas de la cara con los dedos.

Ríen todas, porque en el fondo son familia y sus conflictos se disuelven enseguida, es más, son mejor que muchas familias, que no perdonan y se pelean por dinero.

Se montan en el coche de Esperanza, un Seat Ibiza de los antiguos, rojo, con manchas de óxido en el techo, sin aire acondicionado y que cuesta más mover el volante que abrir una caja acorazada del Banco de España. Ha pensado mil veces venderlo y comprarse uno nuevo, pero tiene valor sentimental. Es el primer coche que compró con Ramón y no quiere deshacerse de él, a pesar de que por sus problemas de movilidad le resulte una tortura conducirlo. Cada día lo coge menos y le pide a Remedios que si puede hacerlo ella, a lo que la sevillana acepta muy animada.

Llevan dos horas dando vueltas por el barrio y las zonas circundantes. Oyen como a Olga no para de crujirle el estómago del hambre y les pide que hagan una parada en la zona industrial para cenar con las ventanillas abiertas. Es una zona tranquila y oscura y sacan los bocadillos y la bebida fresca.

—¡Y va y tiene el pajarito asomándose por la ranura del gallumbo! ¡Madre del amor hermoso! Hacía que no veía una de esas hace años, desde que trabajaba en la funeraria y trajeron a un tío que le llegaba hasta media pierna. ¡Y no es que Ramón fuera descalzo, pero ese hombre es de otro planeta, chicas, me entraron unos sudores que ni Marga con el gorro de lana! —Llora de risa Esperanza.

Marga escupe su refresco a propulsión y moja a las demás desde el asiento trasero. Remedios sale fuera a cambiarse de compresa ya que se ha meado en la que lleva y vuelve a entrar. Olga se queja de que le da asco que le haya escupido encima y se limpia la cara con unas toallitas. Puro caos. En un momento, la paz del lugar se ve rota como si una estampida hubiera pasado por una cañada angosta. Un perro, que dormía tranquilo en una caseta, ladra con fuerza. Un vigilante de seguridad de una nave cercana sale a la calle y las alumbra con la linterna.

—¿Se puede saber qué están haciendo, señoras? ¡Menudo escándalo!

—¿Es que usted nunca ha ido a darse el lote a un polígono? ¡Cada uno se lo monta como le da la gana! ¡Si quiere unirse, le hacemos un huequito, *miarma*! —Remedios guiña el ojo con picardía.

El vigilante se pone rojo como la grana y sale despavorido como alma que lleva el diablo.

—¡Es que tienes cada salida, Reme! ¡Vámonos de aquí, que solo falta que llame a la policía y nos enchironen! —dice Esperanza aún riendo.

Remedios sale derrapando y quemando ruedas como si fuera un piloto de carreras, todas se asen como pueden a las agarraderas y chillan como los adolescentes en una atracción de feria. Siguen *apatrullando* la ciudad sin más incidencias. Ya son las dos de la madrugada y deciden

volver al polígono a dar una última vuelta. Están cansadas y no se ven con fuerzas suficientes para aguantar toda la noche. No han visto nada raro y están perdiendo la paciencia. Cuando se van a ir del polígono, Esperanza le pide a Remedios que aminore la marcha. En una de las naves más alejadas por las que pasan, le ha parecido ver a un hombre subir una persiana para meter una furgoneta. ¡Se queda helada! Mediana edad, unos sesenta años bien puestos, ojos fríos y oscuros, bigotillo de actor de los años cincuenta, sombrero Panamá y traje de lino de color crudo. ¡Es Andrés! Sus gélidos ojos se posan en el coche rojo que circula a esas horas, donde nunca pasa nadie.

—¡Vámonos de aquí cagando leches, Reme! No quiero que nos vea —dice con la voz vibrante del miedo y agachándose para no ser descubierta.

Apunta la ubicación en la libreta de pesquisas. No deja de temblar hasta que se mete en la cama y se tapa con la colcha a pesar de que la noche es calurosa.

CAPÍTULO 33

EL DÍA EN EL QUE TODO OCURRIÓ



Esperanza no ha pegado ojo en toda la noche. Esa mirada fría le ha perseguido en sus sueños. Maldad es lo que percibe en ellos. Como si con su poder pudiera abrir el Mar Rojo. Tiene que volver a hablar con Cinthia y averiguar sin falta lo que pasa. No se atrevió a contarle nada a las chicas anoche, pero vieron el temor reflejado en su rostro. Olga le ha enviado un WhatsApp:

De acuerdo. Te lo prometo. Un abrazo.

Bueno, no me dejas muy tranquila que digamos... pero confío en ti. Si me necesitas, no dudes en acudir a mí, por

¡Hola, Espe! ¿Cómo has pasado la noche? Me dejaste preocupada

Hola, Olga. Estoy bien, no te preocupes. Ya os contaré todo cuando

Un abrazo fuerte

Odia ocultarles información, pero cree que puede estar en peligro y no quiere involucrarlas. Tiene que volver a casa de Cinthia y presionarla de algún modo. Su instinto le advierte de que debe saber algo de Andrés y del robo.

—Cinthia, soy yo, abre la puerta. Sé que estás ahí. Soy una vieja tocapelotas y no me pienso ir hasta que me abras y me asegures que estás bien. Si tengo que quemar el timbre, lo pienso hacer.

—Venga, pase. —Abre la puerta después de descorrer dos cerrojos—. No puedo con usted, es más insistente que los vendedores de Avon.

La buhardilla es más pequeña que su piso y tiene el techo inclinado, pero está decorada con gusto y de forma minimalista. El aire acondicionado se agradece en un día como aquel. Huele a una mezcla de jazmín y vainilla. «Mierdas las justas, no hacen más que coger polvo y estorbar», dictamina Esperanza con admiración. Los prejuicios le habían hecho pensar que, al ser una veinteañera y viviendo sola, se encontraría con un sitio caótico. Nota la mirada de Cinthia, que espera y sonríe al ver que está inspeccionando su casa.

—Tienes un piso muy bonito. Y deja ya de llamarme de usted, que me haces sentir muy mayor. Esperanza, mejor.

—Gracias. —Sonríe con sinceridad—. Vale, mejor Esperanza, ¿quieres un café o mejor algo fresquito?

—Pues una tónica con hielo y limón si puede ser. Con la que está cayendo, me tomo un café y ardo a lo bonzo.

—Perfecto, una tónica ¿Con alegría o sin alegría?

—¿A qué te refieres?

—Que si le pongo un chorrito de gin.

—Pero, chica, ¡qué son las doce del mediodía! ¿No es un poco pronto para empinar el codo?

—Depende del huso horario, en alguna parte del mundo ya es de noche.

—Pues mirándolo de ese modo, dale un poquito de alegría. ¡Que las penas vienen sin llamarlas!

Ríen juntas y se miran a los ojos en un momento de complicidad que se forja de forma natural.

Cinthia relaja un poco los hombros, le cae bien aquella mujer, aunque a veces tenga fama de

entrometida y desagradable. De verdad cree que está preocupada por ella y que la protejan le provoca un sentimiento de vuelta a la infancia, de vuelta a su hogar. A los nublados ojos de su abuela, ciega por las cataratas desde hace años, pero con un radar antinatural que hacía que sin ver supiera y sintiera más cosas que el resto de videntes.

—¿Qué tienes, mi ángel? Te noto abatida.

—Nada, abu. Estoy bien.

—Si te quieres engañar a ti misma, allá tú. Pero yo te siento, noto que algo te agita por dentro y te impide estar bien. ¿Otra pelea en el colegio? ¿Se han vuelto a meter con mamá?

—Sí. —Alza la mirada con rabia—. Me han dicho que está en la cárcel y que vende su cuerpo por unas monedas. Que yo soy tan fea que ni pagarían por mí.

Su abuela sonríe. Sabe sin ver que su nieta, que es para ella su hija, tendrá las trenzas despeluchadas, estará llena de tierra y tendrá sangre en alguna de sus rodillas huesudas. No es fácil la vida en aquel lugar. Tiene miedo de que la naturaleza siga su curso y que esa niña terca y decidida se convierta en mujer. No hay muchas oportunidades para ellas en un mundo como el suyo; espera estar equivocada, pero lo más probable es que siga los pasos de su madre. No la culpará por recurrir a su cuerpo para sacar beneficios, no hay mucho más que vender en ese lugar miserable.

Su hija Adela cumple condena de veinte años en la penitenciaría por pasar drogas. Parió en la cárcel y no quiso saber nada de Cinthia. Le dio la tutela a su madre, sabiendo que adoraría a esa cosita rosada y pataleante. Era demasiado duro para ella ver crecer a su hija entre rejas, privada de libertad. Prefirió arrancarse un trozo de su alma y separarse de su olor, de su ternura, de su calor, de lo único que podría hacerla feliz allí dentro. Una niña no se merecía acostumbrarse a vivir en aquel lugar abandonado por Dios. Debería tener una oportunidad en el mundo exterior. Malas decisiones tomadas en malos momentos. Decidió traficar con droga para darle un futuro mejor a su hija y el resultado es que la había perdido.

Cinthia creció rebelde. Resentida con su madre y con un padre inexistente. Su abuela, su única fuente de amor, también era el saco de boxeo en el que liberaba sus frustraciones.

Recuerda el día en el que todo ocurrió.

—Cinthia ¿estás bien? —Esperanza la saca de sus pensamientos con la pregunta.

—Sí, claro —dice con los ojos nublados como los de su abuela.

—No te creo. Estabas muy lejos de aquí.

—A veces lo desearía, viajar en el espacio y en el tiempo, a un lugar feliz donde nada ni nadie te hiriese.

—Yo también, querría refugiarme de vez en cuando, pero no existe ningún lugar así a no ser que lo construyas en tu mente o tengas apoyo. Noto mucho dolor en esa mirada tuya, aunque intentes disimular. Parece que tengas un alma vieja. Como si hubieras padecido más sufrimiento

del que te merecías.

Cinthia se resiente de aquellas palabras, como si hubieran hecho un surco en su coraza. Su abu siempre le decía que era un alma vieja en un cuerpo joven, que a veces le daba miedo lo que contenía su cabeza y lo que salía por su boca. Una lágrima resbala por su mejilla, a veces las emociones brotan y son imposibles de contener. Y una vez que abres la presa del llanto retenido es difícil cerrar el grifo.

—Lo siento, no quería que me vieras así, mi abuela me decía algo muy parecido y no he podido remediarlo. —La mira a través de la cortina de llanto.

A Esperanza se le encoge un poquito el corazón, de nuevo ese sentimiento de protección que no se esperaba a estas alturas de su vida. Es muy difícil para ella sentir las emociones de los demás.

—No pidas disculpas por sentir, si hundes estas emociones en el fondo de tu alma se convierten en una ponzoña que te va erosionando por dentro. ¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Te puedo ayudar de alguna forma?

—Creo que la que necesita un gin tonic ahora mismo soy yo. —Ríe y llora al mismo tiempo.

—Justifican que el alcohol ahoga las penas, pero no es cierto, solo hace que te amodorres y no sientas durante un instante. El problema sigue ahí cuando se te pasa la jodida resaca. Te lo confiesa una vieja que en el duelo de su marido se refugió más de lo que quería en el magnetismo de una botella. Solo lo agrava. ¿Tus males tienen que ver con Andrés o con sus tejemanejes?

Cinthia aprieta tanto los labios que se convierten en una línea fina y tirante, su ya pálida tez tiene la textura del papel de liar. Esperanza juraría que de no haber estado sentada, se hubiera caído. Se mueve como un junco azotado por el viento. Sus pupilas se dilatan debido al efecto de la adrenalina. La anciana teme haber sido demasiado brusca, le parece que acaba de abrir la caja de Pandora. Se levanta, la agarra por los hombros y le habla, pero Cinthia no responde, está paralizada por el terror. Tarda unos instantes en volver de un lugar oscuro y reaccionar:

—No te acerques a ese hombre, es el mismo demonio. ¿Qué es lo que sabes? —dice con una voz que denota miedo, pero también raspa la frialdad.

Esperanza siente un escalofrío que corretea por su espalda, su mirada se ha convertido de repente en algo felino, como si fuera a saltar en cualquier momento sobre ella. Siente admiración por esa chiquilla, le parece mucho más fuerte de lo que aparenta.

—El domingo os oí, ¿sabes? Y vi que transportaba un paquete muy sospechoso, creo que es el cuadro de Ignacio que robaron y que tiene mucho valor. Además, lo vi en el polígono industrial de la Marina guardando mucha más mercancía, eran las dos de la madrugada. Creo que a esas horas ni Amazon reparte, aunque tiempo al tiempo.

—Por favor, si aprecias en algo tu vida, no vayas por ahí. Deja de buscar respuestas

Esperanza, no sabes con quién te estás topando.

—No conseguirás que cambie de opinión. Sea en lo que sea que estés metida, déjame que te ayude. ¿Me vas a contar de una vez qué pasa?

—No es sencillo, no sé ni por dónde empezar.

—Eso es fácil, empieza desde el principio, como los cuentos, con érase una vez. — Esperanza aprieta sus manos con fuerza y apacigua su mirada gatuna.

—Recuerdo el día en el que todo ocurrió...

Cinthia habla durante horas. A ratos, sus palabras quedan ahogadas por la amargura, la pena y el llanto. En otras, vuelve la mirada felina llena de pasión y de rabia, como la de aquella niña que resolvía las afrentas a base de puñetazos.

Esperanza asiente. No la suelta de la mano. Se ha establecido un vínculo de comprensión y, cuando le flaquean las palabras, ella la aprieta, animándola a seguir. También sus propias lágrimas se escurren con vida propia.

El día en el que todo ocurrió se la llevaron engañada, a los catorce años, prometiéndole una vida mejor en otro país, un trabajo, papeles y estabilidad económica para ella y para traerse a su abuela más adelante. Lo que encontró fue un burdel de carretera donde subastaron su virginidad al mejor postor. Descontando por sus servicios una deuda imposible de saldar. Una vez mancillada, ya perdió valor y la obligaron a vender su cuerpo las veinticuatro horas del día. La magreaban y vejaban seres inmundos y crueles. Se fue apagando cada día como una vela carente de humanidad.

Nombra a Paloma, que tuvo la osadía de escapar en un descuido de las garras de la trata de blancas. Andrés le recordó que su cuerpo apareció en un contenedor y teme que si la encuentran le haga compañía en una fosa común. Ella tuvo la suerte de escapar, de camuflarse y alejarse de allí, gracias a la ayuda de un cliente que perdió la cabeza por ella, literalmente hablando. La maldad tiene las garras frías y largas y no se cansa de ahondar hasta que te atrapa de nuevo, como tentáculos de una bestia primigenia en el abisal.

Luego le habló de Ignacio y de cómo quería a aquel pobre anciano. Estaba implicada por obligación y miedo en el robo como cómplice. Andrés, un día, la vio por la calle, la reconoció y la siguió hasta su casa. El resto es historia. Amenazada con entregarla a la Mafia, le habló de la muerte del vecino y que tenía un cuadro de mucho valor.

—Lo siento, Esperanza. Pensé que si obtenía la acuarela me dejaría en paz. No sabía que estabas allí y que casi te mata. Tenía y tengo mucho miedo.

—Vámonos de aquí.

—¿Cómo?

—Lo que te digo. Estás en peligro, cuando Andrés liquide sus mercancías robadas te venderá a la Mafia. No puede permitirse el lujo de callarse y sufrir las repercusiones. Te ha mantenido

con vida por pura conveniencia. Pero a ti no te teme. Mi instinto me dice que vendería a su madre por un paquete de arroz.

—¿Y dónde pretendes que vaya?

—Tengo una cabaña en la montaña, lejos de todo. No hay mucha cobertura telefónica. Es herencia de mi difunto esposo y ya no suelo subir mucho por allí. Es humilde, pero es un lugar seguro. Coge algo de comida y ropa. Te espero en mi casa en media hora.

CAPÍTULO 34

LA CABAÑA



Tienen el coche cargado y listo para salir de viaje. Hay un problema: la ley de Murphy. Todo lo que pueda ir mal va mal. La maldita antigualla no arranca, ha decidido morirse en aquel inoportuno instante. Esperanza está hecha un flan por volver a la cabaña y desempolvar viejos recuerdos.

Piensa en sus chicas, pero tampoco tienen vehículo. Mira la plaza contigua a la suya en el *parking*, la de Pedro, pero antes prestaría a su mujer que a su coche, y más con los últimos conflictos acontecidos tras la muerte de Ignacio. Aunque sabe que ya no lo usan, Pedro se niega a venderlo y va haciéndole el mantenimiento de forma periódica, por lo que seguro que responde a la perfección. Se le ocurre recurrir a su mujer.

—Torcuata, necesito un favor muy grande —la llama por teléfono—. Hubo un tiempo en que eran íntimas amigas, pero después de la muerte de Ramón, Esperanza se había distanciado de todo y de todos.

—¿Pasa algo malo, Esperanza? No me das más que disgustos.

—Te lo explicaré a su debido tiempo.

—¿Qué necesitas, Espe?

—Las llaves del *carro* de Pedro.

—¡No puedes estar hablando en serio, Esperanza! Si se entera nos mata.

—Te prometo que lo cuidaré mejor que a mi vida, mi coche no arranca y tengo que irme con urgencia. Estoy en el *parking*.

—De acuerdo, bajo tu responsabilidad. Mejor que esta noche duerma en el garaje, cada mañana Pedro va a verlo como si fuera su bebé. Aunque esta semana no está del todo fino y ha estado mucho tiempo en cama. Ya sabes, la vejez no perdona y lo de Ignacio le ha recordado que nos quedan dos *pelaos*. Ahora bajo. Le voy a decir que voy a mirar un momento el buzón.

—Vale, aquí te espero.

Cinthia se esconde detrás de uno de los vehículos que hay en las plazas más lejanas del garaje comunitario para evitar que Torcuata la vea. Esperanza se impacienta ya que la mujer de Pedro es cotilla por naturaleza y le quiere sacar más información que no está dispuesta a dar. Después de diez minutos de tira y afloja, Torcuata desiste en el interrogatorio viendo que Esperanza no suelta prenda. Con resignación, Esperanza le tiene que prometer que en cuanto pueda será a la primera persona que la informe. Cuando su vecina sube al ascensor, Cinthia sale de su escondrijo y cambia las maletas de coche.

—¡Madre mía! Creía que no me la quitaba de encima. ¡Ya nos podemos ir cagando leches! —resopla Esperanza frustrada.

Pero por mucha prisa que tenga, Esperanza conduce con la máxima precaución durante dos horas, como si pisara huevos; teme que si roza el coche de Pedro este se ponga hecho una furia. Se detiene en una gasolinera a comprar dos teléfonos de prepago: uno para Cinthia y otro para ella. Acuerdan que se quedará unos días en el retiro hasta que crean que la situación es segura.

Llegar a la cabaña la entristece; Ramón la compró con toda la ilusión del mundo, les gustaba ir algún fin de semana y pasar unos días en la tranquilidad de la naturaleza. Ahora huele a cerrado y a moho. El polvo se acumula en la superficie de los muebles como la nieve en la cumbre de una montaña.

—Lo siento, Cinthia, hacía mucho tiempo que no pasaba por aquí. Tendrás que limpiar un poco y darle un poco de calidez.

—Faltaría más, Esperanza. Yo lo adecento en un momento. Es un sitio muy acogedor y bonito. Te agradezco muchísimo todo lo que estás haciendo por mí. —Abraza a la anciana, con lágrimas en los ojos.

Esta da un respingo ante la muestra de cariño inesperada de Cinthia, pero lo recoge como si fuera un regalo de Navidad.

—Bueno, bueno, no me achuches más. —Se separa de forma brusca. Se emociona, pero se resiste a llorar. «Vieja chocha, te está llegando al corazoncito, a ver si a tu edad vas a sentir algo similar a la maternidad», se sorprende de sí misma—. Yo vendré en cuanto pueda. Si necesitas cualquier cosa, me llamas por el teléfono de prepago.

Regresa a casa preocupada por ella, con el corazón estrujado como un paño viejo. Reposta la gasolina que ha gastado y lleva a lavar el coche, que deja en el garaje con el máximo cuidado posible. Espera que Pedro no sospeche lo más mínimo, si no, sabe que ardería Troya.

Cuando llega a casa, llama al servicio de asistencia y llega la grúa. Por suerte, solo se había descargado la batería. De momento, han podido revivir al trasto viejo, pero le advierte que la tiene que cambiar, otro dolor de cabeza añadido a sus problemas. Sabe que es el menor de ellos.

Está intranquila por la seguridad de Cinthia, cree que lo que le ha contado la chica solo es una parte del calvario que ha sufrido, nunca ha entendido cómo existen personas que pueden

comerciar con otras como si fueran mero ganado. Le dan ganas de vomitar. Por mucho que le haya dicho que debe alejarse de Andrés y de sus tejemanejes, no puede hacerlo. Le hierva la sangre. Primero, por Ignacio y por la falta de respeto hacia él, su cuerpo aún estaba casi presente y le roban en su casa; segundo, cree que fue él mismo quién podría haberla matado al golpearla; y tercero, es la seguridad de aquella pobre chiquilla. Lo que más le dolió de su relato fue que cuando se escapó y se dispuso a huir a su país, su abuela había muerto. Supuestamente por un accidente doméstico, pero ella no estaba segura de lo que podría haber sucedido. Cree que a lo mejor fue un escarmiento, aunque la forma de actuar de la Mafia no era muy discreta, querrían que supieras que habían sido los autores, que con ellos no se tontea. Que si les fallas, estás muerto. El resultado de sus actos es que Cinthia ya no tenía hogar al que volver.

CAPÍTULO 35

LA LLAMADA



Ya es noche cerrada y Esperanza se agita en sueños, empapada en sudor. Se ha despertado gritando. En ese edificio las paredes son de papel y teme que los vecinos alerten a la policía con la oleada de asaltos y robos que están sufriendo en el vecindario y en la ciudad en general. Sabe que ya no podrá dormir. Ha tenido una pesadilla donde Andrés localizaba a Cinthia y la golpeaba con un martillo, hasta que sus sesos salpicaban la pared y la sangre rezumaba por su cabeza. Ella tardaba un rato en morir. Mantenía la mirada con aquellos ojos café bellos y suplicantes, hasta que perdían fuerza y visión, por la sangre que caía sobre ellos. Se iban cerrando como pétalos de una flor cuando la noche acontece. Sus manos la intentaban alcanzar, pero no podía. Como si la observase a través de una mosquitera.

Tiene que hacer algo, aunque sea una locura, aunque ponga su vida de nuevo en peligro, aunque resulte herida. No puede quedarse estática, los problemas no se van a resolver solos. Se da una ducha fría y se viste. Baja de nuevo al *parking* y, por suerte, el coche arranca a la primera. No todo iban a ser malas nuevas. Se dirige al polígono industrial, apartada de la nave, pero con un ángulo que le permite verle sin ser vista, o eso cree. Son las tres de la mañana, el bochorno no perdona y está agazapada atisbando por la ventanilla. Ve una figura que reconoce a la legua: Andrés.

Tiembla al verlo, como una hoja mecida por el viento de un huracán. Es de verdad fascinante, pero intuye que perverso hasta el tuétano. El tipo de hombre del que debería huir, pero que le atrae como un imán destructivo.

Decide llamar a la policía con el teléfono de prepago, sabe que si él se entera del chivatazo no la dejará con vida, pero no teme por su propia seguridad, teme por Cinthia y lo que pueda ocurrirle si no actúa.

Las sirenas se oyen a lo lejos y no tardan en llegar a la nave industrial. Acude un gran dispositivo policial que rodea el recinto en una especie de barricada. Entran equipados con trajes

de asalto, le parece ver a la agente López encabezando la comitiva reventando la cerradura de la pequeña puerta metálica de acceso.

Gritos, disparos, amenazas y miedo. Adrenalina en estado puro se percibe en ese momento, como si fuera una espectadora involuntaria en una película de acción. Se vuelve a agazapar al ver como Andrés sale esposado, con la mirada llena de bilis, como si hubieran atrapado a una mamba negra y su mordedura mortífera te pudiera atrapar con un sinuoso e impredecible giro del cuerpo. Ve que mira a su coche, que se confunde con la oscuridad de la noche, y afila los ojos y los encoge como si fueran la ranura de un buzón y con ellos pudiera percibir todo el universo. Le parece que recogen una certeza y se estremece al pensar que la haya podido reconocer de la otra noche. Tiembla ante lo que pueda hacer aquel ser, porque tiene duda de que sea humano.

Cuando lo meten dentro del coche y se pierde en la oscuridad de la noche, respira aliviada y se desmorona como un castillo de naipes. Lloro profusamente. Al rato, su llanto se disuelve poco a poco hasta que logra mantener el control de sí misma. «¿Y si me ha visto y vienen a por mí? ¿Y si agravo la situación de Cinthia?», medita, conteniendo el hipo que se desatado como un martillo percutor.

Deja a la policía entrando y saliendo del almacén recopilando pruebas. Sin duda, se trata de la guarida de *Ali Babá y los cuarenta ladrones*, que conforman uno solo. Van desmantelando la cueva de los tesoros y no tiene ninguna duda de que el cuadro de Ignacio y el resto de artículos robados se encuentran en ese sitio. Se pregunta cómo una persona en apariencia tan mordaz y eficiente como figura se ha dejado atrapar de esa manera. Tiene que estar espumando como un perro con rabia. Y si la alcanza a morder, no quiere ni pensar en las consecuencias de sus actos.

Intenta serenarse como puede y vuelve a casa temblando.

CAPÍTULO 36

CARLOS



Cinthia se levanta extrañada en ese lugar. Maldice haberse traído el móvil personal. Tiene miedo a que la puedan localizar por él, está muy tentada a consultarlo, pero lo destruye.

Piensa de nuevo en Paloma, que era un ser de luz, quien debería haber volado de sus captores y disfrutar de su ansiada libertad. Sin embargo, le arrancaron los brazos, la decapitaron y la lanzaron a un contenedor como si fuera basura. Al resto de chicas les mostraron las fotos de su maltrecho cuerpo y abortaron cualquier plan de huida que pudieran tener, ni siquiera en atreverse a soñar con ello. Para Cinthia fue al contrario, escapar se convirtió en una obsesión, nadie más iba a decirle nunca qué y cómo hacerlo. Se convirtió en una autómatas que actuaba por inercia. Pacífica e invisible. Sumisa y servicial. Pero en sus entrañas crecía una llama incombustible que se nutría de su odio. Si tenía que morir para escapar de aquella pesadilla lo haría, de pie. No lo dudaría un instante, prefería eso a seguir de rodillas.

Pensó en Carlos, que era un cliente habitual, de los decentes, de los que recurren al pago por su timidez y sus nulas capacidades de interacción en el amor. Era dulce y atento con ella. Estaba enamorado hasta las trancas. Ella le tenía cierto cariño y, aunque en ocasiones tenían sexo, a veces solo se daban compañía mutua. Incluso pagaba la noche entera para poder simplemente abrazar su cuerpo. Era lo más parecido al amor que podía encontrar en aquel lugar. Una noche le dijo que tenían una cita y que se la llevaba a cenar fuera. Cinthia no podía creérselo, en contadas ocasiones las dejaban salir a comprar ropa o enseres, siempre bajo vigilancia muy estricta. Por lo que le contó, Carlos había pagado una suma más que generosa al encargado y este haría la vista gorda con la condición de que a las doce de la noche estuviera en el local. «Como la puta Cenicienta», pensó asqueada. Llegaron al restaurante y era el sitio más maravilloso y romántico que ella hubiera visto jamás, cenaron muy bien, incluso llegó a confundir sus sentimientos hacia él, como si ella no fuera una puta y él su cliente que estuviese comprando su tiempo y su amor. Como si formaran una pareja y estuvieran disfrutando de una noche romántica y especial. En un

determinado momento, él fue al baño y ella le robó la bandolera con su cartera y las llaves del coche.

Huyó.

Le dio mucha pena hacerle eso, pero vio una oportunidad tan clara y única que no se podía permitir el lujo de desaprovecharla. Cuando lo encontraron tirado en un callejón del puerto, le habían practicado una corbata colombiana, le rajaron el cuello y le extrajeron la lengua por la hendidura abierta. La policía pensó que estaba implicado en alguna reyerta entre bandas y que le habían hecho pagar alguna afrenta. Su madre explicó en un programa de tertulias que su hijo era incapaz de estar metido en un negocio turbio, que después de su muerte se había enterado de que había pedido un préstamo personal de 2.000 euros y que no le había comentado nada. Podría ser que alguien le estuviera extorsionando, pero le extrañaba porque siempre había sido un hijo ejemplar. Tal vez demasiado tímido e introvertido, pero con un corazón que no le cabía en el pecho.

Cinthia había visto las noticias en un vomitivo motel de carretera, donde la mayoría de clientes eran cucarachas que no pagaban la tasa turística. Era lo único que se podía permitir sin tener papeles legales de identidad. Se decoloró el pelo en el lavamanos como en las películas. Creía que la policía la buscaba como sospechosa o implicada en su muerte. Suponía que Carlos, deshecho por el dolor de la traición, había ido al burdel a explicar lo ocurrido, que ellos no le creyeron pensando que la escondía y se lo quitaron de en medio. De nuevo, un escarmiento para las chicas por si alguna se atrevía a utilizar la misma estratagema. Cinthia no pensó en las consecuencias de sus actos, o sí lo hizo, pero no pensaban que llegarían tan lejos. O si por un momento se le pasó por la cabeza, su egoísmo e instinto de supervivencia decidió por ella. Debía meditar mejor las repercusiones de aquella traición, pero ya estaba hecho. Se sentía una basura por aquel pobre chico enamorado, pero fue su billete para la libertad, en aquella bolsa guardaba los 2.000 euros que le abrían la posibilidad de un nuevo comienzo. De momento, su mejor opción era subir al primer autobús que le llevara lo más lejos posible y poner tierra de por medio.

CAPÍTULO 37

UNA NUEVA OPORTUNIDAD



Un nuevo comienzo. Eso es lo que piensa Esperanza al llegar a la cabaña para pasar unos cuantos días con Cinthia. Necesita poner tierra de por medio también. Huir del caos en el que se ha convertido su vida. Quería un poco de emoción y tiene la impresión de que todo el asunto se le está escapando de las manos, como la arena de un reloj que no se detiene. Que una cosa es hacer de Jessica Fletcher por el vecindario, indagando sobre el asesinato de su amigo; y otra muy distinta es enfrentarte a la Mafia que controla la trata de blancas del país. Siente una tentación acuciante de quedarse en aquel retiro y esconder la cabeza bajo tierra como un avestruz. Esa sensación se esfuma al entrar por la puerta y ver como Cinthia le ha dado nueva vida a aquella casita de madera. Ha limpiado a fondo y el aire está renovado, ha cambiado algunas cosas de sitio y en conjunto parece un nuevo hogar. Velas aromáticas, pañuelos en las lámparas y también ha retirado algunos objetos que hacen que el ambiente se vea más ligero, no tan cargado.

—Pero, chica, ¿qué le has hecho a este lugar? —pregunta asombrada.

—¿No te gusta? Si quieres lo dejo todo tal como estaba, a lo mejor me he tomado más licencias de las que me tocaban —responde, retorciendo las manos.

—Todo lo contrario, le has dado vida. Hacía tiempo que no quería venir por aquí, me recordaba demasiado a Ramón y ahora es otra cosa. Un lugar agradable en el que podría escaparme de la ciudad y disfrutar de la naturaleza. Le has dado frescura. Creo que lo mejor de volver a la cabaña es tu compañía, se me hacía muy cuesta arriba venir aquí sola.

—Me alegra mucho que te haya gustado y que te alegres de que esté aquí, yo también agradezco tu compañía. Me recuerdas a mi abuelita —su voz tiembla como una campanilla y baja la mirada.

—Y tú a la hija que nunca tuve y desearía haber tenido. Somos una pareja forzosa que estaba destinada a encontrarse. Y ahora, antes de que me emocione, saca el culo de ahí y descarga del

maletero las cosas que he traído.

—¡A la orden, mi sargento! —ríe Cinthia, haciendo el saludo militar y juntando las piernas con fuerza.

—¡Tontorrón! —Le acompaña Esperanza en la carcajada y siente que algo de tensión se libera en su pecho.

Cuando Cinthia acomoda la compra, le pone al día de las últimas novedades del robo y su denuncia a la policía.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! Tienen infiltrados en todas las esferas y untan de dinero a la policía. Si alguien te localiza, nos localiza, estamos muertas, Esperanza. Tendrías que haber estado calladita y en la sombra como yo. No se juega con esta gente. Es demasiado peligrosa, no sé si alcanzas a saber la dimensión del problema. No se limitan a pegarte una paliza y ya está. Te descuartizan para dar ejemplo.

—Asumo las consecuencias de mis actos. Me niego a que personas como tú vivan esclavizadas. Y si me he expuesto denunciando el robo, lo siento, pero se lo debía a Ignacio. Algo tiene que cambiar, no podemos hacer la vista gorda. Si no, viviremos siempre con miedo.

—Pues que Dios nos asista. —Besa la medalla que porta en el cuello—. No hay nada más que podamos hacer sino rezar.

CAPÍTULO 38

LA CITACIÓN



Esperanza regresa a casa al cabo de unos días. Le ha cogido mucho cariño a Cinthia en la cabaña, le ha demostrado ser una chica muy madura para su edad. La vida le ha hecho endurecerse a base de golpes, pero aún tiene una parte dulce y tierna en su interior que le ha hecho sentir muy querida.

Esos pensamientos positivos se seccionan de golpe al entrar en la portería del edificio. Con cuidado, como si de una planta carnívora se tratase, abre el buzón, tiene miedo de hacerlo por si contiene otra amenaza. Aunque luego piensa en que la Mafia puede ir detrás de ella y le entra la risa. Ellos no se andarían con chiquitas, no se entretendrían con notas en la correspondencia, sino que le cortarían las falanges una a una y la lengua por soplona.

Con sorpresa ve que tiene una carta de la notaría. Pálida, abre el sobre y encuentra una citación para el día siguiente. El motivo la deja helada:

La convocamos en nuestras dependencias el día 19 de agosto a las 10:30h para la apertura del testamento de Ignacio Quintana Segura.

«¿Cómo? ¿Me convocan para el testamento? ¿Y yo qué pinto en todo este asunto? ¿Y si se le ha ocurrido dejarme algo como heredera? ¡Viejo loco! No puedo creer que pensaras en mí para algo como eso. Pero, meditándolo bien, ¿a quién tenías? Te pasa lo mismo que a mí, no tengo descendencia», elucubra sorprendida.

Siente una oleada de amor hacia él. Con todo este asunto de Cinthia, le parece que se está desviando del asunto principal que ha iniciado todo este torbellino de sucesos: dar respuesta a su asesinato. Ensimismada en sus pensamientos, se dirige a la puerta del ascensor que baja. De él sale Pedro, que la fulmina con la mirada.

—¿Dónde te habías metido, Esperanza? Seguro que en algún agujero oscuro, como la rata que eres, hace días que no te veía. He descubierto muchas cosas de ti, tirando de contactos.

—Mira, Pedro, ya me tienes un poco harta con tus amenazas vacías. Lo que tengas que decir,

me lo dices y punto —responde asqueada.

—He descubierto que tuviste varias denuncias en la OCU cuando trabajabas en la funeraria por parte de clientes, en ellas se insinúa que estabas bajo los efectos del alcohol y que hubo falta de tacto e impertinencias con las familias. Tuviste suerte de que no se pudiera probar nada y de que se archivaron las denuncias, pero casi te cuesta tu puesto de trabajo, ¿verdad, borrachina?

—¿Sabes qué, Pedro? ¡Te vas a ir un poquito a la mierda! Yo, por lo menos, he vivido mi vida de frente, cometiendo más o menos errores, pero siempre siendo yo misma. No me he escondido detrás de una máscara y ocultando quién soy y a quién amo. En el fondo me das mucha pena. Podrías ser feliz si salieras del armario, a pesar de tu edad. Has vivido tu vida en una mentira. Y ahora, apártate de mi camino, tengo muchas cosas que hacer. —Empuja al anciano que se bambolea como una peonza.

Pedro tiene los ojos inyectados de odio. Las lágrimas resbalan por su rostro cuando Esperanza cierra la puerta del ascensor. Sabe que en el fondo tiene mucha razón en sus palabras, por eso le hieren como hierro candente sobre la piel. «No. Esto no se quedará así, vieja zorra. Has ganado esta batalla, pero no la guerra», medita enfurecido con los labios apretados.

A Esperanza le hierve la sangre. «¿Cómo se ha atrevido ese malnacido a hurgar en su vida, a sacar sus trapos más sucios?», medita iracunda.

Recuerda esa época como diluida, su marido acababa de morir y se encontraba perdida en el mundo. Tiene muchas lagunas de lo que hizo o dejó de hacer. La botella había sido su consuelo ante el dolor del duelo, pero lejos de aligerar la carga, cuando los efectos del alcohol se disipaban se sentía vacía y con un dolor de cabeza que le taladraba el alma.

Tuvo un par de amonestaciones sobre su comportamiento en el trabajo, sin embargo, les prometió que era una situación temporal y que encontraría cómo solucionarlo. Sentían pena por ella y nunca había soportado ejercer la impronta de ese sentimiento en la gente. Entonces, sufrió el ictus que cambió su vida para siempre y casi se la lleva al otro barrio. En muchas ocasiones pensó que lo mejor hubiera sido morirse y dejar de luchar, pero siempre había sido una mujer con mucha resiliencia que le ayudaba a potenciar la felicidad.

«Todo dolor es temporal, Espe, no hay mal que cien años dure», se repetía como un mantra entonces y ahora.

El tiempo pasó y las heridas se habían cerrado, aunque las cicatrices picaban de vez en cuando. Ramón, el ictus, la soledad y ahora, Ignacio. Y unas nuevas preocupaciones inesperadas: el testamento y Cinthia. Tuvo que recurrir a los somníferos aquella noche, estaba demasiado tentada a coger la botella o un cigarrillo. Por suerte, eran elementos que procuraba no tener en casa.

CAPÍTULO 39

EL TESTAMENTO



Las ojeras tienen el color de los moretones con el paso de los días: negruzcas aún como una concha de mejillón, agarradas con fuerza a la cara como si fueran las rocas en las que crecen. Intuye que el día no le depara nada bueno, pero a pesar de su pálpito, sigue cojeando hacia la notaría.

Cuando entra, agradece el aire acondicionado, pregunta en recepción; le hacen entregar su DNI y esperar en una sala atestada de gente a pesar de las fechas que son. Una hora y media después, la hacen pasar a un lujoso despacho repleto de expedientes donde el notario le lee las últimas voluntades y el testamento vital de Ignacio. Para su sorpresa, le ha dejado gran parte de su patrimonio, su piso y de sus ahorros; el resto lo ha estipulado como una donación a una asociación protectora de animales abandonados gatuna. Esperanza no puede creer que su amigo la tuviera en tan gran estima y se siente turbada sin saber qué decir, muy raro en ella.

El notario le informa de una cosa más que la deja petrificada: el testamento no podrá hacerse efectivo hasta que haya sentencia de un posible heredero, un varón que afirma ser su hijo:

—¿Cómo que su hijo? Ignacio no tenía hijos.

—Pues alega que lo es. Ha presentado una demanda por paternidad en el Juzgado de Primera Instancia de nuestro municipio. El juez considera que hay indicios suficientes para exhumar el cuerpo de Ignacio y realizar las pruebas de ADN. Hasta que no se resuelva el tema, no se puede hacer efectivo el testamento ya que el posible heredero reclama todo el patrimonio de su supuesto padre.

—Me deja de piedra. No sé ni qué decir ahora mismo. Ya me avisará por si tengo que volver.
—Estrecha su mano fría como un desamor.

Esperanza se despide del notario y va directa al juzgado. Tiene una buena amiga que trabaja allí y, conociendo la estima que tiene a Ignacio, le facilita una copia a escondidas, haciéndole prometer que no contará nada. No hay nada como tener contactos en todas partes, hasta en el

mismo infierno si hiciera falta. Tiene mucha suerte de tener hilos, buenos hilos, que le facilitan las cosas.

No puede aguantar la curiosidad de leer la demanda y es incapaz de aguantar a llegar a casa. Se sienta en la sombra de una terraza de un bar, pide una tónica y unas aceitunas rellenas de anchoa. Corre un poco de aire y lo quiere aprovechar.

A medida que va leyendo, siente náuseas. La demanda adjunta una serie de pruebas que le revuelven el estómago. Cuenta que el supuesto hijo es fruto de una violación cuando Ignacio era el encargado de planta en la empresa en la que trabajaba. La empleada era una chica de la limpieza que, por miedo a perder su sustento, se tuvo que callar. Cuando fue más evidente su embarazo se fue, eran otros tiempos y estaba sola. Sería un escándalo. Sus padres la enviaron con una tía del pueblo para que tuviera el niño. Como es habitual en estos casos, se suele culpabilizar a la víctima por los pecados del verdugo.

El hijo explica que su madre, en el lecho de muerte, le contó la verdad sobre su verdadero padre, que no era el que lo había criado. Le dijo que le había enviado cartas explicando a Ignacio su difícil situación para que se hiciera responsable de sus actos y de la manutención de su hijo, pero nunca recibió respuesta a las mismas.

Pensó en abortar, pero por sus creencias religiosas no fue capaz. Además, el niño no tenía culpa de las atrocidades de su padre. Siendo madre soltera en esa época, Esperanza supo que si era cierto, esta señora tuvo que pasarlo francamente mal. La moralidad y las apariencias lo eran todo. En el relato explicaba que luego conoció un buen hombre, un poco mayor que ella, que no tuvo reparos en aceptar al niño como si fuera su propio hijo.

Casi le da un infarto a Esperanza al ver el DNI con la fotografía de su supuesto hijo: Nicolás, el repartidor del supermercado.

La cabeza de Esperanza casi sufre un cortocircuito. Eso no tenía sentido con la imagen que tenía de Ignacio. De la persona que amaba.

«No me lo puedo creer. No tiene sentido. Pero como se suele decir, nunca se acaba de conocer a las personas. ¿Pero un violador? ¿Era posible que hubiera cometido tal aberración? ¿Ignacio? ¿Su Ignacio?»

La anciana se empezó a encontrar físicamente mal. Estaba descompuesta.

«¿Y si todo era una patraña? ¿Y si Nicolás lo había asesinado para vengarse y quedarse con todo su patrimonio?»

He aquí un motivo de peso para haberlo asesinado, quizás el más antiguo y visceral de todos: la codicia.

Su mente es incapaz de asimilar toda esa información que se filtra en su cerebro como el veneno que se inserta en el torrente sanguíneo sembrando la duda. Si de verdad Ignacio hubiera sido capaz de forzar a una pobre chica, para ella Ignacio sería un monstruo. ¿Justificaría que lo

quisieran asesinar? ¿Se merecía morir por sus pecados? Creía que no, pero ya no tenía las cosas tan claras ni sus argumentos eran tan firmes.

Fue al baño a vomitar. No pudo con la amalgama de palabras que vibraban en sus pensamientos. «Ignacio, ¡por Dios, Ignacio!, ¿fuiste capaz de abusar de una mujer? ¿Por qué hiciste semejante atrocidad? ¿Lo hiciste? Porque si fuera así, ahora mismo lo único que puedo sentir por ti es asco. Pero si es todo una mentira y están mancillando a una persona que no puede defenderse, arderá Troya. Es mucha casualidad que presenten la demanda ahora que estás muerto. ¡Dios santo! ¿Qué voy a hacer ahora?», se lamenta Esperanza.

Se limpia la boca con el agua del lavamanos y la enjuaga. Aborrece vomitar, la sensación de no poder controlar un sabor tan desagradable que repta por tu garganta, ácido y caliente, siempre le ha repugnado. Ahora mismo su psique es una batidora. Siente repulsión. Debe asimilar ese documento y calibrar la verosimilitud del mismo. Si fue real y fue capaz de violar a una de sus compañeras nunca se lo perdonaría. Pero ese Ignacio dulce, respetuoso, atento y amable con ella no casa con la imagen de depravado que narra esa mujer en sus cartas. Es demasiado para Esperanza en este momento.

Se sienta un momento en la silla para recuperar el aliento y le hace la señal universal de pagar la cuenta a la camarera, quien acude con preocupación en su rostro:

—¿Se encuentra bien, señora? —pregunta la empleada al cobrarle la consumición—. Está pálida.

—Sí, no se preocupe. Seguro que es una bajada de tensión, con estos calores.

—¿Quiere que le traiga una Coca-Cola o un poco de azúcar?

—No, gracias, muy amable, enseguida me repongo. Gracias por su interés. —Se pasa uno de los hielos de la bebida por la nuca y las sienes—. Ya me encuentro mucho mejor.

—Si necesita que llame a una ambulancia, no dude en pedírmelo, señora.

—No es necesario. En un rato estaré recuperada.

Se queda unos minutos sentada reponiendo el cuerpo, aunque su alma está hecha mil pedazos. Aunque está a escasas manzanas de su casa, coge el móvil para llamar a un taxi, no se ve con fuerzas para arrastrar su dolor por la calle. Sin embargo, cree necesario ir a un lugar antes de volver a casa.

CAPÍTULO 40

LA PISTA



Le pide al taxista que pare un momento en el cementerio. Tal vez el papel que tiró Nicolás en los arbustos sea más importante de lo que en su momento pensó.

En ese mismo instante, cuando caminaba por los senderos del camposanto, recibe una llamada de la agente López. Se ve tentada a no contestar, pero sabe que la policía vería raro que no respondiera.

—Señora Prieto, necesitaría que se pase por comisaría un momento.

—¿Por la comisaría, ha pasado algo?

—Simple rutina, no se preocupe. Pregunte por mí y la pasarán a mi despacho.

—¿Tanta urgencia es necesaria?, ¿debe ser ahora mismo?

—Sí, debe ser ahora sin falta.

—De acuerdo, enseguida voy.

A Esperanza le tiemblan las piernas. «¡Lo que me faltaba para redondear este día de mierda! ¿Y ahora qué demonios pasará?», se pregunta alarmada.

Piensa que por unos minutos de demora no ocurrirá nada y va hacia los arbustos donde cree que Nicolás tiró el papel arrugado. Tarda un rato en localizarlo hasta que finalmente lo ve. Le cuesta unos cuantos arañazos en los antebrazos, pero al final consigue alcanzarlo.

Es la esquila del periódico local que publicó Esperanza con la información del entierro de Ignacio.



DON IGNACIO QUINTANA
SEGURA

Fallecido el 5 de Agosto, a los 87

años
D. E. P.
Sus amigos y vecinos
**RUEGAN UN ORACIÓN POR
SU ALMA**

*Maldito cabrón, me alegro
de que estés en el infierno.*

Se alarma al ver que manuscrito, en los bordes de la misma, hay escrito: *Maldito cabrón me alegro de que estés en el infierno.*

Esperanza la guarda en el bolso, quizás es una de las pruebas que haya estado esperando. Tiene una necesidad imperiosa de ir a ver a Ignacio a su tumba, pero le ha dado mala espina la llamada de la agente López, intuye que algo no va bien.

La agente López prepara el interrogatorio. Hace días recibieron una llamada, con un teléfono de prepago, alertando sobre una nave industrial donde habían artículos robados. Cuando escuchó la grabación le pareció reconocer la inconfundible voz de Esperanza. Al localizar dónde se compró el teléfono y hacerle una descripción de la anciana, el dependiente la reconoció enseguida y las cámaras de seguridad ratificaron su declaración.

«¿Pero qué narices pasa con esta mujer que está en todos los embolados?», cavila la agente.
«Tengo que averiguar qué está ocultando».

CAPÍTULO 41

EL INTERROGATORIO



Hace rato que Esperanza permanece sentada en las incómodas sillas de plástico de recepción en la comisaría. Su blusa se pega a su espalda como una garrapata. La agente López es consciente de que está allí, pero necesita ponerla un poco nerviosa y haciéndola esperar tiene la seguridad de que estará pasando un mal rato. Media hora después, la acompañan a un despacho pequeño, soleado y muy ordenado.

—Siéntese, por favor, señora Prieto.

—¿A qué se debe esta citación? ¿Estoy en algún apuro?

—Pues depende de lo que me cuente. Sabe que la policía puede localizar las llamadas, ¿verdad?

—Bueno, entiendo que tienen sus maneras de hacerlo. Ya sabe lo que afirman: la policía no es tonta.

—En eso tiene usted mucha razón. Sabemos que realizó una llamada desde el polígono industrial de la Marina la madrugada del quince al dieciséis de agosto donde denuncia que hay una nave industrial repleta de objetos robados. ¿Por qué lo hace de forma anónima? ¿Qué estaba haciendo allí a esas horas de la noche?

—Verá... —improvisa—, el otro día estábamos haciendo la patrulla vecinal mis chicas y yo y nos pareció ver un sujeto sospechoso que metía bártulos a las dos de la madrugada. Pensé que esa hora no era nada usual. Por eso volví a vigilar y, al verlo de nuevo, hice la llamada.

Esperanza está contenta con su respuesta, no es que haya mentido, si no que ha ocultado parte de la verdad. Como bordear la orilla rocosa con una canoa, al ras pero sin chocar.

La agente López la mira con suspicacia, no se acaba de creer nada de lo que sale por su boca. Su experiencia le indica que disfraza la verdad. Espera unos segundos para retomar el interrogatorio, mirándola fijamente. Esperanza mantiene el cruce de miradas como si fuera una esgrimista y estuvieran en plena contienda verbal.

—Insisto, ¿por qué llamó con un teléfono de prepago que compró en una gasolinera en vez de con el suyo, señora Prieto?

—Se me estropeó el mío y compré uno temporal.

—¿Si está roto cómo es que he podido llamarla?

—Ya va bien.

—¿Se ha arreglado solito como por arte de magia, señora Prieto?

—No lo sé agente, puede que tocara algo. Ya sabe, las ancianas y las nuevas tecnologías. No somos del todo compatibles —dice, haciéndose la sueca.

—Creo que es más lista de lo que intenta pretender.

—No pretendo nada, no sé qué quiere insinuar.

—No insinúo nada. Creo que es muy lista.

—Gracias por el cumplido.

Esperanza sonríe de forma inocente como si no hubiera roto un plato en su vida y pone ojitos de cordero degollado. Cree que está bordando su actuación, como ha visto en los programas de detectives donde el sospechoso está siendo acorralado y se mantiene imperturbable. Esta chica es lista, pero le dobla la edad y no se va a dejar amedrentar por una polluela como ella.

La agente López no tiene indicios de que haya cometido ningún delito y no tiene argumentos con los que seguir el interrogatorio, por lo que decide batirse en retirada. Por el momento. Una retirada a tiempo es una victoria. Tiene, eso sí, la mosca detrás de la oreja, y esa moscarda se llama Esperanza.

—Ya puede irse, señora Prieto. Tenga el móvil «operativo» por si tengo que contactar con usted para más cuestiones —dice, recalcando con efusividad la palabra.

—Por supuesto, agente López, yo siempre estoy dispuesta a colaborar. Que tenga un buen día.

Esperanza sale temblando de la comisaría, se pregunta qué más le puede ocurrir en ese lamentable día. Por suerte, coge otro taxi y le indica la dirección de casa. La anciana cree que el conductor está convencido de que es un piloto de Fórmula 1, por lo que se siente muy insegura y nerviosa, más de lo que ya estaba. Le pide por favor que aminore la marcha y él le indica que es su coche, que lleva treinta años al volante y no ha tenido ningún accidente. Hasta que se salta un semáforo en ámbar y casi choca con una furgoneta. Esperanza le chilla que detenga el vehículo. Abona la carrera con palpitaciones en su pecho y se apea del mismo. «No sé qué más te puede pasar en este día de mierda, pero no hay dos sin tres, Espe, no llames al mal tiempo», piensa alterada.

Regresa a casa con el corazón en un puño, solo quiere llegar y llorar un rato para liberar esa tensión que le atenaza la garganta. En un momento determinado, tiene la sensación de que alguien la está siguiendo y teme que sea algún miembro de la Mafia que le quiere dar un escarmiento. Acelera el paso intentando correr, pero el cuerpo no le responde como debería. Se

siente tan cansada y vapuleada que tiene ganas de gritar. Llega a la portería sin respiración y muerta de miedo. Lo que ve no la consuela: es Nicolás, el supuesto hijo secreto de Ignacio, que está mirando los buzones.

Huye por la escalera, forzando la maquinaria para llegar a casa con premura. En el primer rellano, Esperanza siente, con horror, un adormecimiento repentino en la cara y en el brazo derecho. Su mundo se vuelve muy confuso, tiene dificultad para hablar y percibir lo que le rodea. Ya no puede dar un paso más, su mundo se funde en negro y cae fulminada sobre el duro mármol.

CAPÍTULO 42

EL SUSTO



Le cuesta abrir los ojos, siente una luz que la ciega y los cierra de nuevo debido a que es incapaz de tenerlos entornados. Se concentra para poder percibir, con los otros sentidos, lo que la rodea. Oye el gotero que cae. Escucha el monitor que registra sus constantes vitales. Respira aliviada. No está muerta. Pero ya conoce de sobra a su archienemigo «el ictus». Espera que esta vez no haya secuelas más graves. Ha forzado la maquinaria y su cuerpo se ha rebelado. Casi se siente aliviada de estar en una cama de hospital, que la cuiden y pasar unos días lejos de la marabunta que la persigue. Pero sabe que en cuanto se encuentre bien, querrá respuestas a sus preguntas.

Su neurólogo entra por la puerta y la saluda. Le hace una batería de preguntas y de pruebas.

—Ha tenido mucha suerte, señora Prieto, me han comentado que una vecina la encontró en el suelo y llamaron rápidamente a emergencias. Esto es clave, actuar de inmediato, y más en su caso, ya que no es la primera vez que sufre un ictus. Por el test que le acabo de hacer, parece que ha sufrido un amago de ictus o micro ictus. Pero tenemos que valorarlo mediante pruebas diagnósticas. También acudió hace poco por un TCE, aunque parecía que estaba todo en orden cuando vino.

»Ahora vendrán a buscarla para realizarle un TAC y una resonancia magnética. Nos servirá para determinar qué tipo de ictus ha sufrido, las áreas cerebrales dañadas y si existe inflamación. Iremos controlando la presión arterial, el ritmo cardíaco, la temperatura, el ritmo respiratorio, el nivel de oxígeno y los niveles de azúcar en sangre, entre otros. En cuanto tengamos los resultados valoraremos qué camino tomar para poder prevenir futuros episodios que su cuerpo no aguantaría. De momento, descanse. Mañana volveré a visitarla y, si todo va bien, la sacaremos de la UCI y la bajaremos a planta.

Esperanza le agradece su visita y se prepara para recibir malas nuevas, cree que sería demasiado afortunada si no tiene secuelas más graves que la otra vez. Tiene miedo, no quiere sufrir un nuevo episodio y no sobrevivir a un nuevo envite, ya que aún se considera joven y que

tiene mucha vida por delante. Es conocedora de que debería bajar el ritmo, pero tiene la certeza de que en cuanto se encuentre bien va a seguir con el caso, con el asesinato de Ignacio, porque es más terca que una mula y cuando tiene algo en la cabezota es incapaz de dejarlo ir. Siempre ha sido así, muy a pesar suyo, y con la edad que tiene cada vez ha ido a peor, desde que no está Ramón ha ido más a la suya. Su esposo mantenía un poco su genio controlado, pero ahora no hay nadie que la ponga en su sitio cuando se descarría. Después del ictus no cavila las repercusiones de sus actos, se ha vuelto más irreflexiva y actúa de forma poco racional.

Piensa en Nicolás, el supuesto *heredero*. Su instinto le aconseja que todo debe ser una patraña. Su madre intentaría hacerle responsable de un hijo que a lo mejor no era suyo, pero en ese momento sabía que Ignacio estaba en una muy buena posición social y económica y ella era una simple mujer de la limpieza que le exigía ocuparse de él. Se pregunta ¿si la violasen querría saber algo de su agresor? ¿Tendría un hijo de esa persona o recurriría a la interrupción del embarazo? Lástima que esa mujer ya estaba muerta, al igual que Ignacio, y ella solo podía basarse en conjeturas. La única certeza absoluta es que Nicolás había estado en varias ocasiones en el piso de Ignacio, tenía la oportunidad de matarlo y una motivación muy poderosa: la venganza y la recompensa monetaria.

Para eso está ella, para descubrir la verdad y que no se vaya de rositas. Descarta a los demás sospechosos, hay demasiadas evidencias para creer que él es el único culpable. Cuando se cure, volverá a casa de Ignacio, tiene el pálpito de que algo se le ha escapado, tiene que encontrar las supuestas cartas manuscritas de la madre de Nicolás o alguna otra prueba, si es que existen. Hace memoria de la actitud de Ignacio hacia ella, siempre atento, cariñoso, galante y cortés. Nunca ningún indicio de esa parte oculta que expone la demanda, del violador, del monstruo escondido. «No, eso una mujer lo intuye», justifica convencida de su argumento. Se niega a creer esa atrocidad.

Está hecha polvo, no tanto por ella, sino por todas las preocupaciones que la golpean como las olas en el malecón. También piensa en Cinthia y en Berta, su gata heredada. Las siente como responsabilidad suya. Las dos víctimas de las circunstancias de la vida.

Decide llamar a Reme, de su grupo de amigas las «abuelas molonas», descarta llamar a Olga, pero no tiene ganas de oír un sermón de *te lo dije*.

—Buenos días, *chocho*. ¿Qué te cuentas, *miarma*?

—Buenos días, Reme. Estoy en el hospital Espíritu Santo, ayer me desmayé y parece que he sufrido un micro ictus. Estoy bien. Te llamo para que les informes a las chicas por si se pasan por casa y no me localizan. Si puedes, ve a dar de comer a Berta y le echas un ojo, para que no esté sola. Torcuata tiene una copia de mis llaves, por si pasa algo, dile qué ha ocurrido, aunque con lo cotilla que es ya lo sabrá todo el vecindario.

—¿Qué me estás contando, *miarma*? Tú tienes mal fario, primero la *mascá* en la *cabesa* y

luego esto. Vamos a tener que ir a rezar a la Macarena por partida doble. ¿Podemos ir a verte?

—No, de momento no estoy en planta, pero en cuanto sepa los resultados de las pruebas os envío un mensaje en el grupo para que vengáis a verme. Dale recuerdos a todas mis niñas. Os quiero.

—Y nosotras a ti, chocho loco. Cuídate mucho y nos mantienes al loro de todo.

—Y tanto, cariño. Yo os informo de las novedades. No os preocupéis por mí, estoy en buenas manos. Hasta luego.

Esperanza cuelga el teléfono y reza un poco, siempre ha sido creyente, pero los obstáculos de la vida le han hecho desconfiar un pelín de los poderes de ese gran Dios a quien recurren las personas en sus oraciones. «Si salgo de esta, señor, te prometo ir cada semana a tu templo a ponerte una velita o dos, pero, Jesusito, déjame como estoy», piensa con inquietud.

Después decide llamar a Cinthia usando su teléfono privado, cree que es un riesgo, pero tiene que llamarla para informarle de las novedades y de qué le ha ocurrido.

—¿Qué me dices, Esperanza? No dejo de pensar que parte de ese estrés es por culpa mía, no tenías que haberte metido con ellos. Tenemos que desaparecer. Solo es cuestión de tiempo que nos localicen. En cuanto te recuperes, vente unos días, por favor, y aléjate de todo. Ahora soy yo quien tiene que cuidarte, déjame agradecerte de algún modo todo lo que estás haciendo por mí.

—Nada es culpa tuya. Ya soy mayorcita para asumir las consecuencias de mis actos. Quítate eso de la cabeza. Yo sola me he metido en todo este tinglado, nadie me ha empujado a tomar mis decisiones, estén equivocadas o no.

—No me tranquilizas nada, hasta que no estés fuera de peligro no respiraré tranquila.

—En unos días estaré como una rosa, bailando la lambada.

—¿Bailando qué?

—Déjalo, eres demasiado joven para entenderlo. Te llamaré en unos días.

Cinthia cuelga el teléfono con desesperanza, está muy preocupada por la anciana, duda mucho que sepa el peligro que está corriendo si la Mafia se entera de que han desmantelado una de las redes de robos y arrestado a uno de sus mejores valores. Pero está harta de tener miedo y permanecer escondida. La fortaleza de Esperanza y su compañía le han insuflado valor para atreverse a soñar con una nueva vida.

CAPÍTULO 43

VUELTA A CASA



El neurólogo le da el alta siete días después, las pruebas han salido todas bien y aparentemente no hay más secuelas añadidas a las que ya sufría. Le advierte, eso sí, que si no se lo toma con calma puede sufrir otro episodio del que no saldrá.

Esperanza ha estado cavilando toda la semana qué demonios hacer con su vida, tal vez lo más sensato sería retirarse de toda esta locura, tranquilizarse, ir con Cinthia a su retiro y dejarlo correr. Pero cuando tiene una idea fija en la cabeza no hay quien se la quite. Ahora mismo en lo único que piensa es que en la casa de Ignacio debe haber pruebas de la existencia de ese supuesto hijo que se han pasado por alto. Tiene que haber algo. En cuanto llegue a su domicilio y sea de madrugada, va a bajar de nuevo al piso de Ignacio para revisar hasta debajo de la última piedra.

Olga la está esperando en la puerta del hospital, tiene el ceño fruncido y resopla del bochorno que hace. Ha venido para acompañarla en taxi hasta casa para que no se vaya sola.

Se abrazan con cariño, pero por su cara, Esperanza sabe que le espera una buena bronca:

—No sé en qué lío andas metida, algo barruntas y no nos quieres contar nada. Sea lo que sea, no me importa, pero ¡ya está bien! ¿Qué más te tiene que pasar para que lo dejes? ¿Es necesario que la palmes? Perdona que sea tan dura, pero es que no he conocido a una persona más obtusa que tú. Pareces maña.

—Tú como siempre, animando al personal. A veces me da miedo contarte las cosas por cómo te pones.

—Si quieres una amiga que te regale los oídos, ya te estás buscando a otra. Las verdades duelen, chica. Como decía mi madre: quien bien te quiere te hará llorar.

—Pero no hace falta que me sermonees cada cinco minutos, ya tuve una madre.

—Bueno, bueno... si te lo digo es por tu bien.

—Qué quieres que te diga, Olga, tengo sesenta y tres años y el chocho pelao. No tengo ganas de que me den lecciones de vida.

Montan en el taxi enfadadas, en la parte trasera, sin dirigirse la palabra; cada una mira por su ventanilla con el ceño fruncido como una vieja cicatriz mal consolidada. Se respira el helor del ambiente como si el cubículo se hubiera convertido en un iglú. Esperanza le dice al conductor su dirección como en un telegrama, conciso y terminado en un por favor. En cuanto se apea en su destino, le tira veinte euros sobre el regazo de Olga, que se dirige a su casa. La fulmina con la mirada y pega un portazo. Sabe que tiene un pronto muy fuerte y que luego la llamará para pedirle disculpas, pero no puede evitar esos arrebatos de furia. Aunque puede tener parte de razón, no la quiere oír. «Bastante tengo yo en mi propia cabecita para que me la ponga como una olla exprés», se ofusca, frunciendo el ceño.

Recoge las cartas del buzón con acritud y desconfianza. Publicidad y facturas. Suspira aliviada. Nunca pensó que ver la factura de la luz la haría tan feliz.

Sube a casa en ascensor. Parece que va a cámara lenta. Quiere evitar encontrarse con algún vecino y que le pregunte cómo está, no le apetece nada, y menos después del sermón de Olga. Mañana tiene el firme propósito de ir a casa de Torcuata y agradecerle que llamase a la ambulancia, sabe con seguridad que ese acto le salvó la vida. La ha llamado un par de veces para preguntarle sobre su salud, pero no ha ido a visitarla al hospital ya que Pedro está muy delicado. Esperanza piensa que tal vez esté muriendo de amor tras el fallecimiento de Ignacio. No hay nada más letal como el duelo de un corazón roto. En el fondo, el pobre hombre le da pena, pero no tiene derecho a volcar su frustración y rabia en ella, como si fuera un felpudo en el que limpiar su dolor y su ira.

Eso será mañana. De momento, hay una idea única que martillea su cerebro desde hace una semana: registrar de nuevo la casa de Ignacio para encontrar las pruebas que inculpen a Nicolás.

Cena. Las horas no pasan. Mira la televisión sin verla. Ojea el reloj de forma compulsiva, incluso se acerca a la pared para ver si sigue en funcionamiento. Se muerde las uñas. Se rasca el cuero cabelludo como si estuviera infectada de piojos. Ignora los mensajes de Olga que martillean su WhatsApp. Se queda traspuesta mirando los anuncios. Se despierta alarmada. Se toma un café cargado. Se tira agua fría a la cara. Se viste de *ninja* de nuevo. Son las tres al fin. Baja con sigilo a la casa de Ignacio por las escaleras. Reza para no encontrarse a nadie.

CAPÍTULO 44

LA BÚSQUEDA



Lleva una hora golpeando las paredes de forma metódica, como un pájaro carpintero construyendo su nido. Suavemente, para ver si nota algún cambio en el sonido que revele un espacio interior oculto. No encuentra nada detrás de los cuadros ni debajo de las alfombras. Le toca el turno a los muebles y cajones empotrados. Cree que lo más lógico sería que si existe algún objeto íntimo escondido, debería estar en la habitación de Ignacio donde tenga un acceso más rápido, pero si algo ha aprendido de él en todos estos años es que la lógica nunca ha tenido cabida en la cabeza de su amigo. Quizás era la persona más terca que hubiera conocido, no tanto como ella, pero es un detalle que nunca iba a reconocer.

—¿Quieres rendirte de una vez, viejo cojonudo? Sabes que ya no tienes ninguna escapatoria, deja de mover la reina de un lado para otro. Estás acorralado. Además, hace un rato me ha parecido que volvías a colocar una pieza cuando he ido al baño, no lo puedo asegurar, pero me corroe la duda.

—¿Me estás llamando tramposo? —dijo, poniendo cara de ofendido.

—No aseguro nada, lo dejo caer como la bomba de Hiroshima y contemplo la nube de hongo en tu rostro.

—Soy un tahúr de las damas. Debes admitir que siempre te gano de calle. Reconoce que te he dejado ventaja y es de las pocas veces que me veo en un aprieto.

—Pero ¡serás mentiroso! No sé si es que vives en un mundo paralelo o te haces el loco; te he ganado tres de las cinco partidas que llevamos. Y te he pillado en más de una ocasión con jugadas bastante perturbadoras.

—¡Anda, exagerada! —dijo, haciendo aspavientos con las manos y restándole importancia a sus comentarios—. Yo siempre juego limpio, la duda ofende.

—¡Viejo carcamal! Pero si se te está escapando la sonrisa entre dientes. Fullero y mentiroso, además.

—A ver, ¿tienes pruebas de lo que comentas? —dijo, riendo—. Si no, lo negaré hasta el día de mi muerte.

—Tienes delito... ¡Tahúr de las damas, dice el tío sinvergüenza! Un tramposo es lo que eres tú.

—Pues ya te puedes quedar a cenar, porque este de aquí va a mover la reina de un lado para otro hasta el fin de los días.

Esperanza recuerda con nostalgia ese día. En su momento, lo que parecía una broma se convirtió en una bronca. Ignacio estuvo moviendo la reina hasta que Esperanza se plantó de aburrimiento y se fue indignada a su casa. Cuando se ponía tozudo no había quien le ganara. No sabe por qué le ha venido de nuevo a la cabeza las partidas de damas. Ignacio tenía una mesa personalizada con el tablero de ajedrez incrustado. Se la había hecho un amigo suyo ebanista. Tenía cajones debajo para ubicar las piezas, uno para las blancas y otro para las negras. Era muy maniático con el orden de las cosas, sus fichas eran las blancas y siempre colocaba él sus jugadores. Esperanza tiene un pálpito y se dirige a la mesa de juego. Revisa la superficie con mimo, deslizando los dedos por aquella tabla que tantos buenos momentos les había dado. Desliza el cajón de las negras y lo extrae de los rieles sin dificultad. Ahora llega el momento de tocar el cajón de Ignacio y se siente bastante culpable sabiendo que su amigo se molestaría. Pero tiene que seguir su corazonada. Intenta sacar el cajón de las blancas y se le resiste. Saca las piezas con escrupuloso cuidado y algo no le cuadra en la hondura del mismo. Le parece que es más pequeño, menos profundo que el otro. Palma todos los recovecos y encuentra una especie de palanca oculta a la derecha. La acciona y se oye un discreto *clack* que llena el silencio. Le sudan tanto las manos que se las frota en los pantalones friccionando con fuerza.

Se alegra de haber traído bolsas de pruebas, o de congelar alimentos en su defecto, y guantes de látex. Se los pone con dificultad ya que tiene las manos húmedas de la sudoración. Se tiene que sentar. Le tiemblan las rodillas.

«Espe, tranquilízate, acabas de sufrir un ictus y ya te han advertido que el siguiente te vas al otro barrio. Venga, que tú puedes hacerlo», medita convencida y concentrada en su misión detectivesca.

Abre la portezuela mientras alumbra con la linterna el fondo del cajón. Parece una especie de cilindro metálico.

«Sea lo que sea lo que esté allí dentro está claro que Ignacio quería ocultarlo. En más de una ocasión me dijo que la mesa era única, que le costó un ojo de la cara y estaba hecha por encargo. Ahora lo entiendo todo», piensa excitada.

Saca el tubo del compartimento y le quita la tapa de latón. Dentro hay una serie de papeles enrollados y recogidos en una gomita elástica. No puede creer lo que ven sus ojos: ¡son cartas manuscritas! Le llama la atención que una de ellas parece muy antigua.

CAPÍTULO 45

RESPUESTAS



Ordena las misivas por fechas, son tres:

La primera de ellas es de Jacinta, o Cinta, como la solían conocer. Era una carta muy breve, en ella hay una foto en blanco y negro de un bebé. Le informa de que ese bebé es su hijo, que merece saberlo, pero que no necesita nada de él. No quiere que los busque ni ninguna responsabilidad de su parte.

En la segunda de ellas, su supuesto hijo, Nicolás, le pide explicaciones sobre su comportamiento. Narra que en el lecho de muerte su madre le confesó que su supuesto padre, el que lo había criado toda su vida, en realidad no era su padre biológico. Con consternación, y juraría que, con un poco de vergüenza, le narró el calvario que sufrió cuando trabajaba bajo el mando de Ignacio.

Le dijo que este empezó con manoseos descuidados que parecían casuales y bienintencionados, ella se decía a sí misma que lo habría malinterpretado restándole importancia. Más tarde se convirtieron en un acoso palpable, no había posibilidad de equivocación, sin embargo, eran otros tiempos y debía mantener a su familia. Se calló. Se calló porque hasta cierto punto le habían enseñado que dejarse toquetear un poco no era nada malo, que los hombres a veces tenían las manos muy largas. Alguna palmadita en las nalgas, una mano en la pierna, guiñar un ojo o hacer algún comentario fuera de lugar u obsceno, era el pan de cada día para una chica agraciada de baja cuna y con mucho que perder. Le habían enseñado a ver, oír y callar. Y ella veía, oía y callaba. Debía proveer a su madre que se había quedado viuda y sus siete hermanos, la mayoría aún menores. Era la mayor y la responsabilidad de mantenerlos recaía sobre sus espaldas. La situación se fue tornando cada vez más violenta e incómoda. Temía ir a limpiar a su despacho, así que lo hacía cuando pensaba que estaba sola. Pronto se dio cuenta de que él buscaba esos encuentros y aparecía de imprevisto. La asediaba. Cuanto más se resistía parecía que más le gustaba a él:

—No vayas de mojigata ahora, niña, que lo más probable es que en el pueblo donde te criaste os revolcais por los pajares desde bien pequeños —le decía con sorna.

Ella se quedaba petrificada y no sabía cómo reaccionar como un pajarillo asustado que no sabía emprender el vuelo. Esperando que su pasividad y su cara de susto lo disuadieran. Pero no, cada vez quería más. Cada vez era más osado y agresivo. Como si el poder lo volviese ebrio. Muchas veces al ducharse podía apreciar moretones y rojeces, fruto de sus tocamientos cada vez más violentos.

Un día ya estaba acabando su jornada y se iba a casa. Ya no quedaba casi nadie en las oficinas. La acorraló en el pasillo y la metió en el cuarto de la limpieza. Cerró la puerta por dentro. Le dio miedo esa mirada, era como un depredador que tiene un objetivo muy claro en la cabeza. La empujó contra la pared con una violencia desmesurada para lo menudo de su cuerpo de veintitrés años. Intentó gritar y le tapó la boca con la mano con tanta fuerza que se le quedaron las marcas de sus dedos en el rostro. Le costaba respirar por la nariz como si fuera un pez fuera del agua y moviese su boca en un vano intento de coger aire. Sin embargo, él jadeaba como un perro que tiene hambre y anticipa su primer bocado cerca de la comida. Resollando y con las comisuras de los labios llevas de babas. Tardaría en olvidar aquel jadeo. Aquella mirada llena de lo que más tarde descubriría que era lujuria. Intentó forcejear y un puñetazo en la boca le quitó las ganas de defenderse. Le abrió el labio superior. La sangre tenía sabor a óxido. El dolor le nublaba la mente. Todo lo demás se volvió difuso como si no fuera su cuerpo y estuviera visionando una película donde la protagonista no fuera ella. Le dio la vuelta y la tiró al suelo, ya sin resistencia alguna, como si fuera una marioneta manejada por unos hilos invisibles aunque aquellos dedos tenían dueño. Le subió la falda hasta la cintura y le bajó las bragas de algodón, dejándolas colgadas en uno de sus tobillos, como una bandera de paz en tiempos de guerra. Le restregó su mano con aquella saliva repugnante y viscosa por su sexo. La penetró con fuerza, como el perro en celo que era. Cada embestida era una tortura hasta que la sangre de su himen lubricó su vagina, haciendo que Ignacio jadeara con más fuerza hasta que en un espasmo epiléptico descargó su semilla dentro de ella. Se quedó tumbado sobre su espalda. Su bufido se fue apagando al lado de su oreja, convirtiéndose en un soplo caliente. Aquel aliento llegó a su nariz, olía a coñac barato y a café recién molido. Sintió repugnancia y náuseas. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ignacio se levantó.

Oyó cómo se subía los pantalones y se abrochaba el cinturón. Oyó de forma irreal el tintineo del metal hasta que lo afianzó en la correa. Notó como le lanzó algo sobre las piernas y se fue. No se dignó en dirigirse a ella de nuevo.

Permaneció quieta unos instantes para asegurarse de que era verdad que ya no percibía su presencia. Vio un billete de cien pesetas en el suelo. Lo vio cuando tuvo valor de girarse y subirse la ropa interior. Sentía asco de sí misma. De pensar que de alguna forma ella hubiera

buscado que le pasara una cosa así, de que le hubiera dado algún tipo de indicio del que no era consciente. Se sintió sucia y mancillada. Había estado guardando su preciada flor para el día en el que conociera al amor de su vida, para su noche de bodas. Y ya no había marcha atrás, no podía recuperar ese momento, su mácula había desaparecido y era como si le hubiesen extirpado una parte de ella misma.

Su malestar psíquico le provocaba ardor de estómago y arcadas. Ese billete en el suelo era lo peor. Como si fuera una simple prostituta y se lo hubiera ganado por su trabajo. Eso era para él, un simple cuerpo donde desfogar su ira y su simiente.

No se pudo reprimir más. Vomitó en el frío suelo de cemento. Luego tuvo que recogerlo ella misma.

Después de todo, era una simple fregona.

De la más baja de las raleas.

Ahora sí que se sentía de ese modo, cuando siempre había ido con la cabeza muy alta creyéndose igual que las demás. Inocente de ella, había pensado que un trabajo no determinaba la valía de una persona, ni su honestidad, ni la belleza de sus actos. Pero le estaba quedando claro que invertir más recursos en la educación no impedía portarse como un miserable. Como la basura que ella recogía cada día de las papeleras. Eso es lo que era Ignacio. Así que, con todo el pesar de su corazón, se aseó como pudo, se enjugó las lágrimas, recogió el maldito billete del suelo y se lo metió en la cartera. No estaba para desperdiciar ese dinero, falta le iba a hacer. Ahora sí que se sentía como una vulgar fulana, aunque ni muerta le dejaría volver a repetir esa escena. Nunca volvería al día siguiente.

La tercera de las misivas también es de Nicolás y contiene amenazas de muerte. Está llena de odio y de rencor. Expone que si tiene la oportunidad acabará con su vida. Que lo MATARÁ como la RATA que es.

«Esta es la prueba que estaba esperando. MATAR A UNA RATA. Tan simple como matar a una rata, con matarratas».

Esperanza sube a su casa rezando para que nadie la vea salir de casa de Ignacio. Decide subir por el ascensor porque le cuesta respirar de la emoción y los nervios.

Ha trazado un plan, no cree que pueda dormir lo que le queda de noche.

CAPÍTULO 46

EL PLAN



A primera hora de la mañana, Esperanza se hace un café más cargado que un misil tierra-aire. Se lo toma sin esperar a que se enfríe y se achicharra el gaznate. No hay tiempo que perder. Va al supermercado donde trabaja Nicolás y hace un pedido para que se lo repartan esa misma tarde sobre las tres. Le comenta a su encargado que quiere que sea él quien se lo lleve a casa, que está muy contenta con el trato recibido. Está ansiosa, expectante, como si fuera la mañana de Navidad y el árbol estuviera repleto de paquetes brillantes y lazos. Cuando suena el timbre, lleva un rato deambulando por casa, temblando de pies a cabeza por si algo sale mal.

—Buenas tardes, señora Prieto. ¿Le dejo el pedido en la cocina como la otra vez?

—Sí, por favor, aunque hay unas cuantas cosas que me gustaría que me colocaras en el estante de arriba, no las utilizo y tengo miedo a que mis nietos las cojan por error y tengamos un problema. Y si me pudiera abrir un paquete, se lo agradecería infinito. Mis manos ya no tienen fuerza con la artritis. ¿Es mucha molestia?

—No, señora. No es ninguna molestia. Ya me dice qué es lo que quiere que coloque.

—Es usted muy amable. Se lo agradezco. Ahora se lo explico con más detalle.

Cuando Nicolás se va, Esperanza coge una escalerilla y unas bolsas herméticas de congelado. Se calza los guantes. Alcanza los objetos y los mete con cuidado dentro de ellas. Luego va a casa de Ignacio y sustituye los productos. Parece que su plan va tomando forma. Ahora debe ir a la policía. Ha repasado sus movimientos con precisión suiza, espera que todo salga como tiene pensado.

CAPÍTULO 47

LA CONFESIÓN



La agente López tarda quince minutos en recibirla. Esa mañana la comisaría está muy concurrida; por lo que puede ver, en agosto los delincuentes no se van de vacaciones.

—Buenas tardes, señora Prieto. Me alegro de ver que está mejor de salud. La última vez que la vi no tenía buen aspecto.

—Gracias, agente López. Por suerte, he salido de esta y puedo contarle. Tengo que hablar con usted de algo de vital importancia. Sé quién es el asesino de Ignacio.

—¿Cómo que asesino? Que yo sepa fue una muerte accidental, el forense expone en su autopsia que se fue envenenando al ingerir el matarratas. ¿Me he perdido algo?

—Siéntese, tengo muchas cosas que contarle.

Esperanza le narra cómo manipuló la escena del crimen, por un impulso de hacer justicia. Le advirtieron que debido a su enfermedad podría comportarse de forma irreflexiva y sin atenerse a las consecuencias, pero cree que era lo que debía hacer en ese momento. Le explica lo acontecido en las últimas horas y la carta de amenazas de muerte que ha encontrado en la mesa de juego.

—Sabe que es muy grave lo que ha hecho, ¿verdad, señora Prieto? Puede tener consecuencias penales.

—Puede que sí, pero es que vi a Ignacio en ese estado con la sangre que salía por su boca y yo...

Esperanza no puede seguir hablando, presa del llanto, refugia su cara entre sus manos como si fueran un escudo protector. Su mundo se desmorona, no sabe si ha ido demasiado lejos en su idea de ser una detective y resolver el misterio, pero está convencida de que valía la pena. Por si fuera poco, va a entregarle solo parte de las cartas que implican a Nicolás como responsable del crimen de su supuesto padre.

—Tengo que enseñarle una cosa —explica, hipando, mientras saca una bolsa de plástico de su

bolso que contiene la tercera misiva de Nicolás, la que contiene amenazas de muerte.

»Es una carta que he encontrado en casa de Ignacio. Me dijo que sospechaba de que alguien le seguía y que temía por su vida. No quise creerle en ese momento y me siento muy culpable por ello. Luego fui a su casa y lo vi muerto y no sé en qué estaba pensando... Solo supe que tenía que hacerle justicia. Le había fallado como amiga.

La agente López se pone unos guantes y recoge la carta que está desplegada en el sobre y se puede leer desde fuera. Su frente se va frunciendo a medida que lee el papel. La va mirando con detenimiento y Esperanza tiene la sensación de que la relee un par de veces.

—¿Qué más tiene? Si ha estado husmeando en la escena del *crimen* —dice, entrecomillando la palabra con los dedos— debería tener pruebas de ello, ¿o me equivoco? Quizá si colabora con nosotros las consecuencias sean más leves.

—No, no se equivoca. Tengo muchas fotos de ese día. —Esperanza busca en la galería las imágenes y se le revuelve el estómago cuando las encuentra—. No las había mirado desde ese momento. Son demasiado hirientes para ella, una cosa es ver documentales y cadáveres de desconocidos en su trabajo. Pero aquellas instantáneas de Ignacio en el linóleo de la cocina no se le quitan de la cabeza. Recordarle su mortalidad y lo cerca que estaba de ella. Descubrir que sentía más por él de lo que se imaginaba. Tener sentimientos encontrados sobre si fue verdad que violó a aquella pobre chica o no.

No. Descarta esa imagen de la mente. Ese no es el concepto de Ignacio que quiere recordar. Nunca vio un solo indicio de que fuera un monstruo.

«Tengo una gran intuición con las personas y nunca me equivoco con ellas. Es imposible que fuese un depredador sexual y lo tuviera oculto todos estos años. Aunque es cierto que en los perfiles de los psicópatas la gran mayoría se refugian bajo una máscara de normalidad y nadie los descubre nunca. ¿Pero Ignacio? ¿Mi Ignacio? ¡No, no puede ser verdad!», reflexiona.

Le pasa el móvil a la agente López y esta empieza a deslizar el dedo por las fotos de la escena. Va moviendo los dedos por la pantalla en lo que sin duda es un gesto de ampliar en detalle. Tiene cara de concentración, como si su mirada pudiera trasladarse a aquella cocina de forma instantánea en un viaje en el tiempo. El ceño fruncido y los labios apretados, los ojos marrones como las ranuras de un buzón de correos mientras asiente y niega con la cabeza de forma continua. La policía está mucho rato inmersa en esta tarea, que son escasos cinco minutos, pero que para Esperanza se convierten en una eternidad.

Tiene miedo de las repercusiones, sí, pero más son sus ganas de detener al culpable y que no se salga con la suya. Pero ¿y si se entera la agente López de que le sigue ocultando y amañando pruebas? Le sudan las manos. Tiene que enjugárselas con los laterales de la falda una y otra vez con disimulo. Decide que la recompensa de detener al culpable, aún con malas artes, vale la pena el riesgo.

—Tengo que requisar el móvil y analizar todo su contenido. Valga decir que vamos a tener que volver a analizar toda la escena desde otra perspectiva. Estoy decepcionada y sorprendida de forma negativa por su comportamiento, no me lo esperaba de usted. Tenía otra concepción de cómo era. Ha estado muy mal lo que has hecho, Esperanza —la llama por su nombre de pila por primera y última vez desde que se conocen. Hay pesar en sus palabras, pero también una dura reprimenda.

Esperanza se siente otra vez emigrar a su infancia cuando su profesor le pegaba con la regla en la punta de los dedos. Aquellas palabras le golpean con igual fuerza. Sus labios tiemblan y tiene que hacer verdaderos esfuerzos para digerir todo lo que le está diciendo. Reprime el llanto.

—Lo sé. —Baja la cabeza y elimina de sus ojos la mirada opresora de la agente López que la incita a contarle las mentiras y secretos que oculta desde su niñez.

Recuerda un día que estaba con su madre en una tienda de ultramarinos comprando. Su madre dejaba algunas cosas a fiar, apuntadas de forma metódica por la dependienta en una libretilla con goma. En esta ocasión venían a pagar para aligerar los adeudos, pero también para comprar más alimentos. Su madre miraba las pesetas de su monedero con esperanza como si se pudieran reproducir como los panes y los peces. Pero nada de eso ocurrió.

—Ya sabe que con esto cubre solo una parte muy pequeña de lo que debe, doña Catalina. Pronto no podré fiarla.

—Niña, sé buena, por favor, me pondré al día. Ya sabes que Prudencio está un poco pachucho y no ha *podío* trabajar desde hace semanas. En cuanto mejore, ya nos pondremos al día en las cuentas.

—Eso me dijo hace unos meses, doña Catalina. Mi padre ya me ha advertido que no puedo darle más carrete.

—Ten un poco de compasión, chiquilla. Tengo ocho bocas que alimentar, estoy sirviendo en tres casas y coso por las noches *pa* los señoritos. Casi ni duermo, tengo los ojos más cansados que un perro en pleno agosto tumbado a la sombra. Sé buena.

—No puedo y de verdad, lo siento. Sé que es buena gente. Le doy un par de meses, eso es todo, doña Catalina. La vaca ya no puede dar más leche. Si no se pone al día, no puedo hacer nada.

La pequeña Esperanza aprovecha la discusión para afanar un par de caramelos del bote de cristal del mostrador. No es la primera vez que lo hace, pero es la primera vez que la pillan.

—Lo que me faltaba por ver. No solo miserables, sino ladrones.

—¿De qué estás hablando, Tere? Somos pobres, pero *honraos*.

—Pues la descarada de tu hija me acaba de robar unos caramelos del bote. La acabo de ver cómo se los escondía.

—¿Mi Espe? ¡No puede ser! —dijo, girándose hacia ella y cogiéndola con fuerza de los

brazos—. ¡Dime que es una mentira! Que tu madre no te ha *educado* para ser una ladronzuela. ¡Enséñame las manos!

La pequeña Esperanza negaba con la cabeza. Tenía los puños tan apretados que se le quedaron las uñas clavadas en las palmas como medialunas ensangrentadas. Su madre tuvo que abrirle los dedos con fuerza, como si quisiera coger la perla de una ostra cerrada con determinación. Al final, lo consiguió pese a la resistencia de la niña, los caramelos estaban en su mano izquierda. Delatores y deliciosos. La pequeña Esperanza no vio venir la bofetada de su madre. Era la primera vez que le pegaba. Le dio con tanta fuerza que le giró la cabeza como un barco en plena tempestad azotado por las bravas olas. Pero la vergüenza que vio en sus ojos y la decepción le dolieron más que mil réplicas de aquel tortazo. La adulta Esperanza sintió en aquel momento otra mirada acusadora que se clavaba en ella. Y esta vez tenía que hacerle frente, no había caramelos escondidos, pero tenía mucho que confesar.

—Tengo que contarle más cosas, agente López, conozco al asesino.

CAPÍTULO 48

EL CASO



—¿Cómo que lo conoce? —pregunta la agente López con verdadero interés.

—Ignacio me confesó hace unos meses que tenía miedo. Que se sentía vigilado y que alguien lo seguía. No le creí. Y de esta decisión me arrepentiré toda la vida. Tal vez hubiera podido evitar su muerte. —Aprieta los puños con tanta fuerza que vuelve a dejar las medialunas ensangrentadas en las palmas de sus manos, como si aún aferrara los caramelos.

—Si algo he aprendido todos estos años de servicio, señora Prieto —dice, volviendo a la formalidad que le exige su cargo—, es que la muerte es caprichosa y tiene mil vías para llegar a una persona. No se culpe por el pasado, el pasado es inevitable. Lo que importa es el ahora. Siga, por favor.

—Hace unos días, el día del entierro de Ignacio, vi a una persona desconocida merodeando y, como siempre dicen que hay que estar alerta por si el asesino vuelve, estuve ojo avizor. Escuché como un hombre estaba despotricando amenazas y palabras de odio. Lo seguí. Tiró un papel entre unos arbustos y días después lo recogí.

—¿Cómo que lo siguió? ¿Y para qué está la policía? ¿Y en ese o en algún otro momento no podía haberme llamado, señora Prieto? Ya tiene una edad para ser tan impulsiva e imprudente. ¿No ve que podría haberle ocurrido algo?

—Lo sé, pero tenía que hacer algo, se lo debía a Ignacio. Pues eso. Lo seguí y vi que entraba en el supermercado del barrio. Lo esperé fuera, dentro del coche. Unos veinte minutos después, vi que salía con el uniforme distintivo del comercio. Montó la carga en una furgoneta y salió. Era el repartidor. En ese momento, caí en la cuenta. Por eso me era familiar, en una ocasión lo vi salir de casa de Ignacio con una carretilla vacía después de subir la compra. Tuvo la oportunidad de envenenarlo con el raticida. Sé que es él.

—No me estará mintiendo de nuevo, señora Prieto.

—No —dice, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no bajar la mirada—. Además, hace

unos días lo vi husmeando en la portería. Miraba los membretes de los buzones.

—¡Normal, si es repartidor! ¿No lo ha pensado?

—Claro que lo he pensado, hasta el más nimio de los detalles. No llevaba compra ni carretilla ni nada. Solo fisgoneaba buscando algo. No sé qué era.

—¿Y qué tiró entre los arbustos? ¿Lo trae también?

—No se le escapa nada, agente. Aquí lo tiene —dice, sacando la esquila de su bolso en una bolsa de plástico.

—Veamos —dice, inspeccionando el papel con interés—. Es otra amenaza de muerte y, por lo que veo, coincide con la letra de la carta. Tendrá que analizarlo un grafólogo.

—Tengo la absoluta certeza de que es la misma letra, agente.

—Pronto lo averiguaremos. Tenemos que dar con él para interrogarlo. Me quedo su teléfono y las pruebas que ha traído: la carta y la esquila. Tendremos que volver a revisar toda la escena, que ahora puede ser del crimen. Si me la juega de nuevo, Esperanza, no tendrá más oportunidades, lo sabe, ¿verdad? Directita a la cárcel.

—Lo sé. Lo sé. No hace falta que me lo repita. Que soy vieja, pero mi cabeza aún riega. De momento. Hace unos días sufrí otro ictus, no tan fuerte como el que me dejó con una minusvalía.

—Lamento oír eso, señora Prieto. ¿Está bien?

—Sí, creo que sí y rezo para que no se repita. —Se santigua y toca la mesa de madera con la punta de los dedos—. La causa es el estrés de todo lo que ha pasado últimamente.

—Pues ya es hora de que se eche a un lado y deje el trabajo a los profesionales. Nada de hacer de Jessica Fletcher por la comunidad. Al menor indicio de algo raro, me llama, ¿entendido?

—¡Que sí! ¡Que sí! Que ya me ha quedado claro —dice irritada ante tanta reprimenda.

—Espero que me haga caso esta vez, señora Prieto. —Se pone en pie, ofreciéndole la mano para estrecharla—. Cuídese, hágame el favor. Si el señor Quintana ha sido asesinado, no le quepa ninguna duda de que atraparemos a quien lo haya hecho.

—A Nicolás querrá decir.

—Eso habrá que probarlo.

—¿Cómo? ¿No lo va a detener? Yo ya le he dado material con el que hacerlo.

—Lo haremos a su debido tiempo. Déjenos trabajar, señora Prieto. No hace falta que me diga cómo hacer mi trabajo. Buenos días —zanja la conversación con brusquedad.

Esperanza sale furiosa del despacho de la agente López. Está roja de rabia. Se muerde el labio inferior hasta hacerse sangre. Camina todo lo deprisa que su cuerpo renqueante le deja hacerlo hasta salir de comisaría.

CAPÍTULO 49

NELSON



La agente López está molesta con la actuación de la señora Prieto. Tendrá que explicarle a su jefe el giro que ha dado una investigación que ya estaba concluida y habrá que volver a revisarlo todo. «¡Maldita testaruda!», piensa con una risita. En el fondo siente una profunda admiración por ella. Por su determinación y su resiliencia. Por su afán de seguir adelante con un objetivo claro. «Hubiera sido sin duda una detective cojonuda. Podría darle lecciones a más de un policía *comedonuts* que se limitan a cubrir su expediente y cobrar la nómina a fin de mes», cavila, cogiendo el teléfono y marcando la tecla exacta de la memoria para comenzar a explicarlo todo, o casi todo. Sabe que ocultar algunas de las cosas que le ha contado puede suponer un problema, pero se justifica que ocultar información no es mentir.

—Teniente Gil. Tenemos indicios suficientes para reabrir el caso de Ignacio Quintana. No fue una muerte accidental como creímos saber, sino un homicidio. Tendría que volver a analizar la escena del crimen. Quedamos en una hora y se lo explico todo.

La agente López espera en el umbral de la puerta de la casa de Ignacio; han vuelto a su domicilio por decisión judicial. Se arranca las cutículas de los dedos con los dientes y las escupe en el suelo. Es una costumbre muy fea, lo sabe, pero no puede evitarlo cuando está nerviosa. Tiene unos dedos horribles y la gente le mira cuando va a hacer la compra y enseña la tarjeta en el mostrador. Parecen un queso de Gruyère que además ha sido mordisqueado por un ratoncito con apetito voraz.

La policía científica sale del piso con sus maletines. Saludan con la cabeza a la agente López. En unas horas tendrán los resultados de la nueva investigación. La jueza está muy molesta con todo este tema. No le gusta quedar mal con la opinión pública y confundir un asesinato con una

muerte accidental no es plato de buen gusto. La agente López se ha ganado una buena reprimenda cuando le ha dicho que la testigo que ha aportado las pruebas es anónima. Ahora es momento de conocer a Nicolás, lo tiene retenido en la sala de interrogatorios, macerando en su cerebro qué es lo que hace allí y por qué está desde hace más de tres horas en aquel lugar. Le han tomado las huellas y las van a cotejar con las encontradas en el matarratas y en la caja de cereales. Tiene que tener una base sólida para preparar el caso, no quiere cagarla de nuevo. La jueza la colgaría de los ovarios, si eso fuera posible.

Llega a comisaría y observa al sospechoso desde la sala de vigilancia detrás de un falso espejo.

—Hola, López. Lleva más de media hora dando vueltas por la sala; si fuera un hámster, estaría dando vueltas a la rueda. Está muy nervioso. Ha chillado y está a un paso de aporrear la puerta.

—Le daré una horita más y voy al ataque. ¿Entras conmigo, Nelson? ¿Poli bueno y poli malo?

—Poli malo y poli peor, como en los viejos tiempos. Si ese imbécil ha matado al anciano como a una rata, va a confesar como que me llamo Nelson.

—Espero que te equivoques, payaso. No te llamas Nelson, no sé si es que no te acuerdas. Te apodamos así porque te pareces a Mandela, pero más feo. —Le pega un calmante cariñoso en el hombro, riendo y guiñándole el ojo con un gesto pícaro que solo se consigue con horas de guardia, camaradería y respeto mutuo.

Nelson se pone rojo, pero no se le aprecia en la piel. Su tez es negra. Hace un gesto característico en él, se frota la cabeza rapada con la mano como si fuese la barriga de un buda. Sabe encajar las bromas y se ríe con una risa gutural y profunda digna de un cantante de *jazz*.

—Ahí me pillaste, blanquita, ya te la devolveré, ya. Y eso de que los blancos no saben meterla... —Se palmea las piernas y encorva la espalda mientras se ríe de forma escandalosa.

—Las bromas de negros solo te hacen gracia a ti, negrata —dice de forma cariñosa—. ¿Sabes qué? No me apetece esperar una hora más para desplumar a esa gallina. ¿Vamos, compañero? Si es culpable, quiero saberlo ya.

—¿Me has llamado negrata, blanquita? Te voy a denunciar por discriminación racial. —Se pone serio.

—¡Venga, va, que no te lo crees ni tú! ¡Que eres más falso que Milli Vanilli! ¡Tira para dentro!

Nelson le sonríe con los ojos.

Se dirigen, cambiando la postura de su cuerpo y poniéndose serios. Como si se hubiesen puesto una máscara y fueran otras personas muy distintas a las que habían charlado de forma animosa hace tan solo unos segundos. Abren la puerta y el sospechoso está sentado en la silla, con la cara entre las manos. Cuando entran en la sala, se levanta nervioso y los mira desafiante.

—¿Quieren decirme de una vez qué estoy haciendo aquí? Nadie me explica nada —chilla preso de la ira.

—Aquí las preguntas no las hace usted, señor Álvarez. Aquí las preguntas las hacemos nosotros. Así que haga el favor de sentarse y callar hasta que le preguntemos, ¿le ha quedado claro? —dice Nelson con frialdad.

La agente López no pestañea por miedo a reírse. Le encanta cuando Nelson va de tipo duro, cuando en el fondo salta como un colegial cuando ve una araña.

—¿Dónde estuvo el lunes cinco de agosto, señor Álvarez? —pregunta la agente López, ojeándolo como si su mirada pudiera atravesar un diamante.

—¡En el Bingo! ¡Pues yo que sé dónde estuve! ¿Se refiere a la mañana, la tarde, la noche o de madrugada? El abanico es muy amplio. ¿A qué hora me pregunta? —dice con sorna y moviendo la cabeza como si fuera un perro de los que se colocan en el salpicadero del coche.

—Se le acusa de asesinato, señor Álvarez, es una acusación muy seria, yo no bromearía de ser usted —dice Nelson, interviniendo en la conversación.

—¿Está de coña? ¿Asesinato? ¿Asesinar a quién? Es broma, ¿no? ¡Díganme dónde está la cámara oculta!

—No se bromea con la muerte de una persona. Ignacio Quintana, ¿le suena el nombre? —La agente López se esfuerza por mantener la compostura. Su actitud chulesca y desafiante le sacan de quicio y tiene que hacer verdaderos esfuerzos por mantener la calma. No le gusta ese tipo, tiene algo turbio en la mirada, no sabe de qué se trata, pero no le agrada.

—¿Esa rata? ¿Asesinado? Pues si le digo la verdad, me alegré cuando me dijeron que la había palmado, pero yo no tengo nada que ver con su muerte. Allá donde esté, probablemente en el infierno, estará codeándose con el mismísimo demonio. —Se sacude las manos delante del pecho como si fueran dos mariposas en pleno cortejo.

—Aún espero a que me diga dónde estaba el cinco de agosto, señor Álvarez.

—No le sé decir. Creo recordar que ese día me encontraba mal y salí antes del trabajo.

—¿Alguien puede corroborar su coartada? —insiste el agente Nelson.

—No. Vivo solo y estuve todo el día en la cama. No creo que me encontrase a nadie en la escalera y si me la crucé, no lo recuerdo.

—Pues tenemos un problema, y gordo. Eso y nada es lo mismo —dice la agente López—. A no ser que haya alguien que respalde esta versión, es solo su palabra.

—El problema lo tengo yo, no usted, agente. Si se me acusa de asesinato y no tengo coartada, lo tengo un poco crudo. He visto demasiadas películas para darme cuenta de que estoy en un marrón —rebaja el tono y va asimilando confuso la realidad de la situación—. Ahora ya no quiero hablar hasta que esté en presencia de mi abogado. Tengo derecho a una llamada, ¿no?

—Lo que usted decida. Pero si no colabora con nosotros, pensaremos que tiene algo que

ocultar, señor Álvarez. —El agente Nelson apoya las manos sobre la mesa y alza su musculado cuerpo.

—No tengo nada que esconder. —Le desafía con la mirada.

—¿Y qué le parece esto? —dice la agente López, dejando una copia de la carta manuscrita que le ha entregado Esperanza y pasándola por encima de la mesa.

—¿Qué demonios es est...? —dice Nicolás, sin terminar de exponer la pregunta. Se da cuenta de sobra de lo que es y de dónde la han sacado. Recuerda aquella carta y sabe que si la han leído está en un buen lío. Odia a Ignacio desde lo más profundo de su ser. Pensar en él le provoca un reflujo biliar, es un sentimiento físico, como oler un cadáver en estado de putrefacción—. Recuerdo esa carta, palabra por palabra, y no me arrepiento de nada de lo que pone allí. Ese hijo de puta violó a mi madre. No es mi padre ni nunca lo será, solo vertió su esperma dentro de su víctima y el resultado de esa abominable violación soy yo.

—¿Su madre? ¿Cómo lo localizó? —pregunta la agente López.

—Supongo que si ha leído la carta, lo sabrá. O por lo menos parte de la historia. En el lecho de muerte, mi madre me mencionó mi procedencia: el que yo había creído tantos años mi padre, biológicamente no lo era. Me dijo dónde encontrar unas cartas que había estado guardando con temor a que después de su muerte las descubriera. Mi padre había muerto años atrás y sabía que cuando registrara los papeles de su casa lo encontraría. Antes de que destapase la cruda verdad, quería explicarmela por su boca. Fue tan doloroso ver a mi madre recordar toda aquella barbaridad... Se sentía tan avergonzada de que le hubiera sucedido una cosa así, como si tuviera la culpa de ser la víctima. Tuvo que huir al quedarse embarazada para que la sociedad no la juzgara como madre soltera. Luego conoció a mi padre, no dudó en casarse con ella y darme su apellido, como si de su hijo legítimo se tratara. Tras la muerte de mi madre, revolví toda la casa, frustrado de dolor y de ira. Me apena que uno de los últimos recuerdos de mi madre, en su delirio, fuera esa violación. Fue horrible verla llorar y estar destrozada de tanto sufrimiento. Yo me perturbé, no dormía, no comía, solo buscaba día y noche aquellas malditas cartas que narraban cómo unos insignificantes minutos en el cómputo de una vida decidieron y marcaron tanto. Ese miserable se desentendía de su acción y decía que ella era una vulgar mujerzuela y que a saber si el hijo era suyo. Que a saber con cuántos fulanos se había acostado al mismo tiempo que lo hizo con él. Que era una fresca y que se había insinuado a él en más de una ocasión. Me hervía la sangre. Cobré la herencia de mi madre y me vine a esta ciudad. Quería ver qué clase de cerdo se había atrevido a hacerle aquello a mi madre. Quería acercarme más y más a él y hacerle el máximo daño posible, es cierto. Quería saber qué clase de monstruo era.

»Y lo que tuve oportunidad de conocer fue un viejo decrepito con olor a naftalina que parecía no haber roto un plato en toda su vida. No parecía la misma persona que mi mente había creado, incluso parecía un hombre cariñoso y amable. Luego pensé en los campos de concentración nazis

y en aquellos hombres que gaseaban a los judíos en las duchas y luego se iban a arropar a sus hijos a la cama. La clase de bestias que pueden cometer los actos más deleznales y luego dormir con la conciencia bien tranquila por las noches. Quise saber si había un monstruo allá dentro y por ello me hice repartidor de la tienda que él frecuentaba. Para destruir a tu enemigo, primero debes conocerlo. Lo odiaba como jamás he odiado a nadie en mi vida; mi propia vida se convirtió en una obsesión que me estaba consumiendo como una cerilla. Pero a pesar de ello, yo no le maté. Yo no lo hice.

El ambiente estaba bastante caldeado, las rejillas de ventilación del techo estaban obstruidas por el polvo y hacían un ruido irregular carente de ritmo al mover los carteles de la pared que advertían sobre las normas de conducta. Nicolás estaba anímicamente agotado tras la exposición de sus recuerdos y tenía las manos aprisionando sus sienes como un cepo de un cazador envuelve a su presa. Sollozaba, aunque intentaba a toda costa no ser oído.

El silencio se rompe al sonar la melodía del tono de móvil de la agente López. Quizás es una canción demasiado alegre para el momento que están viviendo. Pero ha avisado al laboratorio que cuando tengan los resultados de las huellas dactilares le avisen de inmediato. Coinciden. Las impresiones digitales de la caja de cereales y de matarratas coinciden con las de Nicolás. No cabe la más mínima duda.

CAPÍTULO 50

LA PRIMERA NOCHE



La orden del juez no tarda en llegar, las pruebas son demasiado evidentes como para decretar prisión provisional a la espera de juicio: las cartas de amenazas, la esquila y los paquetes de cereales y matarratas con las huellas de Nicolás. Esperanza los había «colocado» en la escena del crimen después de que el repartidor los emplazara en los armarios de su cocina en el segundo pedido. Su plan había resultado.

Nicolás llora toda la noche en su celda a los gritos de «tenemos un culito nuevo muy apetecible» y «no llores, maricon de mierda, que no me dejas dormir». Nunca pensó que su obsesión le llevaría tan lejos, pero era superior a su raciocinio.

Se muerde en el antebrazo, tan fuerte que se hace sangre y se deja la marca de su dentadura en la carne, haciendo compañía a múltiples marcas en diferentes estados de curación. Algunas más viejas de lo que recuerda su memoria. No puede dominar esas compulsiones como un adicto al fentanilo en busca de su dosis. El dolor físico le alivia el dolor mental. Se ha estado autolesionando desde hace cinco años, desde que su madre murió y la sed de venganza se hacía cada vez más fuerte y enfermiza nublando cualquier propósito en la vida que no fuera hacerle pagar a Ignacio su afrenta.

Apenas puede dormir nada aquella primera noche.

El carcelero le explica que tiene una petición de visita de Esperanza Prieto. Por un momento, no sabe quién es y casi le pregunta que si era para él o se estaba equivocando de persona. No tiene familia ni pareja ni amigos, sus compañeros de trabajo eran solo eso, compañeros, sin querer brindarles oportunidades para intimar un poco más. Una triste vida dedicada a rastrear e intentar acercarse a una persona con el único propósito de hacerle la existencia una pesadilla. De calmar su sed de venganza.

Lo seguía a la menor ocasión, escondido entre las sombras, le dejaba notas por debajo de la puerta y en el buzón, lo llamaba una y otra vez por teléfono. Era un acosador implacable que

llamaba y colgaba hasta tal punto de que muchas noches, Ignacio descolgaba el auricular ante la imposibilidad de pegar ojo.

Quería que tuviera tanto miedo como lo había tenido su madre.

Quería que pagase, que pagase todo lo que le había hecho.

Quería recuperar el amor de su madre, pero sabía que era imposible. Con los años, se había vuelto más retraída, más arisca con él y menos cariñosa. A medida que iba creciendo. Lo despreciaba y luego reculaba intentando desmadejar esta conducta impropia de una madre.

Recuerda el primer día que fue a casa de Ignacio a repartirle un pedido, donde casi sufre un desmayo al ver sus fotos de joven en los marcos del recibidor. Entonces entendió y pudo comprender que su madre lo quería y lo odiaba al mismo tiempo: la genética no mentía, era clavado al monstruo de su padre.

La misma constitución, idéntica forma de la cara y mandíbula. Misma mirada. Y, a pesar de que Nicolás ve tan evidente que son idénticos, el viejo no parece percatarse de esa conexión. Siente rabia e indignación de que una vez más aquella alimaña no preste atención a la vida que explota ante sus narices.

No sabe qué esperaba, tal vez era demasiado pensar una respuesta como: «¡eres igualito a mí! ¿No serás mi hijo?», pero en lo más profundo de su conciencia quiso anticipar que hubiera tal reconocimiento.

Pero aquel viejo demonio se limitó a sonreír y agradecerle su trabajo. Lo que más le molestó es que antes de que se marchase de aquella casa, Ignacio echó mano a su cartera y le dijo:

—Toma cinco euros, chico. Gracias por tu trabajo.

Aquel billete.

Aquel puto billete es lo que desató su ira.

Cuando encontró las cartas de su madre estaba el billete de cien pesetas. Arrugado y desgastado en las dobleces. Su madre nunca lo había gastado. Nicolás cree que querría conservar su dignidad y emplear aquel dinero en cualquier transacción le hubiera confirmado el valor de aquel papel. Y ella no quería concederle tal importancia. Si lo hubiera utilizado, se hubiera convertido en una prostituta que habría cobrado por su servicio.

CAPÍTULO 51

LA VISITA



Casi un mes después, tras mucha burocracia carcelaria para poder conseguir un permiso de visitas, Esperanza espera en una sala. Una especie de locutorio acristalado. La han cacheado y se ha sentido un poco intimidada. No le gusta que la toquen, que invadan su cuerpo lisiado.

Está muy nerviosa por enfrentarse a Nicolás. Ha tenido un mes entero para llenarse de odio y de elucubraciones llenas de bilis ácida. Le repugna aquella persona aparentemente tan normal y amable cuando sabe que en su interior es un monstruo que ha estado envenenando de forma retirada a su amigo. Cree que cada vez que Ignacio hacía un pedido, Nicolás se encargaba de agregarle unas grageas de matarratas a los cereales. Tenía que haber sido de ese modo y va a intentar hacerle confesar que ha sido él quien ha matado a su amigo. Está excitada y nerviosa de estar en aquel lugar, no es como imaginaba que sería por las películas, pero es bastante fiel a la idea que se había hecho de ella. Se abre la puerta y aparece Nicolás. Lo acompaña el funcionario que se retira, pero que observa desde la distancia.

—Hola, señora Prieto —dice con emoción, hablando por el teléfono del habitáculo. Agradece que aquella mujer a la que apenas ha visto un par de veces se haya tomado la molestia de ir a visitarlo, como si fuese su abuela adoptiva. Está tan falto de cariño en ese lugar que todo sentimiento positivo lo agarra con entusiasmo.

—Buenos días, Nicolás.

—¿Qué le trae por aquí? ¿Cómo es que ha venido a visitarme?

—Pues la verdad es que me enteré de lo que había pasado y tenía que verte y hablar contigo. Ignacio era un buen amigo mío. No puedo creer que le hicieras lo que le hiciste. Yo misma te he dejado entrar en mi casa. ¡Todo por el maldito dinero de la herencia y la paternidad! ¿Cómo has podido hacerle eso?

—No sé qué es lo que cree que he hecho. Pero yo no lo maté, aunque tengo que confesarle, si soy franco, que me alegro que esa rata esté muerta. Se lo merecía. No deberían existir personas

como él en este mundo.

—Sé lo que has hecho. A mí no me engañas con esa carita de no haber roto un plato en tu vida. Eres malvado, hacerle eso a tu padre...

—No vuelva a decir eso.

—¿El qué? ¿Que eres malvado?

—No, que ese cabrón era mi padre. Puede que fruto de una violación me engendrara a la fuerza, pero eso no lo convierte en mi padre. Un padre es el que te da un beso de buenas noches y te arroja en la cama. El que te viene a ver a los partidos de fútbol, te anima a pesar de que seas el peor jugador de la historia y solo ganes rascadas en las rodillas.

»Mi padre murió hace unos años y fue la mejor persona que me puedo imaginar, a pesar de no ser de su sangre. Ignacio no era nadie, salvo un hijo de puta. Bueno, en realidad su madre no tiene la culpa de haber engendrado a un ser despreciable como él. Como yo no la tengo. Reitero lo dicho, me alegro de que esté dentro de un hoyo y que las alimañas se alimenten de su carne, pero yo no tengo nada que ver con su muerte.

—¿Qué ibas a decir? ¿Que fuiste tú? —levanta la voz y lo mira con asco—. Las ratas como tú eluden la responsabilidad de sus actos. Raramente reconocen que son culpables. He leído la demanda de paternidad, tienes todos los motivos para quererlo muerto: odio, dinero y venganza. Un trío de argumentos muy convincente para cualquier tribunal.

—No tengo por qué convencerla de mi inocencia, señora Prieto. Yo sé qué es lo que hice o dejé de hacer. ¿Que lo perseguía y acosaba? Ciertamente. ¿Que quería su dinero y que asumiera su culpa? Ciertamente. ¿Que lo odiaba tanto que quería verlo muerto? Ciertamente de nuevo. Pero yo no lo maté. A estas alturas de la película no tendría ningún problema en reconocerlo. Ya estoy en la cárcel y hay pruebas suficientes para mantenerme entre rejas un par de décadas. La verdad es que no tengo forma de demostrar que no fui yo. Pero no fui yo. No sé por qué es tan importante para mí que usted me crea, pero veo la decepción y el odio en sus ojos y es más de lo que mi conciencia puede soportar. Me recuerda a mi abuela y es como si me hubiera atrapado robándole la pensión una vez fallecida. No soporto esa mirada de reprobación.

—Si te miro así es porque me das náuseas. Eres un mierda. Yo le quería, ¿sabes? He tardado en darme cuenta y es la primera vez que lo verbalizo. Pero era una persona maravillosa, amable, atenta, cariñosa. Nada que ver con la persona que describes en tus fantasías. ¿Estás seguro de que violó a tu madre? ¿O sintió tanta vergüenza de ofrecerse a él como una vulgar ramera que se inventó semejante patraña?

—No le permito hablar así de mi madre. —La mira de forma escrutadora como si las palabras fueran puñales afilados que tiene que sondear.

—Francamente, me importa cinco pitos lo que me permitas. Tú no me mandas lo que debo hacer. Y ahora me voy. No soporto mirarte a la cara ni un minuto más.

Esperanza se levanta y se tambalea. Recupera la compostura como puede para no darle la satisfacción de verla como una minusválida. Esta conversación le ha removido las entrañas y se ha puesto a la defensiva. La primera regla de una buena defensa es el ataque. Por eso ha sido tan cruel con él. Porque ha sembrado la semilla de la duda con su relato, muy a su pesar. Oír de sus labios como Ignacio presuntamente «violó» a su madre con esa férrea convicción ha tambaleado sus cimientos. Como una torre de naipes que ante la más mínima ráfaga de aire se desploman. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si lo que contó su madre era cierto? NO. Niega con la cabeza. Si violara a tu madre semejante alimaña, no querrías que se reconociera que eres su hijo, no pondrías una demanda de paternidad y en absoluto querrías saber nada de su dinero. No, querrías verlo muerto.

Además, le ha parecido ver sinceridad en su cara de sorpresa al negar de forma reiterada que era él quien la había amenazado para que dejara de husmear y le había enviado los anónimos. Aunque se convence de que debe ser muy buen actor y que tendría preparada su estrategia hace casi un mes cuando se enteró que había cursado una petición de autorizarla como visita. No, ha decidido por anticipado no creer nada de lo que aquel tipejo le dijese para cubrir su conciencia.

Sale de la cárcel con el convencimiento de que no va a verlo nunca más. No se merece tener a alguien que se interese por él, aunque sea para repudiarlo. Sabe que cualquier cambio en la rutina de aquellas personas es todo un acontecimiento. Y quiere que sufra y pague por lo que ha hecho. Desearía verlo muerto, pero eso está en manos de Dios. Ojalá todas sus oraciones se cumplieran y lo pelaran allí dentro.

CAPÍTULO 52

LA DESPEDIDA



Esperanza camina despacio hasta un lugar que ha evitado visitar a toda costa. La tierra está húmeda debido a la lluvia de la noche. Casi cae en el camino de cemento que está resbaladizo. Las flores están marchitas y los jarrones que las contienen anegados de agua por la precipitación. Siente un escalofrío en su piel y se le ponen los pelos de punta. Piensa que será que han bajado las temperaturas, pero sabe que no es ese el motivo de las emociones que la embargan.

—Hola, Ignacio. Esta ha sido la última partida que jugamos, amigo. Tú estás muerto, pero la reina negra ha hecho justicia. Me alegro de que no estés aquí para darte cuenta de la maldad humana. Tú que presumías de la bondad inherente en las personas y mírate. Asesinado por tu propio hijo. Pero si he venido hasta aquí es para decirte algo, antes de que la cobardía se trague mis palabras y las encierre en el olvido. Tengo que confesarte que te amo. Y me siento muy culpable por estos sentimientos, por traicionar a Ramón de algún modo. Pero no puedo negar lo que siente mi corazón. Y es amor, aunque todos estos años lo disfrazase de amistad, en el fondo lo sabía. Tengo que reconocer que te quiero, aunque seas un tramposo. Una cosa no quita la otra. — Sonríe con amargura.

Saca un pañuelo de tela del bolso, uno de los que utilizaba Ramón, y lo extiende sobre la losa de mármol. Se agacha con dificultad y se sienta. Sabe que tendrá problemas para levantarse de nuevo, pero decide hacerlo de todos modos. La fina tela traspasa y nota la humedad que se filtra en el tejido de su falda. Le da igual. Retira con las manos la tierra de su nombre, con una fecha de fin que quiere olvidar. Deposita una rosa roja en el borde de la lápida. Recoge un beso en sus dedos y lo posa sobre su nombre. Sabe que no va a tener valor para volver de nuevo. No después de confesarle que lo ama.

—Adiós, Ignacio. Descansa en paz, amigo mío. Espero que nos volvamos a reencontrar en una nueva vida.

Afianza los pies en la tierra mojada hasta que se siente segura para levantarse, apoyando las

manos en la fría losa para hacer impulso. Quiere contener las lágrimas, pero es incapaz de controlar sus sentimientos. La pierna le duele más de lo que su orgullo le permite admitir, sabe que los huesos duelen los días de lluvia y ella hace días que presiente la tormenta. Pero desconocía que este temporal le azotaría por dentro y no precisamente en sus maltrechos huesos, si no en el alma.

Le queda una cosa más por hacer: el tema de Cinthia, que le preocupa muchísimo. Cuando llega a casa y se repone un poco, llama a la agente López para confesarle su implicación en los robos del barrio, la Mafia y, sobre todo, de Cinthia. Se enfada mucho con ella, pero al final de la reprimenda le dice que la va a ayudar, que conoce la red de trata de blancas y que desde hace tiempo van tras su estela. Necesitan a alguien que tenga el suficiente coraje para hacerles frente y testificar contra ellos, ir a protección de testigos y cambiar de identidad. Muy poca gente se atrevería a enfrentarse a semejante organización. Un paso en falso y la única consecuencia segura es la muerte. No hay medias tintas, nadie va a amenazarte con romperte las piernas, directamente desapareces del mapa. La consecuencia de la traición es tu vida.

Llega a casa exhausta. Cada vez se le hace más complicado seguir el día a día. Lo acontecido con el micro ictus hace unos días le hace ver que debe disfrutar de cada jornada como si fuera la última.

—Con dos ovarios, Espe. Lo que no te mata te hace más fuerte. No debes vivir con miedo. El miedo paraliza la voluntad y atormenta el alma.

Hace la maleta y se prepara para pasar unos días con Cinthia, tal vez sea la última vez que se vean y quiere disfrutar de este amor maternal tardío. Siente un deseo irrefrenable de acogerla bajo sus alas hasta que sepa emprender el vuelo ella sola. Se asegura de que nadie la sigue y emprende el camino a su reencuentro. Sabe que los instantes de felicidad son como llenar la palma de la mano de agua: se te escurren por los dedos y no los puedes retener. Hay que disfrutarlos como si fueran los últimos. Y teme que ya no le quede mucho hilo en el carrete de su vida.

Se ha propuesto un objetivo: no solo quiere ayudar a Cinthia, sino que está dispuesta a entregar parte de su tiempo, sus recursos y sus emociones a crear una asociación de víctimas de trata de blancas y violencia de género. En cuanto pueda cobrar la herencia de Ignacio se pondrá a ello. La agente López la ha informado de que a pesar de que había una orden judicial para exhumar el cadáver de Ignacio, al haber pruebas definitivas que inculpaban a Nicolás de su muerte, todo quedó en agua de borrajas y no llegaron a hacerlo. Esto la tranquiliza, a los muertos hay que dejarlos descansar, ha visto demasiados en su vida y sigue pensando que tienen una parcela propia en el ecosistema de la vida y que no hay que molestarlos cuando han encontrado el reposo eterno.

Se santigua al subir al coche, siempre lo hace. Sabe que ya ha gastado un par de vidas en la

carrera de la vida y que Dios no va a permitirle sobrevivir a un accidente de coche. Berta la mira y maúlla desde su porta animales en el asiento del copiloto.

—Menuda aventura tenemos tú y yo por delante, Berta. ¿Estás preparada, chica?

—Miau.

—Lo tomaré como un sí, pequeña.

Arranca el coche y pone rumbo a su nueva vida. No sabe cuánto le queda, pero cree que es hora de disfrutar y no lamentarse de ser una vieja.

CAPÍTULO 53

ME PERSIGUEN



Casa de Ignacio; 29 de julio, una semana antes de su muerte.

Ignacio otea por la mirilla de su puerta por centésima vez en ese día. Está seguro de que alguien le sigue. No le cabe ninguna duda. Tiene miedo. Y no es una sensación agradable con la que pasar sus días y, sobre todo, sus noches. Ya hace mucho que no duerme del tirón, no se asea, no se afeita y la dejadez inunda su vida. Tiene ulceraciones infectadas en las piernas y anemia debidas al propio abandono. Solo tiene un único pensamiento en su atormentada cabeza: teme por su vida. Cree que su muerte es inminente, por eso ha tramado un plan que le tiene del todo convencido.

Cuando se cruza a los vecinos para ir al buzón, evita sus conversaciones, su expresión se ha vuelto invariable y sortea todo contacto ocular. Solo Esperanza viene a visitarlo y se preocupa por él. La quiere mucho, pero jamás se atreverá a decírselo para evitar ponerla en peligro. Sabe que le queda poco tiempo de vida, que si no cubre sus espaldas, morirá. Y aún no quiere hacerlo, si fuera valiente invitaría a salir con él a una cita o quizás atreverse a formalizar una relación con un beso. El inicio de una corta vida para que envejecieran juntos y paliaran la soledad que les oprime. Pero no va a ser posible, sabe que, en breve, si no lo remedia, va a morir.

CAPÍTULO 54

BERTA



Casa de Ignacio; 1 de agosto, cuatro días antes de su muerte.

Esperanza llama al timbre y no hay respuesta. Hace unos días que no ve a Ignacio, pero no está muy preocupada. A veces necesita un poco de distancia y estar solo para ocuparse de sus asuntos, como él dice. Va a salir con las chicas a cenar y a hacer la ronda de vigilancia del barrio. Últimamente se han disparado los robos en el vecindario, es verano y los cacos hacen el agosto, nunca mejor dicho, con la gente que se va de vacaciones y dejan sus hogares sin vigilancia. Llama de nuevo y no hay respuesta. Lo intentará mañana. Se da la vuelta y se marcha, de forma suave y renqueando la pierna, como las olas del mar que se baten en retirada sobre la arena.

Ignacio observa desde la mirilla cómo se va, le da miedo asomarse. Quizás roben su pensamiento o le lean la mente. La que cree que es Esperanza sale de la portería, aunque ya no está seguro de nada, cree que podría ser o que no sea ella. Tiene el pensamiento aplanado y está muy desorientado. Habla solo, de forma incoherente y ya no sabe si es de día o de noche, no duerme hace varios días, no come apenas. Tiene la piel cenicienta y se le empieza a caer el poco pelo que tiene. Sus uñas están débiles y una capa de mugre se aposenta bajo ellas.

Ha intentado matar a Berta, ahogándola con sus manos, pero esta se ha retorcido, le ha mordido y arañado y ha salido huyendo al patio.

«Maldito bicho del demonio. La próxima vez no se me escapa. Se burla de mí, pero tengo un plan para acabar con ella», piensa alterado sin dejar de sudar, con una sonrisa cínica flotando en su cara. «Veneno, voy a meter matarratas en la comida de esa maldita», le divierte la idea de matar a una gata con un tóxico destinado a sus archienemigos las ratas. Ríe con una sonrisa que nada tiene de humana, como una caricatura de sí mismo. La razón ha abandonado su cerebro como si fuera la fumata blanca de *Habemus Papam*. Aunque sus pensamientos no tienen nada de inofensivos y lúcidos, sino que son retorcidos y dementes. Cree con toda su irreflexión

perturbada que Berta ha sido sustituida por otra persona y que esta le quiere matar. Ha tardado en darse cuenta de ello.

«Es muy astuta la jodida, me ha estado engañando todos estos años. Camuflarse en Berta ha sido una jugada magistral, magistral. Pero ya he descubierto su treta. Era ella quien me estaba vigilando, con sus condenados ojos felinos. Por la noche me escruta y me habla con ese lenguaje que no entiendo, de gorjeos y parloteos. Levanta sus orejas como si fueran parabólicas vigilando cualquier sonido que le indique cuándo atacar. Su cola se mueve de forma pausada, como un péndulo de hipnosis. A veces no puedo dejar de mirarlo y tengo que abofetearme la cara con fuerza cuando noto que los ojos se me están cerrando. Ella me mira anhelante esperando a que me duerma. Con sus malditos ojos achinados. Me sonrío con su boca repleta de colmillos como bisturís. Quiere amedrentarme, amedrentarme. Sé que me quiere muerto. No puedo dejar de mirar todos sus movimientos cuando duerme, o parece que lo hace, su respiración rítmica y pausada. Pero sé que, si me acerco, me detectará la muy puta, hasta saltarme a la yugular. Oigo como se afila las uñas contra los marcos de las puertas, marcando su territorio visual y olfativo. Cada vez me deja menos espacio para moverme. Ya es SU guarida, no MI hogar. La observo cuando limpia su pelaje con la lengua provista de cientos de espinas puntiagudas mirándome de forma atenta. Creo que espera su oportunidad para pasar esa lengua áspera por mi sangre cuando me mate».

Ignacio hace días que siente náuseas, dolor abdominal, mareos y debilidad. Un momento atrás ha vomitado y, entre los restos, ha visto sangre. Cree que su muerte es inminente. Lloro de forma desconsolada, colmado de angustia y de terror. No quiere morir solo, no quiere morir tan pronto. No quiere morir de ninguna de las maneras posibles.

Siente la imperiosa necesidad de llamar a Esperanza, o la que cree que es Esperanza. Para acunarse en sus brazos, para acariciar su pelo, para quizás robarle ese primer beso que sabría a albaricoque y a cielo. No se atreve. No quiere preocuparla. No quiere demostrarle su debilidad, el miedo lo paraliza.

Berta, o la que era Berta, le mira con sus ojos rasgados, desde el sillón favorito de Ignacio, en el que ya no se sienta hace días. Se carcajea de él. Es la dueña.

FIN

CAPÍTULO 55

EL DÍA D



Casa de Ignacio; 5 de agosto, día de su muerte.

Se arrastra por el suelo de linóleo de la cocina, intenta respirar como un pez fuera del agua a grandes bocanadas, pero el oxígeno no llega a sus pulmones encharcados en sangre. En un último esfuerzo agónico, moja los dedos en la sangre de los labios y emborrona un mensaje en las baldosas de linóleo. La debilidad le impide acabar el mensaje, espera que Esperanza, o la que cree que es ella, entienda el significado.

La que antes era Berta ha conseguido su propósito, no sabe cómo, pero ha descubierto que envenenaba su comida con matarratas y ella ha hecho lo mismo. «Astuta hija de gata. Has sido más lista que yo. Me has matado al fin^[3]».

Con un estertor, expulsa el poco aire que sus pulmones retienen y tose, salpicando los muebles inferiores de la cocina como cometas de muerte escarlata. Como un fuelle mal engrasado, dejan de funcionar, apagando su vida.

La sangre le brota de la boca y desciende por los labios formando un charco carmín debajo de la barbilla. Los iris, antes marrones, se tornan opacos y grises cuando la esclerótica comienza a secarse. Los ojos se cubren de una telilla de muerte salpicada por las motas de rojo de las hemorragias subconjuntivales. La nariz gotea sangre que pronto se coagulará. El trabajo de la muerte, lento y seguro, se abre paso implacable, apoderándose de su cuerpo que se convertirá a partir de ahora en un banquete para bacterias y hongos.

Berta baja de la encimera de un salto y maúlla de un modo lastimero. Se acerca a él, curiosa, y le lame la mejilla con su lengua de lija. Maúlla de nuevo, intentando despertar a su amo, pero no consigue respuesta. Le empuja el costado con el cuerpo y se refugia en el calor que se va apagando de forma inevitable.

Tiene hambre, hace días que no come, nota un olor raro en la comida. El mismo olor

desagradable que percibe en el cuerpo de su amo.

Sube de nuevo a la encimera y abre el grifo con su pata, bebe el agua que corre y se quita de la lengua aquel sabor amargo. «Chica lista», le habría dicho el anciano con cariño al ver uno de sus trucos.

Tiene las orejas completamente verticales, está alerta, intuye que algo no va bien, mueve la cola de un lado a otro, molesta e inquieta, como un metrónomo.

Oye que alguien se acerca a la entrada. Salta de nuevo al suelo y pasa por encima de la sangre, que se extiende y comienza a coagularse. Camina con elegancia, como solo un felino sabe hacer, y se dirige a la puerta. Deja la impronta de sus huellas carmines por el pasillo.

Al llegar al recibidor, reconoce el olor de la hembra humana que llama a la puerta y nombra a su amo.

Araña la madera con las garras y maúlla sin parar, pide ayuda, en su lenguaje gatuno que solo ella conoce y su amo ha llegado a comprender.

La humana sigue aporreando la puerta con los nudillos, intuyendo que algo no va bien. Las voces se elevan de intensidad y escucha el tintineo de unas llaves que se acercan a la cerradura, por fin recibirá consuelo a sus maullidos.

EPÍLOGO



Torcuata se despierta asustada. Ha tenido una pesadilla. La entrometida de Esperanza les contaba a los vecinos y a todo aquel que la quisiera escuchar que Pedro estaba enamorado de Ignacio y que le había declarado su amor. ¡Maldita descarada! A pesar de las amenazas que le había escrito para meterle miedo en el cuerpo, se había atrevido a mancillar su nombre y llamarlo invertido.

Suerte que era un sueño y Esperanza había dejado la comunidad y la ciudad.

La última vez que supo de ella fue en el entierro de Pedro, dos meses después de fallecer Ignacio, la había llamado para mostrarle sus condolencias.

«En fin, Torcuata. Más le vale que deje descansar a los muertos en paz. Si no, se remueven en su tumba. Y cada vez está más cerca el momento de reunirnos con ellos».

¡Pobre Pedro! Aparentemente tan fuerte y a la vez tan débil. Se había marchitado como las flores por falta de riego, por falta de su amado. Había sido un buen esposo, a pesar de que fingiera un deseo y una pasión que le correspondían por su condición antinatural.

NOTA DE LA AUTORA

Con esta novela me he atrevido a apostar por otro género literario, el *domestic noir*. Quizás es un poco menos oscuro de lo que mis lectores están acostumbrados a leer. Se trata de un subgénero de la novela negra que se caracteriza porque sus argumentos se desarrollan en el ámbito doméstico y familiar. Sus tramas suelen centrarse en crímenes, misterios y traiciones, pero también en las relaciones interpersonales y la psicología de los personajes.

Me divertía la idea de usar una detective no profesional, una comunidad donde todos parecían culpables y un asesinato que no lo era. Tal como hace mi queridísimo Stephen King, me planteé un sinfín de ¿y si...?

¿Y si una persona creyera que corría peligro y se matase a sí mismo intentando protegerse?
¿Y si otra persona creyese firmemente en la culpabilidad de otra hasta tal punto de hacer todo lo posible para implicarlo aunque fuera inocente?

De todo este batiburrillo nace *En la calle 24*, como aquella canción que marcó nuestra infancia:

«*En la calle-lle veinticua-tro-tro ha habido-do-do un asesina-to-to...*»

Tenemos al viejo y a la gata, aunque en vez de con la punta del zapato se mató con raticida. Espero que hayáis disfrutado. Espero una vez más haberos sorprendido.

AGRADECIMIENTOS

Para mis dos mosqueteros, hay personas que se convierten en tu refugio, tus confidentes, en las buenas y malas sacudidas que te da la vida: Maite, eres muy importante para mí, un referente. Espero un día estar a tu altura. Te admiro muchísimo. Bini, me encanta cómo le das una nueva visión a las cosas, tu positividad y lo buen amigo que eres. Aunque no te pueda abrazar desde aquí, tienes mi cariño, lo sabes. Os quiero, amigos.

Para mis brujitas Maru, Maribel y Lourdes. ¡Qué os voy a decir que no sepáis! Gracias por vuestra sinceridad, por vuestro cariño, por ser malas conmigo, aunque en el fondo sois pedacitos de pan. Os quiero muchísimo. Gracias por repetir de nuevo como lectoras beta.

A Sofía, te quiero con locura y me encantas. Gracias por estar a mi lado y ser mi lectora beta, sé que me quieres tanto que no consigues ser del todo objetiva. ¡Ja, ja ja, ja! Te adoro.

A Javier Garrido, gracias compi por hacerme ver que el manuscrito cojeaba y forzarme a ser mejor escritora, no estaba orgullosa de mi trabajo y creo que se notaba. Ahora lo estoy. Eres un gran amigo y mejor persona.

A Anna Bissette, mi correctora, creo que formamos un buen equipo. No descarto volver a trabajar juntas en un futuro.

A Charli, gracias por llegar de improvisto y llenar de luz mis días. Te amo.

A David, mi niño ya no tan pequeño. Espero que un día leas todos mis libros y estés tan orgulloso como yo lo estoy de ti. Espero que con mi reflejo consiga que ames la lectura, como mi padre hizo conmigo. Te quiero.

[1] Este rito inmemorial funerario se denomina Entierro celestial (bya gtor, "dar el alma a las aves"), se lleva practicando hace 5.000 años. Una de las cosas más terribles que le pueden suceder a un muerto es el hecho de que los carroñeros no arranquen hasta el último jirón de su carne y no se lo coman, se considera un mal presagio.

[2] Otra de las consecuencias de sufrir daño cerebral adquirido es que el paciente, en ocasiones, tiene un comportamiento sexual exagerado, hace comentarios inapropiados o sugerencias incómodas (piropos, miradas...) o invade el espacio personal de la otra persona.

[3] Ignacio sufre un síndrome de falsa identificación delirante (DMS, por su sigla en inglés). Son trastornos neuropsiquiátricos poco frecuentes que se caracterizan por tener ideas delirantes respecto a la propia identidad y la

de otras personas, animales o lugares conocidos por el paciente. Piensa que Berta lo quiere matar y al querer envenenarla a ella se mata por error a sí mismo. Nicolás no tiene nada que ver con su muerte tal como defendía.